H. FIERENS-GEVAERT

LA TRISTEZA CONTEMPORÁNEA

ENSAYO

SOBRE LAS

GRANDES CORRIENTES MORALES E INTELECTUALES

DEL SIGLO XIX

VERSIÓN CASTELLANA

DE

ANDRÉS TORRENTE

Abogado del Estado.



Al Sr. D. Luis Alfonso Sedó,

DIPUTADO Á CORTES POR EL DISTRITO DE SAN FELIÚ DE LLOBREGAT

Muy satisfecho me consideraría si, como tributo de nuestra amistad firme y sincera, pudiera dedicar á usted trabajos ó estudios por entero originales, y de valía tan grande, que llegaran á ser mirados con atención y estima. Para ello es obstáculo invencible no poseer inteligencia rica y bien repleta de disposiciones hacia empresas tales, y sí atesorar pereza gigantesca en dar forma y vida á investigaciones filosóficas, jurídicas ó artísticas, únicas que, como usted sabe, constituyen mi afición, y las únicas también para las que existen entusiasmos reducidos en esta nuestra Patria dolorida, donde aún, sin dolores ni quebrantos, se divaga mucho, por no decir se disparata, se estudia poco y se trabaja nada dentro de los dominios propios de la ciencia y del arte.

Acepte usted, por tanto, yo se lo ruego, traducción humilde y desaliñada de obra filosófica, sin otros méritos que el de ésta, para mí muy superior, pues que se inspira en la lógica y en el lenguaje del buen sentido, y el de consagrar aquélla á usted, que puede y debe resolver en hechos elocuentes los principios salvadores que, con verdadero acierto, fija M. H. Fierens-Gevaert; poder y deber que usted aceptó como miembro que es de un Cuerpo legislador y como alma que viene siendo de una importante y numerosa colonia fabril.

De esta suerte, si el tributo á nuestra amistad es por hoy mezquino, quizás sus consecuencias puedan ser benditas y admirables. Algo de regocijo tendría en ello vuestro leal amigo,

Andrés Torrente.

ADVERTENCIA

Se acusará probablemente al autor de este Ensayo *sobre la tristeza contemporánea de haber exagerado con no pequeña complacencia algunas de las partes de su bosquejo, de haber insistido con una satisfacción visible en los deliquios de la humanidad presente. Sin embargo, no es este pequeño libro la obra de un pesimista. Los filósofos de la duda y de la desesperación están discutidos muy ciegamente, y se hará constar, con especialidad en los capítulos consagrados á Leopardi y á Schopenhauer, que un optimismo fervoroso, algo inquieto solamente por las amenazas de la hora actual, ha inspirado este trabajo de crítica filosófica y social. El autor, á su juicio, no tiene que reprocharse de haber mostrado uno solo de los aspectos de nuestra situación moral; ha rendido homenaje á ciertas virtudes inmarcesibles del sér humano, el suficiente para que se le considere capaz de pintar el anverso del cuadro ó, si se quiere, una especie de compañero donde se tratara de analizar lo que nos resta de heroísmo, de energía laboriosa, de nobleza intelectual.*

Sin intentar la historia de nuestro individualismo democrático, que exigiría un estudio profundo de la política, costumbres, filosofías, literaturas y artes de nuestro siglo, empresa considerable, á la que no bastarían el trabajo y la vida de un hombre, se ha querido, no obstante, en esta pequeña obra proyectar algunas luces sobre las grandes etapas del egotismo contemporáneo y manifestar los lazos legítimos y poderosos de este movimiento aislador con la evolución irresistible del espíritu de asociación. En lugar de dedicarse al detalle múltiple de los acontecimientos, el autor agrupa algunas altas individualidades de nuestra época que se presentan ante el juicio de la crítica con una obra *ejecutada, sea mediante actos, sea mediante la forma de libro ó de creación artística. De esta manera ha creído poder determinar los rasgos esenciales de la vida y pensamiento modernos, las poderosas personalidades, sintetizando siempre concretamente las aspiraciones diversas de su tiempo. Los peligros del individualismo, como también los del colectivismo, son distinguidos con una atención especial. Si este* Ensayo *no hubiera sido ideado con el cuidado inicial de poner en guardia á la nueva generación antes que todo contra las paradojas innumerables que envenenan las clases cultas, conveniente sería hacer resaltar con mayor relieve algunas felices consecuencias de nuestro espíritu de independencia personal, estudiando unas cuantas tentativas notables de la iniciativa privada.*

Preciso es limitarse y no perder de vista el objeto

principal de esta prueba de ética natural. Permitir á las almas indecisas orientarse á través de nuestras filosofías contradictorias, resistir las seducciones de los sofistas, oponerse con sabia medida al altruísmo de ciertos apóstoles sacrificados (pero destructores inconscientes de un estado de cosas para cuyo mejoramiento son impotentes), conducir, en fin, tanto como fuere posible, hacia una concepción más harmónica y más equilibrada de la existencia á los espíritus alucinados y extremados, tal es nuestro propósito. Nuestra ambición ha sido escribir con toda sinceridad un libro de buen sentido, no estimando que sea deseo modesto. «El buen sentido — ha dicho Bossuet — es el »dueño del mundo.» Influir solamente en algunas almas vacilantes es la confesión leal que se encontrará en este libro; la creencia del autor no reclama ni otra justificación, ni otra recompensa.

PRÓLOGO DE LA SEGUNDA EDICIÓN

Al presentar al público la edición segunda de este Ensayo, se ve obligado el autor á responder brevemente á los críticos que han tenido á bien ocuparse de su libro. La mayor parte no han considerado la advertencia colocada á la cabeza del volumen. Una obra sobre la tristeza contemporánea no podía ser, han pensado aquéllos, más que una obra melancólica, escrita por un hombre desconsolado... El autor esperaba estas observaciones, y si bien es cierto que cree haberlas contestado en su primer prólogo, estima como un deber precisar de nuevo su pensamiento y su objeto.

No se trata aquí del caudal de alegría que el individuo puede todavía gastar. Le afirmo tan grande como anteriormente. El hombre, apreciado aisladamente, puede experimentar los sentimientos más vivos de júbilo. Las multitudes, cuando son inorgánicas, es decir, cuando se encuentran

agrupadas para celebrar una fiesta popular por ejemplo, para una demostración pública cualquiera, son capaces de sentir igualmente conmociones benéficas de entusiasmo y alegría. Pero las multitudes orgánicas, ó sean los «cuerpos »constituídos», las grandes instituciones sobre las que se apoya la sociedad contemporánea, luchan contra un mal que irresistiblemente las invade. Atravesamos por una fase de reformas profundas. Ideas filosóficas y sociales de una valentía extraordinaria penetran en nuestra civilización, cada día más consciente, y trastornan todas las instituciones antiguas. De ahí la inquietud, la inconstancia que sufrimos sin excepción.

Señalamos el peligro del aflujo nuevo y aportamos naturalmente el mayor número posible de pruebas. Si hubiéramos escrito un libro de medicina ó de higiene, citaríamos con abundancia los casos que confirmaran nuestra tesis. También entonces se nos acusaría de no ver en todas partes más que enfermedades y sufrimientos. Á pesar de ello no hubiera dejado de continuar gozando salud la inmensa mayoría de los hombres... No dudamos que la civilización contemporánea conserva todavía un fondo sólido de bienestar moral, pero para determinarla nos hubiera sido preciso escribir otro libro.

La lectura atenta de este Ensayo demostrará

que el autor tiene fe en la humanidad. Dice él que la vida es buena con sus luchas y sus sacrificios; predica con pasión en contra de todo lo que cercena la expansión harmónica del sér: celibato, escepticismo, egoísmo; prefiere las emociones beneficiosas de una vida activa y útil á los hombres turbulentos; entiende ser uno de los pocos escritores que en nuestros días se han atrevido á publicar en voz alta «la dicha de la ilusión». Que se tenga en cuenta, por ejemplo, la melancolía achacosa y afligida de un Julio Laforgue, la tristeza altiva y voluntariamente incurable de un Estéfano Mallarmé—los dos corifeos de la joven literatura francesa,—y se reconocerá que la presente obra indica una reacción contra la languidez general del mundo intelectual.

De ningún modo abrigamos la pretensión de dar en nuestra *Conclusión* una fórmula segura de felicidad. Si este Ensayo contiene una enseñanza, debe buscarse, no sólo en las páginas últimas, sino en el curso de los diferentes capítulos. Discutiendo las teorías de los filósofos del siglo décimonoveno, el autor ha tratado de indicar, sin punto de reposo, los caminos normales de la conciencia. Ha deducido de su voluntad y del ejemplo de su vida propia, más que de su pensamiento y de sus recuerdos filosóficos, los argumentos que le parecían decisivos. De esta manera, sin pre-

tenderlo, ha dado á su libro un carácter de confesión personal.

El Ensayo ha sido por lo menos tan *sentido* como *pensado,* y los sentimientos que constituyen la substancia descienden de alma asociada por la esperanza á los trabajos de la gran familia humana. Así juzgamos que nuestra Tristeza reserva á quienes deseen conocerla más confortación y consuelo que amargura.

LA TRISTEZA CONTEMPORÁNEA

CAPÍTULO I

La ilusión científica.

Así como Fausto, muy avanzado en la contemplación del gran libro de la Naturaleza, nosotros distinguimos, con una seguridad infalible, las leyes que nos rigen. Con más orgullo que él sumamos nuestras invenciones. La vida no tiene secreto para nosotros. La vemos circular en los rinconcillos más escondidos del alma. La descubrimos bajo la materia más inerte. Se encuentra analizada, estudiada y comprendida de un modo tan prodigioso, que se puede á voluntad suspenderla, ampliarla, transformarla. El hombre se ha hecho verdaderamente el colaborador de Dios. Los descubrimientos modernos deben suplir las omisiones de la creación. La vida terrestre se aumenta con la vida poderosa, y sin cesar más perfeccionada, de las máquinas. Fuerzas misteriosas, estimadas en tiempos pasados como inflexibles é invencibles, nos

están sometidas; el rayo que los antiguos representaban en las manos de Júpiter airado, es desviado, apresado, canalizado tan fácilmente como las aguas de los manantiales. La sugestión fluídica detiene nuestro pensamiento, lo somete á voluntades extrañas. El hombre, á veces, se cree el igual del Maestro...

Nuestras conquistas son positivas. Las verdades de que teníamos la intuición desde hace largo tiempo han sido demostradas científicamente. Los pitagóricos sabían que en los espacios infinitos los mundos se ciernen en un maravilloso equilibrio; su teoría descansa al presente sobre pruebas irrefutables. Los sistemas erróneos han sido despiadadamente combatidos y destruídos, sin que hayan podido protegerles, ni la autoridad poderosa de los maestros, ni la belleza venerable, que les aseguraba una tradición secular, ni la porfía heroica de poetas y de metafísicos. Un aliento admirable de integridad anima la ciencia moderna. La Naturaleza, vencida por esta sinceridad ardiente, desarmada por esta pasión en la indagación positiva, se entrega insensiblemente, rompe sus velos y muestra nuevos esplendores. El Universo se agranda, la Tierra ha revelado riquezas no sospechadas. Y siempre la harmonía maravillosa que Fausto observa en la marcha del mundo vivo presta á las manifestaciones más grandiosas, como á los resortes más delicados de la creación, los reflejos de su eterna hermosura. Nuestra admiración aumenta al propio tiempo que nuestro orgullo. Nuestro espíritu se abre

á mil hechos desconocidos para la humanidad pasada, se ilumina con resplandores profundos sobre la existencia de la tierra y de los cielos, y nos estremecemos con una fiereza extrema...

Hemos interrumpido, sin embargo, un momento nuestro examen de los mundos, y súbitamente se nos ha aparecido la vanidad de nuestro saber como al doctor desengañado de la tragedia de Gœthe. Lanzada á la persecución de una felicidad insaciable, la humanidad había esperado encontrar como término una alegría duradera en el conocimiento completo de los fenómenos. Pero las causas finales huían, se ocultaban á medida que señalábamos sus efectos. El enigma supremo queda tan alejado de nosotros cual lo estaba en el origen de los siglos. Nuestro poder es puramente quimérico. Los secretos entregados por la naturaleza no son más que los mínimos favores de una coqueta terrible que se retracta cada día. Nuestra aflicción espiritual se enriquece con una nueva decepción. Por haber arrebatado al cielo porciones infinitesimales de su poder somos otros tantos Prometeos encadenados sobre la roca indestructible de la desilusión.

Sí, los hombres han podido creer un instante que una labor continua les revelaría la verdad suprema y todas las verdades,—morales, sociales, políticas,— que debían obtener. Confundiendo el medio y el objeto, han adorado esa ciencia por la que esperaban conocer los misterios insondables. El culto que enseña la existencia de un Dios invisible y omnipotente

es menos engañoso que la religión científica. ¿Con qué realidades hemos reemplazado las grandes hipótesis sobre las causas primeras? ¿Se sabe hoy más que antes lo que es el espíritu, la fuerza, la materia, el tiempo, el espacio? La potencia ilimitada y multiforme que en todo tiempo y en todas partes manifiesta su presencia, permanece impenetrable. Se afirma que el Universo resulta únicamente del movimiento de los átomos; se explica la vida por la vibración constante de las moléculas; se pretende que la sensación provoca los fenómenos moleculares que engendran los fisiológicos... Pero ¿cuál es la fuerza que agita constantemente esta cadena de eslabones angostos y sin fin? ¿Cuál la operación formidable que precede al nacimiento de los mundos? Dios, en un principio, ¿depositó en germen en la naturaleza todo lo que ella debía producir sucesivamente, ó creó todas las cosas por inspiraciones de diversos momentos? La creación ¿es un punto de partida, ó es la manifestación permanente de la grandeza divina? La ciencia asegura rectamente la perpetuidad de la fuerza, sin enseñarnos nada acerca de su origen. Poco importa, por lo demás, que el mundo haya ó no comenzado á existir; los materialistas desean ignorar estos problemas y miran con desdén á quienes los estiman. Mas entonces, ¿por qué dejar entender que la inmensidad del mundo es una objeción á la idea de la creación primera? Si se puede reprochar á la Religión el haber querido explicar lo inexplicable, ¿no es posible, como lo ha hecho Spencer, acusar

á la ciencia de ofrecerse con el carácter de anticientífica, ya que ha considerado como entidades reales el calor, la electricidad, cuando estas fuerzas materiales no son en realidad otra cosa que ejecutores de la ley suprema?

La cuestión está en su primer estado. Después de todos nuestros descubrimientos, nada sabemos de nuestro origen, á no ser que es sobrenatural. Darwin determina cómo los organismos impropios no han vivido; pero no dice cómo los aptos para la vida han podido formarse y mantenerse. ¿Por qué existen los seres? «La materia puede moverse eternamente sin »producir nunca el ala de un pájaro. Que ésta sea »producida, ahí está el prodigio» [1]. No conocemos nada sobre las relaciones de la materia con el espíritu, porque si es cierto que el cerebro segrega el pensamiento como el hígado la bilis, ¿de qué manera el pensamiento que resultara de un conjunto de fenómenos fisiológicos y en último análisis de uno químico, impone su voluntad á esta materia *de la que depende?* Y si el pensamiento no es más que harmonía entre nuestro sér y el mundo que nos rodea, ¿quién nos explicará la naturaleza de esta concordia, quién nos revelará el sortilegio mediante el que estamos así ligados, sometidos al inmenso universo? Es siempre, sin duda, esa fuerza, esa creación infinita y potente, supuesta en las células primordiales, la que

1 P. Jeannet: *El materialismo comtemporáneo.* (Obra editada por Alcan.)

nos liga á todos los seres y á todas las cosas. ¿Pero de dónde procede? Ha sido sorprendida y no se ha podido pretender con razón qué era la «fantasía más »temeraria de la imaginación científica» [1].

La ciencia ha abusado más que ninguna religión de la credulidad de las masas. Ha demostrado la falta de realidad de los antiguos símbolos; había prometido bases firmes y eternas para una fe positiva. Ha debido renunciar á la tarea de reconstitución, y la humanidad desengañada vuelve á encontrarse con el alma repleta de ilusiones muertas, delante de una nada más grande que la primitiva.

¿Qué significa, en efecto, la afirmación de un hecho mediocre al lado de dolorosas negaciones, renovadas sin cesar, y á las que nos obliga nuestra conciencia entibiada? Se quiere que nos desprendamos del sueño, de la inmortal poesía celeste, de la contemplación interior, y se ordena de otra parte á cada hombre crear de nuevo su religión ¿No se ve que este consejo doble encierra una contradicción y que el positivismo no deja lugar más que á las preocupaciones materiales? La envidia y la hostilidad aumentan de día en día entre los eternos desheredados, y la enfermedad del lujo y de la represión se acrecienta en la misma relación entre los enriquecidos. El escepticismo, cada vez más general, conduce á nuestra sociedad igualitaria hacia un estado permanente de revolución. Los jefes supremos se su-

---

1 De Hartmann: El *Darwinismo*. (Obra éditada por Alcan.)

ceden con más rapidez que los gobiernos se sucedían en tiempo pasado. El despotismo, en lugar de encarnarse en algunas individualidades, se esparce á millones de ejemplares. Cada demócrata aspira á convertirse en un hombre de fortuna. El pueblo, libertado de las sujeciones espirituales impuestas por la Iglesia, irrespetuoso de una ley política que él quiere evolucionar con una instantaneidad fantástica, da curso libre á su egoísmo instintivo y aprecia lo que le queda de virtud solidaria como medio de alcanzar más rápidamente los objetos de su brutal concupiscencia. Habíamos esperado remediar la *infelicidad* humana con todos los tesoros materiales puestos á nuestra disposición desde hace un siglo. Los sabios, los ingenieros, los industriales, los mecánicos, han aumentado en considerables proporciones la suma de goces en la tierra; pero invenciones tales han propagado asimismo la fiebre de posesión en las capas más profundas.

¿Qué ley moral sería bastante poderosa para encauzar nuestras pasiones en su derrotero normal?

La religión bastaba antes. Distinguía ella de una manera perfecta la nobleza y la grandeza de alma que se encuentran en el fondo de todo sentimiento un poco pronunciado de la personalidad, como nuestro amor hacia el prójimo. Vigilaba la solidaridad humana; nos enseñaba también el respeto á una ley superior revelada á los primeros hombres.

La institución del derecho divino es una concesión justa del culto al principio del absolutismo, eterno

como el mundo. La regla moral servía para reprimir los excesos individuales; el establecimiento de la jerarquía gubernamental se utilizaba para oponer un dique á las violencias de la masa. Protegiendo la familia y consagrando por sus ceremonias el amor, la razón suprema del sér, la religión nos mostraba los eternos caminos de la naturaleza y desviaba de nosotros los desalientos sombríos que penetran en las almas solitarias. Se ha resistido contra la religión y contra la naturaleza. Leopardi, Schopenhauer y Nietzsche, los tres tenebrosos sostenes de la filosofía moderna, han destruído, con sus blasfemias irreligiosas y sus insultos á la mujer, las dos grandes ilusiones que en otras épocas guiaban á la humanidad: la fe y el amor. Mientras que aumenta el caudal de nuestros conocimientos y se multiplican las comodidades de todo género, vemos huir lejos de nosotros el horizonte espiritual donde, durante siglos, habíamos reposado los ojos en un sueño angélico, y derrumbarse el templo frágil en que se albergaban los fervores más venerables.

El ideal místico está muerto. Nos queda sólo un vago temor de lo desconocido, pues que la idea divina no puede desaparecer completamente. Los individuos poco escrupulosos aprovechan las medias tinieblas en que nos agitamos. Espíritus esclarecidos por la ciencia, pero privados de piedad, excusan sus delitos. Las pasiones se excitan, el equilibrio se destruye á cada momento, y si las catástrofes sociales no estallan más con la violencia de otras veces, es

debido á que en nuestra fatiga de saber y en la ruina sucesiva de nuestras creencias hemos perdido la energía de los pueblos nuevos, el valor para las resoluciones inmediatas y el gusto de la acción. Bajo una paz regida por el miedo general, fermentan odios más implacables que nunca. Los atentados anarquistas, las bancarrotas financieras, los suicidios de familias enteras, las bizarras supersticiones que se quiere extender, la locura que acechan los individualistas exasperados, toda la profunda, la hedionda miseria moral que ostentan nuestras razas resulta de la ausencia de una regla religiosa que establezca pacto entre nuestras perpetuas necesidades de actividad y de amor. Una tristeza á cada paso más sombría oprime nuestro mundo; el hombre, en su error, piensa que la libertad del egoísmo le dará la alegría. Cada día aporta su nueva reivindicación, cada grupo reclama un nuevo privilegio, cada individuo se arroga derechos ilimitados. Y en esta tormenta de orgullo y rebelión, el hombre se reconoce más débil que nunca enfrente de la vida.

CAPÍTULO II

Las tres tristezas apostólicas.

¿Estámos tristes? La humanidad, desasida de Dios y rebuscando todas las formas tangibles de la felicidad, ¿comienza á fatigarse verdaderamente de su persecución interminable? ¿Nos engañamos atribuyendo á la colectividad, á pueblos enteros, el malestar moral que comprobamos en nosotros y entre las personas de nuestra compañía? La tristeza de nuestro siglo ¿es una pura invención de los literatos, una especie de coquetería filosófica que debe ennoblecer, bajo su velo de majestad artificial, la insuficiencia de las generaciones actuales?

Ante todo, ¿qué es la tristeza? Una agitación, una turbación del alma que ordinariamente se manifiesta en el exterior. Que un sér humano, que una sociedad caigan en el estado de tristeza y signos aparentes, vendrán inmediatamente á revelarnos su sufrimiento interior. Un individuo dotado de energía poco común podrá ocultar la alteración de su alma con un semblante sonriente. Una nación roída por la tristeza,

gastada por el fastidio, no sabría disimular las manifestaciones múltiples de la enfermedad. La alegría que mostrase constituiría una prueba de su degradación.

Los ojos perspicaces á quienes no deslumbra el resplandor de las riquezas materiales y á quienes no engaña el goce ficticio de ociosos y de *vividores*, distinguen en la sociedad contemporánea las señales cada vez más visibles de la tristeza.

El mal no proviene de algún desorden político, de alguna revelación de la filosofía pesimista ó de algún uso literario; es inherente á nuestra manera de pensar, es la resultante de nuestra situación de espíritu hondamente irreligiosa. Las revoluciones de todos géneros no han sido, durante el curso de este siglo, más que una consecuencia de nuestra incredulidad.

Los hombres, solicitados por dos voces diferentes, siguiendo la eterna ley, una que les llama á su destino superior, la otra que lisonjea nuestros instintos físicos, combaten sus sufrimientos de dos maneras. Aquellos para quienes los dogmas religiosos han perdido todo prestigio, pero subsistiendo, no obstante, entre los mismos el gusto de los altos pensamientos espirituales y la esperanza divina, escuchan con reconocimiento á los filósofos y á los escritores, de los que sus constantes aspiraciones hacia la harmonía moral y hacia la fe en una voluntad suprema son una protesta última contra la irreligión y el materialismo omnipotentes. Los otros hombres, la gran mayoría, engañan su tristeza escogiendo los peores

sofismas de las escuelas positivistas, buscando únicamente la satisfacción de sus apetitos egoístas, luchando por la vida con una deslealtad y una aspereza que ciertos *pensadores* aprueban en nombre de la ciencia y del derecho natural.

Toda la presente sociedad humana sufre por una falta de amor. Nuestra múltiple actividad, nuestra ligereza de ejecución, la rapidez de comunicaciones, la afición y facilidad de los grandes viajes, determinan una pronunciada decadencia de la vida meditativa. La soledad—en otro tiempo tan fecunda para algunos espíritus—viene á hacerse cada día más penosa á los hombres; las familias se dispersan, pues que la ternura que podría unir sus miembros es combatida por numerosas influencias exteriores. Se crea una familia á menudo cosmopolita y universal, pero fuera de la de cada uno. Las naciones pierden sus condiciones seculares. El mundo se unifica, el nivel moral se iguala, ó por mejor decir, se rebaja en general. Lo que se gana en superficie, se pierde de altura. El precio que se aplica al dinero es mayor cada vez, á causa de estos mil progresos de la civilización moderna, de cuyo goce todo el mundo ambiciona tener una parte; y como es preciso siempre amar alguna cosa, se ama al dinero.

El instinto natural se encuentra empeñado así en un camino falso. La ciencia, la industria, el vapor, la electricidad, elementos con los que se aumenta la riqueza material, precipitan nuestra agonía moral. En nuestra sociedad, tan rica, tan ostensiblemente

subvenida de todas maneras, provista de millares de establecimientos de caridad, es enorme el número de los desheredados; el caudal público consagrado á socorrer los infortunios conocidos no es más que una limosna vana é irrisoria. Aristófanes tiene razón entonces en *Plutus* y la pobreza no debe desaparecer del mundo... Pero la pobreza privada de ilusiones religiosas forma una terrible amenaza contra las clases directoras. Perdiendo la fe, el pueblo se abandona completamente á sus instintos materiales. La precisa noción de los deberes solidarios se borra de su espíritu. Dominan las voluntades egoístas. Y todos los descontentos, los obreros, los hombres de trabajos penosos, los miserables condenados al infierno de las minas, de los caminos, de las fábricas, de las fundiciones, terminarían por constituir un ejército formidable enfrente de las clases privilegiadas. Si ellos tienen mujer é hijos, poseerán en su sentimiento de esposo y de padre la energía necesaria para la rebelión.

La corrupción vive en todas partes y el recelo no perdona á nadie. Los hombres políticos son maltratados. «El parlamentarismo no da más de sí, es la »antigua diversión»—ha dicho M. J. P. Laffite.—Los ingleses únicamente, entre todos los pueblos occidentales, conservan algunos respetos para el representante, *honourable member*. En Francia, los escándalos electorales, las sesiones tumultuosas, los embrollos financieros han arrojado el régimen gubernamental al descrédito más profundo. Lo propio acontece en

Italia, en Austria, en Bélgica [1]. Los cazadores modernos han invadido la tribuna, y con tal de mantenerse en sus puestos consienten todas las bajezas. «El »mandato legislativo—escribe un antiguo diputado—»parece un poder general entregado por un distrito á »un bombre de confianza» [2]. La prensa es menospreciada y diariamente se degrada por su servilismo y por su necedad.

Ninguna institución se respeta; todas las misiones, todos los «sacerdocios» están ridiculizados por la desalmada ironía de los escépticos. Nada queda en pie. La propiedad del arte, asaltada por profanos destructores, no encierra ya «templos serenos»; se lucha tristemente por la conquista de una originalidad desgraciada y débil. La literatura está inquieta; los dramaturgos abandonan las cumbres poéticas, consideran con melancolía nuestra decadencia social y perciben que la hora de las grandes concepciones ha concluído; observan la crisis en que nos consumimos, demuestran las perversas consecuencias, ya de una tradición fuera de uso, ya de una preocupación filosófica, ya de un artículo de ley. Ibsen, Björnson, Südermann, indican en sus tragedias burguesas el principio de una nueva dicha, en la que nuestras almas resplandecerían libremente; pero los personajes reveladores de estas actividades dirigidas á una vida más

---

1 Mil gracias por no haber recordado á España, donde las habas se cuecen á calderadas. *(N. del T.)*

2 Citado por M. Paúl Hymans en la *Crisis del parlamentarismo.* (Bruselas.)

independiente, más elevada, son declamadores sombríos y salvajes que llevan dolorosamente el peso de recientes filosofías individualistas. Su muerte, voluntaria casi siempre — los autores no encuentran por regla general otro desenlace,—nos deja dudas profundas sobre la eficacia de su método, mitad estoico, mitad epicúreo. Sería imposible, siguiendo á los dramaturgos contemporáneos, vivir con ingenuidad una existencia de amor y de abnegación sin que el mundo os acusara al punto de albergar las pasiones más abyectas y os colocase separados de los demás, como seres peligrosos y locos.

La novela se contenta con enumerar y observar nuestras vergüenzas, sin inquietarse con demasía de los remedios. Zola, Guy de Maupassant, los Goncourt y Huysmans, habrán registrado fielmente todos los efectos horrorosos de nuestro mal secreto. En la baja literatura dramática, la zarzuela, la opereta, en las canciones, se usan hoy día los medios más violentos para alegrar á los espectadores. Después del cuotidiano trabajo, se teme pasar la noche á solas con el fastidio que nos acecha; y los más desheredados desean perder en el café-concierto, rodeados de una atmósfera enervante y ante un espectáculo odioso de necedad, lo poco que les resta de energía moral. ¿Pueden estar seguros de encontrar placer? ¿Puede nuestra existencia febril, pero monótona, ofrecer alegrías á los que se entregan á las extravagancias y á la disolución?

La ciencia positiva arruina nuestra vida moral.

mata igualmente nuestro sér físico. El pensamiento, caracterizado por su lentitud, entraña la ruptura del equilibrio interior. Los filósofos, los escritores, los artistas y los «virtuosos», padecen una hipertrofia intelectual que va cada día agravándose. «La ciencia, »tan jovial en sus principios, en el Renacimiento, »haciendo su aparición en medio de las risas estrepi»tosas de Rabelais, viene al presente á hacerse casi »triste» [1]. Los «especialistas» no son menos á condolerse que los «dilettantes». Los primeros incurren rápidamente en la locura. Los descendientes de la línea vigorosa de los Laplace, Newton, Descartes y Darwin — ó también de los Taine ó Littré — están relegados hoy á un campo de investigación terriblemente estrecho, y sus observaciones, en apariencia ilusorias, les hacen ser considerados como dulces é incurables maniáticos.

El dilettante no tiene la fe sólida del especialista caminando fijamente hacia su objeto, y en la misma inconstancia de su espíritu resiste el origen de su incredulidad universal. Si la ambición de saber comenzó por servirle de fuente de goce, se le transforma á menudo en causa de una tortura mental irremediable. La afición llevada al extremo no rinde un fin más consolador que la especialidad. Nuestra necesidad de conocer nos roe y nos mata. Este mal contemporáneo ha sido comparado al águila que se abate

---

1 Guyau: *La irreligión del porvenir.* (Obra editada por Alcan.)

sobre el testuz del antílope, devora el meollo de su víctima y vuela en los cielos, saciada con la vida misma de su presa...

¿Cómo, por lo demás, seríamos felices ante el convencimiento adquirido de antemano de no poderserlo? Rousseau decía con razón que el hombre que piensa es un animal depravado. Toda nuestra inquietud surge de la excesiva labor de la inteligencia. El ideal científico nos ha conducido rectamente al pesimismo, donde van á destruirse las fuerzas vivas y creadoras de las generaciones modernas. En verdad que nuestra civilización está bien enferma; su alma, sobre todo, se encuentra en peligro, y enfrente del hundimiento de nuestras creencias seculares somos desgraciados á la manera del personaje de *Rosmersholm*, que busca en vano «un pobre ideal». Tal es la tristeza del siglo, la primera de las tres tristezas apostólicas.

El individuo trata, naturalmente, de escapar á esta languidez, á esta neuropatía que arrebata á las masas toda facultad de entusiasmo, toda posibilidad de grandeza, de exaltación generosa, de expansión bienhechora Como es preciso á todo precio crearse una quimera, llenar en el espíritu el vacío enorme que deja la ausencia de creencia religiosa, se lee con exceso, se presta interés á los trabajos de los sabios, se recoge un bagaje pesado que apaga las inteligencias y que no suministra al corazón provecho alguno. Si se ha perdido la alegría moral, en recompensa las «satisfacciones positivas» no hacen

falta de ningún modo. La ciencia, el comercio, la industria, han contribuído por su progreso á mejorar considerablemente las condiciones materiales de la existencia. El camino de hierro, el telégrafo, el teléfono, el alumbrado eléctrico, en espera la adopción general del automovilismo y la implantación del aerostato dirigido, son potentes auxiliares para nuestra actividad. Aparentemente somos cada día más dueños del mundo y tenemos para dominarle asombrosos ingenios. Navíos circulan sobre el agua, máquinas cruzan la tierra, horadan las rocas, realizan empresas portentosas y complicadas que exigían antes centenares de obreros; la palabra telegrafiada ó telefoneada se esparce casi instantáneamente en las cinco partes del globo. Expresos, trasatlánticos nos trasportan con una rapidez fantástica de una extremidad de la tierra á la otra. No en ochenta, pero sí en sesenta días se da la vuelta al mundo. Bien pronto, así se asegura, serán ampliamente suficientes tres semanas.

Todas las «comodidades» de la existencia moderna no hacen en definitiva más que aumentar el número de nuestras sujeciones. Los instrumentos son demasiado perfeccionados, demasiado rápidos para nuestra actividad. Físicamente no somos bastante fuertes para soportar este aumento de trabajo, y nuestros músculos, no hallando objetos de empleo, vienen á serlo de una dolorosa atrofia. El cuerpo anémico, el cerebro fatigado, el alma desilusionada, tal se presenta el hombre moderno. La medicina ha experi-

mentado mil progresos para cuidar á éste sér débil y triste. Los remedios son innumerables: higiene complicada, hidroterapia sabia, tónicos diversos, pero todo ello es impotente. Los hombres de pensamiento, sobre todo, se encuentran sujetos á las enfermedades modernas, reconociendo para la mayor parte un origen nervioso; á esto se dice que el sér humano no se encuentra todavía constituído de suerte tal que pueda vivir de vida puramente cerebral, libertándose todo lo posible del trabajo físico. Si así fuese, atravesaríamos una fase última de la evolución exterior. Sería preciso establecer entonces, como ya se ha propuesto, una higiene intelectual para los pueblos y una terapéutica intelectual para los individuos.

Cuando el cuerpo sea habituado á los nuevos servicios que le reclamamos, cuando el pensamiento centellee con su fuerza entera en una envoltura terrena reducida á su más simple expresión, hallaremos, como ciertos brahmas, la alegría perfecta del alma. ¿Podríamos vivir tranquilos alejados del mundo como estos sacerdotes contemplativos? Si nos acostumbramos al ruido de las máquinas, á la trepidación de las líneas férreas y de los automóviles, al resplandor que ciega de la luz eléctrica, á las repetidas llamadas del teléfono, á los campaneos y á los timbres variados que retumban en nuestras casas; si nos acomodamos, en una palabra, lo que es fácil, ¿no seremos siempre los prisioneros de una sociedad á cada ocasión menos indulgente, cada vez más opri-

mida en su adoración al dinero, cada día menos escrupulosa en la elección de sus medios?

Algunos hombres, sin duda, han podido refugiarse en descansado retiro espiritual; han aprendido que es de precisión amar la vida y se estiman dichosos de su suerte. Pero ¿conocen aquella alegría expansiva de que habla Tertuliano y que fué prometida á los discípulos de Cristo? Renunciando á los placeres mundanos para querer otros superiores, ¿han sentido abrirse su alma en una dilatación absoluta? La dicha es, puede ser menos alta. El pueblo nos proporciona ejemplos de ello. Respetando instintivamente la ley de la vida, los hombres vulgares continúan creyendo y perpetuando, es decir, amando física y espiritualmente. Todavía son ellos los que nos dan enseñanzas nobles de resignación y obediencia al deber de cada día. El heroísmo y la abnegación no florecen más que en las almas muy primitivas de los marinos, de criados de provincias, de obreros oscuros. Lo justifica elocuentemente la lista de los premios Montyon; y aun si se quiere, las mismas circunstancias en que se producen dichas abnegaciones nos descubren con frecuencia en toda su fealdad la llaga de la humanidad moderna.

Á esos ciegos y sublimes «poetas de la acción» es otorgada la mejor parte de la vida. Los otros conocen la dicha por fragmentos, y por lo mismo dudan de su realidad.

También adoramos voluntariamente la materia. Solicitamos los lugares, aspiramos sin tregua á alcan-

zar la fortuna; pero cuando el objeto que desde lejos nos parece tan radiante se nos aproxima algo, el espejismo de la felicidad se disipa y volvemos á empeñarnos en nueva persecución tan inútil y tan extenuante como la anterior. Si todos los placeres terrestres fuesen ofrecidos al hombre, no llenarían su corazón, si éste no reposa en la paz de la divinidad. Artistas sanos durante largo tiempo, colmados de todos los dones, vuélvense locos en la hora en que plenamente podrían gozar de su gloria. Filósofos sublevados orgullosamente en contra de lo que ellos llaman la tiranía religiosa, son heridos de anemia cerebral y concluyen su existencia en una lamentable estupidez. Hombres políticos habitan en manicomios. Copleros, también turbados de visiones negras, terminan en la hipocondría una vida consagrada al regocijo de los demás [1]. Los hombres de mundo no son excepción en estas amarguras, y si el retrato que M. Huysmans da de uno en su novela *Al revés* es exacto, ninguna pena, ninguna locura es comparable á la tristeza extravagante, al extraordinario trastorno moral y físico de los Eseintas, la más miserable muestra de esta sociedad artificial y enfermiza.

La dicha en su fase relacionada con la mujer se hace además enigmática. En una comedia muy notable, *Las tres hijas de M. Dupont,* su autor, Monsieur Brieux, ha planteado el problema en todo su vi-

1 **Nuestras afirmaciones no son gratuitas en manera alguna, pudiendo citar muchos nombres después de cada frase.**

gor. Él se encuentra conforme de una manera sorprendente con Schopenhauer:

«Si la mujer cede ante el hombre—ha dicho el filó»sofo de Francfort—sin exigir los derechos exagera»dos que el matrimonio la otorga, pierde el honor, »porque el matrimonio es la base de la sociedad civil, »y ella se dispone una triste vida, pues que está en la »naturaleza del hombre preocuparse desmedidamente »de la opinión ajena. Si, por el contrario, la mujer »resiste, corre riesgo de casarse con un marido que »la disguste ó de permanecer siempre en estado de »soltería, aparte de contar con pocos años para deci»dirse» [1].

He aquí los tres tipos escogidos y definidos perfectamente por M. Brieux: la horizontal, la mujer casada y la solterona. Un cronista ha propuesto agregar un cuarto ejemplo: el de la mujer emancipada, intelectual y amante del *sport*, ferviente adoradora de la bicicleta y la metafísica; pero esta especie acaba forzosamente por confundirse con las de las esposas no comprendidas ó de las solteronas.

M. Brieux responde á todas las críticas que podrían dirigírsele sobre la psicología de su obra, dejando entender que su heroína se resignaría cumplidamente á la medianía común, si tuviera un hijo. Su marido, que reputa el matrimonio como un engaño, rehusa ir hasta el fin en el «camino del sacrificio». No quiere hijos por las nuevas cargas que debería soportar.

---

1 Traducción francesa de M. Bourdeau.

Tales son, sin embargo, las teorías que las «gentes »cultivadas» han adoptado, y de donde dimana en gran parte nuestra miseria moral. Nunca se han matado tantos niños como en nuestros días. Según el Secretario de «La Infancia» de Londres, se cuenta cada año más de mil pequeños seres *matados por sus padres*. «La Francia perece por falta de nacimien»tos»—ha declarado M. Bertillon, basándose en estadísticas serias. — Las costumbres detestables, justificadas por las teorías de Malthus, se esparcen de una manera espantosa. Nietzsche, Ibsen, Strindberg, atacan á la «madre» con tanto ardor como su maestro Schopenhauer. Todo el mal, para aquéllos como para éste, «se encuentra en el vientre de Eva». Tolstoï mismo conserva hacia la mujer el odio de los primeros padres de la Iglesia. Esa aberración, á cuyo favor se extienden el amor al celibato y el egoísmo, que hace infecundos los hogares, es, sin engañarnos, una de las causas principales de nuestra tristeza.

Si no alentamos ninguna ilusión religiosa y si arruinamos lentamente la familia por nuestras ideas de libertad é individualismo, puestas en práctica tan egoístamente, ¿qué nos quedará bien pronto por amar y cuál será nuestro consuelo, real ó imaginario, cuando hayamos contemplado en modo suficiente el espectáculo del sufrimiento universal? Y si estamos tristes no es dable asombrarnos, ya que voluntariamente borramos de nuestra vida lo que es la razón única: el hijo.

El dolor del mundo—dice *Weltschmerz*—espera sus

últimas consecuencias. Esplin, tristemanía, neurastenia, dolencia neurítica sufrida hasta el caso extremo de la enajenación mental; recorremos toda la escala, y jamás las casas de salud han albergado tantos pensionistas á la vez. Podrían volver á esta tierra Byron, Musset y Henri Heine, los ilustres neuróticos del romanticismo, y tendrían piedad de nuestra profunda decadencia espiritual. En la sociedad se multiplican los suicidios de una manera espantosa. Werther ha formado escuela, pero se acude á ella, no por el sentimiento, sino por la razón. En un artículo, escrito algunos días antes de matarse, un poeta joven, M. René Leclercq, hace el relato de un suicidio cuádruple y da por adelantado los argumentos que en apariencia justificaron su propia determinación.

«Y por último, á estas cuatro desgraciadas ¿qué se »hubiese podido decir para desviarlas de su fúnebre »designio, para hacerlas amar la existencia, la vida »placentera, afable y libre que nos había prometido »nuestra asombrosa democracia y que tan bien ha »realizado sus promesas? ¿Qué les ofrecía entonces »la vida, la bella vida, que podían conservar?

»Á lo sumo, la satisfacción de las inmediatas nece»sidades materiales, y todavía á condición de que »éstas fuesen modestas y de que el día de descanso »no viniera más tarde á llenar el oficio de veneno.»

En efecto, ningún consuelo, ningún remedio puede contener de seguida el mal. La educación de los pueblos merece rehacerse. Nos falta energía para soportar la vida, para descubrir la profunda alegría me-

diante pruebas y sacrificios, resultando impotencia semejante de nuestro pesimismo religioso y social. Tal es la tristeza según el mundo, la segunda de las tres tristezas apostólicas.

Queda la tristeza conforme Dios.

En verdad domina ella á las otras. Toda creencia en lo sobrenatural está extinguida. Espíritus inspirados como Moisés, Jesús, Cakya-Muni, revelando las verdades superiores que alcanzaban, no de la observación directa de los hechos, sino en las intimidades de su alma exaltada, no serían escuchados. Otro espíritu muy distinto, el crítico, se opone á la venida de un revelador, de un Mesías, de un Dios. Las religiones nuevas son, ó bien pinturas apenas disfrazadas con antiguos cultos — el *mormonismo* ó el *comtismo,* — ó bien tentativas de charlatanería ó de empirismo. ¿Cuál ideal — se ha preguntado con fundamento — sustituirá al *Nirvana* búdhico ó á la *Inmortalidad* cristiana? ¿Cuál sistema metafísico, cuál fetiquismo realista podrán reemplazar á estos consoladores espejismos del más allá en el corazón de los hombres? El progreso intelectual ha destruído la fe en lo sobrenatural. «Un Obispo de Australia ha po»dido rehusar el organizar rogativas por la lluvia, »declarando que los fenómenos atmosféricos estaban »regidos por leyes naturales inflexibles, y persua»diendo á los fieles de mejorar su sistema de riego, »si querían un remedio en contra de la sequía» [1].

---

1 Guyau.

La metafísica, esta religión de lo más florido, ha perdido su prestigio. La ciencia impide toda especulación trascendental. El imperativo categórico es una fórmula vacía de sentido. Que se hicieran milagros resplandecientes, y no se creería en ellos. Y, sin embargo, parecemos todos á aquel joven pastor Brath del *Más allá de las fuerzas humanas* que, sintiendo perdida la fe, aparece pálido, azorado, desfalleciendo en medio de una asamblea de clérigos débilmente escépticos, y reclama con acento de angustia infinita: «¡un milagro! ¡un milagro!»

La duda ha penetrado en todas las almas, la duda, que se nos muestra como el supremo refugio del pensamiento y del sentimiento. Dudar, no de la existencia de Dios, sino de la presencia de una virtud divina en los actos humanos, es la forma más alta de la tristeza contemporánea. El fin estoico que se ofrece al sabio consiste en estremecer al pensamiento ante la circunstancia de que las leyes morales desaparecen: en divagar solo, abandonado en medio de rebaño indiferente; en buscar su camino en la conciencia sin guía y rodeado de ocultas asechanzas; en retractarse después; en mirar su soledad sin temblar; en obrar en la independencia completa de su voluntad. Se podía «creer» en otros tiempos, es decir, fijar las miradas del alma en una ilusión dominante, adorar á la vez millares de seres, vivir en millares de corazones y, no obstante, aislarse en la alegría del éxtasis.

La unión pierde gradualmente su poderío. Á los

espíritus nobles les queda únicamente la alegría amarga del aislamiento. La prueba, preciso es decirlo, es saludable y confortante. Algunos pensadores han sacado de ella, en nuestros días, sus más hermosas inspiraciones. Los grandes doctores Schopenhauer, Renán, Guyau, experimentaron la tristeza según Dios. Les debemos la reacción contra la filosofía positivista y el materialismo contemporáneo; también la primavera mística é idealista de estos años últimos, y asimismo les podemos atribuir los escritos de Tolstoï, de Desjardins, de Maeterlink y las páginas sublimes de *Sabiduría*. Si la muchedumbre pudiera á su vez dejarse influir por esta tristeza superior, que es resignación fecunda en los ensayos de la vida y obediencia desinteresada á la voluntad suprema, tendría una idea más justa de la felicidad, aceptaría sin queja su parte de sufrimientos, se apercibiría de que los verdaderos tesoros no se contienen allá donde los busca, y volvería, en fin, á encontrar el sosiego del alma, estado hoy tan raro como la santidad.

Así sería cumplida la palabra de San Pablo: «Por»que la tristeza, que es según Dios, engendra peni»tencia estable para salud; mas la tristeza del siglo »engendra muerte» [1].

---

1 Segunda epístola á los Corintios.

CAPITULO III

El ideal democrático.

¿Después de qué combates ó accidentes, de qué fatal acontecimiento ó caída voluntaria, el pensamiento humano se ha deslizado poco á poco en el valle de la duda? ¿Qué males políticos, qué revoluciones sangrientas, qué guerras hemos sufrido para que nuestros cuerpos débiles no mantengan ninguna esperanza de la vida? ¿Quiénes son los hombres que han sembrado las palabras de negación y de orgullo criminal?

Los políticos, los filósofos, los literatos que durante un siglo contribuyen á precipitar nuestra decadencia moral, no son más que factores secundarios obrando en el sentido que les impone una causa única: la desaparición del espíritu religioso. Las guerras, las revoluciones, los sublevamientos, los motines, las luchas del pensamiento se producen, ya para extirpar algunos restos de antiguas creencias, ya para favorecer una vuelta, cada vez menos brillante, de las tradiciones religiosas. Hallándose casi

oscurecido nuestro horizonte espiritual, encaminamos las esperanzas hacia la conquista de una alegría material. Sin ideal determinado, nos informamos, á guisa de dilettante, de filosofías y descubrimientos variados, y profesamos el culto del dinero y de la fuerza. De esta suerte nuestra desgracia radica en la incertidumbre ó en la bajeza de las convicciones. El optimismo de la democracia moderna es de una vulgaridad odiosa: «Si los Gobiernos cumplieran su »deber, el cielo existiría sobre la tierra; es decir, »que todos los hombres podrían sin pena y sin in»quietudes saciarse, hartarse, propagarse y morir» [1]. La doctrina anárquica deja brillar la misma ilusión ante los ojos de los pobres diablos; antes de todo se ocupa de extender la miseria material. ¡Que el individuo sea entregado á sus instintos, que él obtenga la alegría en el hartazgo de todos sus deseos! nos dicen los apóstoles de la destrucción. En este torrente súbito de pasiones individuales, las fuerzas morales serían sin perdón aniquiladas. La masa, cobarde y bestia, se dirigiría contra ellas. La civilización habría suavizado algunos males físicos, pero la causa profunda de nuestra desesperación no sería atacada. Por el contrario, aumentarían el cansancio y la repugnancia.

Sin embargo, nuestro siglo es el de la democracia triunfante, y caminando ésta delante de las masas obreras, no se detendrá probablemente sino con la

---

1 Schopenhauer.

misma civilización. Su paso es acelerado de un modo fatal é irresistible, justificándose en parte, ya que el pueblo se ha visto privado en largos siglos de ciertos derechos esenciales; pero hallándose los espíritus absorbidos completamente por el ideal de inmediata y positiva posesión que les es propuesto, no vivifican ningún deseo de elevación religiosa. Con una seguridad progresiva, la expansión del pensamiento democrático se produce á costa del pensamiento místico. Aliada está la democracia á la ciencia. Á pesar de ello, en vano se instruye al pueblo, y se le conceden derechos políticos y se le da la ilusión de una libertad más grande que anteriormente; nada reemplazará en su alma la fe estrecha pero pura que le tranquilizaba sobre su destino. Así resulta que la democracia insaciada se presenta más infeliz que la democracia esclava.

CAPITULO IV

La Revolución francesa.

Es hacia la mitad del siglo último cuando el mal, ya sentido de una manera ligera é intermitente, se declara en forma definitiva y ataca al organismo social hasta en sus fundamentos. Á partir del año 1700 el sentimiento religioso se debilita por grados, y desde el fin del reinado de Luis XIV se cuenta en París con algunos espíritus fuertes, profesando con ostentación un ateísmo sincero. Se comienza á creer en el «progreso humano», y para servirle libremente, importa desembarazarse lo más pronto de supersticiones antiguas. «¡Aplastad al infame!»; tal es la divisa de Voltaire, en nombre de quien iban á desarrollarse los principales acontecimientos del siglo. Las clases privilegiadas no opondrán más que molicie é indiferencia á la subida, sin cesar grandiosa, del nuevo espíritu filosófico. Animarán ellas mismas á la rebelión de algunas individualides. «*¡Quos vult per»dere Jupiter dementat!*—escribe M. Brunetière.—Los »dioses comienzan por cegar á los que han resuelto »perder; y efectivamente, se explicaría con dificultad

»el progreso, la fortuna, y tras un poco de incerti-
»dumbre al principio, la rapidez de aumento de la
»doctrina enciclopédica, si no recordásemos qué
»parte han tomado con la imprudencia más lastimosa,
»ó la más insigne falta de habilidad, todos aquellos
»á quienes la *Enciclopedia* amenazaba en sus intere-
»ses; los adversarios mismos de la doctrina, el go-
»bierno y, sobre todo, los salones... No tenemos to-
»davía hoy más que indulgencia y complacencia para
»tantas amables personas que supieron, como los
»Tencin y los d'Epinay, ligar tan bien el desorden
»de las costumbres y el pedantismo de la filosofía» [1].
En el sensualismo al uso habían encontrado los nobles una distracción, fatigados de su duradera autoridad, animados en la inactividad casi completa por favores ilimitados, víctimas de enervamiento y cansancio. La pintura de Watteau, de Boucher, de Pater; la literatura de Piron y de Gresset nos denuncian en su fina y engañadora fantasía los gustos de aquella época. Por los placeres del arte y por los goces materiales más diestros se combatían los primeros daños de una incomodidad desconocida...

De otra parte escribian filósofos que el hombre está hecho para el placer. Diderot, Helvétius, d'Holbach, Mably y Raynal, para provocar más seguramente la *vuelta á la naturaleza,* atacaban á la Iglesia, al Estado, á todas las instituciones sociales, la familia, la propiedad, y colocaban en duda la existencia de

---

Ferdinand Brunetière: *Historia de la literatura francesa.*

Dios. La vida artificial de ciertos nobles encuentra excusa en este nihilismo voluptuoso. La vulgar simplicidad de las enseñanzas agrada á estos espíritus fatigados. Los ricos, manumitidos de contrariedades morales, se entregaron al placer con refinamientos deliciosos. Este fué el día brillante, repleto de alegría, de vida, de gozo del antiguo régimen, y este fué el banquete donde, no obstante haber perdido los poderosos del momento toda noción de prudencia y haber gastado sumas exorbitantes y el espíritu más libre, reinaban la inquietud y la fiebre.

Así como los admirables *Caprichos* de Goya nos pintan el desorden, la prostitución y el rebajamiento moral de España en el siglo XVIII, ellos iluminan con una claridad profunda la humanidad reinante de ese tiempo. Si se desembarazara la obra de sus aspectos bizarros y visionarios, si no se considerara más que la capacidad eminentemente moralizadora del pensamiento y la verdad íntima de los retratos, podría intentarse comparar los *Caprichos* con las *Memorias* de Saint-Simón. El artista español, como el escritor francés, se impone el papel de acechador del mundo de parásitos que brilla en la corte; estudia los semblantes y observa los gestos y pretende leer en el fondo de las almas. Con una conciencia rigorosa ha confeccionado la lista de las perversidades, de las torpezas y de las deformidades de su época. Y sus retratos, mármoles podría decirse, muestras de la descomposición, hacen pasar por nuestras almas frío de disgusto y de angustia...

Sin embargo, una banda de hambrientos y pobres miraba entonces con feroz envidia á esta nobleza gozosa. Á través de las iluminadas ventanas de las viviendas de príncipe llegaban hasta su oído los ruidos turbulentos de la orgía. No era menosprecio lo que experimentaban los miserables, ya lo hemos dicho; era envidia. Rousseau viene á punto para activar los odios nacientes. En nombre de la justicia superior predica la igualdad de los hombres y la soberanía del pueblo, irritando hasta el delirio el amor propio de los franceses. Su idealismo teórico lisonjeaba el sentimentalismo que reside en el fondo de cada alma; «su canallería», como ha expresado Nietzsche, mal disimulada bajo la belleza moral de su aspecto público, seducía y conquistaba infaliblemente al pueblo. Se ha indicado que Rousseau no es responsable de los excesos de la Revolución; Robespièrre no recuerda de ningún modo al *Vicario saboyano*, aun procediendo de él. Pero en el fondo, la existencia desagradable y perfectamente inmoral del autor del *Contrato social*, ¿no incitaba á sus discípulos á entregarse á los peores éxcesos en nombre siempre de la naturaleza omnipotente? Sobre la teoría consignada en un libro se encuentra el carácter afirmado por nuestra vida entera. La fuerza de un ejemplo que palpita puede sólo determinar un proselitismo saludable.

La elocuencia de Rousseau entraña las peores desdichas. El pueblo ejecuta con ferocidad la misión destructora que le era pedida. El amor á una libertad

superior constituía una valiosa excusa, suministrada por los filósofos. Si los nobles habían abusado escandalosamente de las alegrías terrenas, la muchedumbre reclamaba su parte [1]. La violencia de los apetitos populares vino á ser el motivo más activo de la Revolución. Los levantamientos de una nación se hacen al amparo de una idea; responden en realidad á las necesidades más bajas de la muchedumbre; pero lo que obtiene el pueblo en los bienes codiciados es una porción irrisoria. Se apercibe después de algún tiempo de haber sido engañado por sus guías y de que sucesivamente le abandonan aquellos á quienes él había dado mandato para mejorar su suerte y reivindicar sus derechos, no contemplando otro resultado que el provecho egoísta de los primeros, substraído de una situación adquirida á favor de turbulencias. Todas las revoluciones francesas de este siglo han rendido el mismo fin. En cada ocasión el desaliento y la tristeza de la masa han aumentado en proporción de la suma de los esfuerzos gastados.

La Constituyente, la Convención y el Directorio aportaron á la Francia decepciones idénticas. La noche del 4 de Agosto confirmó el principio de igualdad, bajo cuya influencia han podido establecerse y vivir después los sistemas más diferentes. ¡Ilusoria conquista! La Constituyente, sin embargo, quiso edificar un monumento enteramente nuevo, una vez des-

1 La nobleza debía mucho dinero á los dueños de éste y la Revolución fué así, siguiendo la fuerte expresión de M. Taine, "una transmisión de propiedades".

truído el sistema político existente. Al efecto de inaugurar una era de independencia definitiva se ensayó separar la sociedad antigua de la nueva, abriendo una zanja, á cuyo fondo fueron atropelladamente precipitadas las tradiciones del sistema precedente. El espíritu volteriano, llevado á sus consecuencias últimas, se transformó en un fanatismo tan odioso como los otros. Se cerraron las iglesias, se suprimieron las fiestas cristianas, y ante la precisión de adorar alguna cosa, la Convención implantó el culto del Sér Supremo. Ciertamente que no eran para guiar á la muchedumbre la tiranía ejercida contra los sacerdotes y la mascarada religiosa inventada por Robespièrre. Los sofistas tenían fácilmente, en estos tiempos agitados, cuenta del espíritu popular. Así no era dificultoso hacer aprobar razonamientos como estos: «El rey gobierna en nombre de un Dios que »no veis; los sacerdotes ejercen su ministerio en nom- »bre de ese mismo Dios que no veis, y que por con- »secuencia no existe. Rey y sacerdotes deben ser »suprimidos.»

Esta lógica ingenua, que justifica la mayor parte de los actos de la Revolución, se encuentra expresada por Kant; verdad es que siempre se halla un hombre de genio para provocar ó excusar las necedades de la muchedumbre. Rousseau y Voltaire son responsables de la *farsa sangrienta;* Kant va á legitimar los resultados repitiendo con los revolucionarios «lo que »no ves no existe», y sistematizando la duda, este mal tan exclusivamente moderno. «¿Cómo terminar en la

»existencia de un Ordenador Supremo—exclama;—»cómo creer en la existencia de un Dios infalible »cuando el mundo no nos presenta más que un orden »imperfecto?» La doctrina del célebre filósofo, despojada de su hábil aparato de pruebas y de hechos, ¿no aparece tan simple como la de los héroes del Terror? Que él lo haya ó no querido, el autor de la *Crítica de la razón pura* ha establecido el escepticismo universal, sin que sea disminuído en manera alguna el efecto desordenado de su descubrimiento por su dogmatismo moral fundado sobre la ley convencional del deber. Todos los *desconfiados* de este siglo son kantianos. Si el imperativo categórico había sido reconocido como evidente así en el orden teológico como en el práctico—verdad que atribuimos á nuestros días,—no se comprende que sobre este siglo reinen los librepensadores y los Homais.

Voltaire aplicando su fantasía, su ingenio, su talento á ridiculizar las instituciones sociales; Rousseau predicando un nivel utópico y absurdo; Kant negando la realidad de una existencia divina y desviando la humanidad de revelaciones ideales, tal es el espectáculo que caracteriza la aurora de nuestra época de ironía, de igualdad y de duda.

CAPÍTULO V

Napoleón.

Ni la sangre derramada, ni las medidas arbitrarias, ni el advenimiento de un gobierno sin escrúpulos, podían satisfacer las aspiraciones de la democracia republicana. Toda la Europa, sin embargo, tuvo un estremecimiento de esperanza al contemplar que los generales de la primera República adoptaban el papel de libertadores de las pequeñas naciones que invadían, donde casi siempre fueron recibidos con entusiasmo. Llevaban la misión de destruir los privilegios exorbitantes de las clases elevadas. Así Carnot expresaba bien su singular estado de espíritu escribiendo: «Es preciso hacer pesar exclusivamente las »contribuciones sobre los ricos; los pueblos deben »ver en nosotros libertadores.»

La ventura ofrecida no llegaba. Se creyó un día poseerla, cuando, siguiendo la profecía del inmortal Platón, «nació el tirano del tallo de los protectores »del pueblo.» La sociedad del antiguo régimen y la de la Revolución se descomponían, arrastrando fa-

talmente á la nación francesa hacia una decadencia irremediable. Un hombre atrevido, armado con una razón admirablemente práctica, iba con facilidad á hacerse el dueño de una raza destrozada por un idealismo sanguinario. Al Imperio es—manifiesta Mme. de Staël—donde todas las cosas deben dirigirse en un país del que sus niveladores sólo han dejado funcionarios para un gran administrador, soldados para un general, súbditos para un César y la anarquía para desearle. Inmediatamente después del golpe de Estado del día 18 Brumario, Napoleón se consagra á corresponder á los votos y á las necesidades del pueblo.

No cesa de proclamarse el continuador de la Revolución. Los miembros de la Asamblea Nacional habían fijado principios, él quería obrar. «Napoleón no »veía en el mundo más que hechos y estados de he»chos, fuerzas y cálculos de fuerzas; no amaba el »sentimiento, no era ni filósofo, ni artista» [1]. Su egoismo está servido por energía y valor incomparables, y sus facultades positivas le consienten aplicar á la letra su tema: «Obrar es el hecho de uno »solo». Restablece el orden público, reorganiza el erario, la justicia, la administración civil, salva el país de la bancarrota, impide las persecuciones religiosas y asegura la libertad privada con la legislación comprendida en los *cinco códigos*.

Desde la primera hora de su gloria, Napoleón per-

1 Faguet.

sonificaba á los ojos de Francia, y aun de otras naciones, las ideas de libertad, igualdad y fraternidad que concurrían en los cerebros. El «progreso del pen»samiento humano» tomaba una forma tangible; una aclamación unánime saludó al que iba por último á reconocer los derechos del tercer estado. Y la masa siguió ciegamente á Napoleón en las aventuras donde su destino le conducía. Las «conquistas morales» de la Revolución fueron encarnadas para todos los pueblos por el aventurero genial que trastornó la Europa á fin de esparcirlas. Como simbolizaba un ideal muy elevado, tomáronle algunos por una especie de divinidad. Sacrificaba millares de individuos á la nueva política de fraternidad y se humillaba ante sí. Beethoven, el divino músico, compuso una de sus obras maestras á la gloria del Capitán corso. No se creía más en Dios; se creía en Napoleón. El terror podría subsistir en todas partes, pero una alegría secreta acudía á los hombres, dominando las voluntades por el espectáculo de ésta fuerza guerrera.

El «hijo de la Revolución» reconocía de una manera singular las libertades decretadas en su nombre. Los ministros, los diputados, los senadores están sin poder; las prisiones del Estado amenazan á los que piensan demasiado libremente; la censura más rigorosa es aplicada á las publicaciones. Los grandes artistas, tales como Chateaubriand, Chenier, Cherubini, Mme. de Staël, independientes para no ensalzar la tiranía del emperador, son perseguidos de un

modo irritante. Napoleón firma un concordato con el Papa, pero dirá «mis obispos».

Actuando como tirano contra quienes menosprecian su autoridad, no conserva respetos ni para el genio, ni para la gloria, ni para la nobleza; obrando por el móvil de amparar el principio de su soberanía, se esfuerza constantemente en suscitar alrededor de sí un movimiento intelectual y artístico. Alientos á las letras y á las bellas artes no faltan. La arquitectura monumental, la pintura, el estilo decorativo del primer Imperio se distinguen entre toda la producción de nuestro siglo por su originalidad severa y harmoniosa. Hoy se reconoce que en aquella época presentó el arte francés una de sus fases más noblemente fecundas. Napoleón, hostil al talento que no le presta homenaje, tiene, sin embargo, coquetería en proteger á los artistas según lo exige la tradición. Llega hasta desear que su Corte posea modos aristocráticos de conducirse y portarse, y forma una nobleza imperial y crea plazas de maestra de ceremonias y maestro de baile que la inicien en las bellas maneras del antiguo régimen.

Napoleón, algo bárbaro, extranjero, hijo de una civilización ruda y violenta, somete pueblos debilitados y refinados y se acomoda después á las exigencias de su política y de sus convenciones, á semejanza de aquellos reyes godos, figuras admirables de energía invencible que, dominando á Roma con su poderío juvenil, se consagraban á mantener, á consolidar los antiguos rodajes administrativos, á favore-

cer la cultura tradicional, á preservar el arte de la gran ciudad que tenían amenazada de destrucción guerrera. Así Teodorico muestra empeño en igualarse á los emperadores romanos, en rodearse de un prestigio idéntico, en adaptarse al pueblo que ha vencido. ¿Acertó? No. Es él la encarnación de una idea nueva, irresistiblemente poderosa, y parece que las concesiones otorgadas á las reglas antiguas son hechas para preparar el triunfo de otra ley. Una especie de fatalidad extraña interviene en la acción de los reyes bárbaros en Italia. Á pesar de sus esfuerzos en levantar un mundo que se encuentra en la agonía, son instrumentos ciegos de la decadencia y previenen con ardor providencial el advenimiento definitivo del cristianismo.

Eran ellos, antes que todo, hombres de instinto á quienes una civilización secular, un glorioso linaje de antepasados no impiden abandonarse á la expansión libre de sus facultades. Aparece su silueta en la historia con todo el relieve de una humanidad joven y viril. Por esto mismo son tachados sus actos de inconsecuentes y débiles. La irreflexión les llevó á la ruina como les condujo á la grandeza. Napoleón ¿no aparece sobre el horizonte de este siglo como un sér formidable por sus dones naturales y á la vez por su inconsciencia? Es como un niño prodigio á quien el destino hubiera entregado muy temprano á la embriaguez de su gloria. Es hombre instintivo, libre, que realizará hazañas maravillosas, que gastará generosamente su valentía al servicio de las ideas con-

temporáneas como al de sus pasiones, es el *acto* encarnado en toda la potencia de su irresponsabilidad.

El edificio que construye en su propia personalidad es magnífico. Más fuerte que la sociedad, todo le es permitido. Por primera vez declara un filósofo que lo que acierta tiene el derecho de acertar; que el débil no tiene razón y que el fuerte tiene el derecho, «porque el derecho hace su fuerza y no hay más »que lo racional que se realiza.» El racionalismo de Hegel aboga en favor de Napoleón. Enfrente del ideal igualitario de Rousseau vemos nacer así las doctrinas del moderno individualismo. Sin Napoleón no habría ni Benjamín Constant, ni de Maistre, ni Gœthe, estos presentidores de Nietzsche.

Por argumentos razonables se explica la suerte extraordinaria del soldado de fortuna [1]. Los pueblos ¡ay! se engañaron en su cuenta. Cierto es que aportó la idea nueva, cierto que ésta le seguía en el surco sangriento dejado por la refriega europea, pero cierto es asimismo que sólo permitía entrever una dicha irrealizable. Por donde Napoleón pasaba no quedaba

---

1 Se conocen las doctrinas mantenidas por algunos jóvenes escritores sobre Napoleón Profesor de energía.

"Igualmente fué él—escribe M. Maurice Barrés en sus *Déracinés* — el Corsario de Byron, el Emperador de Musset, de „Hugo, el Libertador según Heine, el Mesías de Mickiewicz, „el hombre de fortuna de Rastignac, el individuo de Taine. „Ninguno de estos grandes hombres está menospreciado. Los „pueblos no se engañan. Franceses, alemanes, italianos, po„lacos, rusos, cada uno de ellos ve á Napoleón nacido espe„cialmente para entusiasmarle; que es muy exacto que él „sacó del letargo á las nacionalidades."

más que un fantasma de justicia, más falaz que el de la Revolución. El alma de las muchedumbres retenía estas tres palabras: «libertad, igualdad, fraternidad»; pero los cadáveres se amontonaban, generaciones enteras desaparecían y el reinado de estas tres virtudes, de las que el egoísmo sobrehumano de un conquistador había osado hacerle fiador, parecía demorar su venida, en tanto que la idea engrandecía. La timocracia, reobrando contra las victorias primeras de la democracia moderna, dejaba al mundo enloquecido, atónito, tembloroso. Las predicciones de Platón continuaban realizándose: «La violencia preside. Los jefes no son más sabios. Las acciones impetuosas prevalecen. Los guerreros miran á los trabajadores como esclavos.»

Una fuerza superior á la del hombre iba á retraer el equilibrio y la paz entre las naciones, pero la divina justicia no debía solamente herir al autócrata poderoso, rebelde contra las leyes de amor y solidaridad. Tolstoï en *La guerra y la paz* nos ha mostrado que lances en apariencia fortuitos, circunstancias en realidad providenciales arrastraron la derrota de Napoleón en Rusia. El gran ejército perece de frío y hambre en un país que recorrió victoriosamente algunos meses antes y al que en los primeros destrozos habían privado de recursos. Los aliados abandonan al conquistador, dejándole sin soldados; llegados á Francia, se encarnizan en destruir, no ya la obra del Emperador, sino la propia de la Revolución. Después de Waterlóo fueron los franceses castigados cruel-

mente por su resto de afición al Imperio. Se ocupa su país durante dos años por tropas extranjeras, se construyen fortalezas en las fronteras para alojar á los enemigos; la vuelta de Napoleón costó á la nación agotada más de mil millones. ¡Quién no se admira viendo al Duque de Richelieu firmar el tratado de 1815 «más muerto que vivo!» Hacía constar la espantosa caída política de su patria y no podía de ninguna manera atenuar esta angustia. La liga aristocrática de los soberanos formada en Viena se vengaba sin piedad del pueblo hechura de la Revolución. La Francia volvió á la monarquía absoluta y aceptó momentáneamente la autoridad del derecho divino. Napoleón había dado de barato la libertad democrática, y falto de solución mejor, se sometió á la forma tradicional de gobierno, no habiendo podido equilibrarse y tendiendo á la impotencia la solidaridad proclamada por la República y el egoísmo practicado por el Emperador. Fué un instante de descanso en espera de las nuevas rebeliones.

Exteriormente, «el espíritu europeo», nacido de la Revolución francesa, se esparcía, merced á la impulsión irresistible que Napoleón le había dado. Los pequeños Estados, los Principados minúsculos se adherían á las grandes naciones en un espíritu de defensa y de intereses comunes. La Europa se unificaba por la fuerza de las ideas nuevas. Las tendencias á la centralización y al cosmopolitismo vinieron á ser generales, y fueron una consecuencia de las ideas igualitarias.

Los rasgos esenciales de nuestro siglo se dibujan desde este momento. Napoleón, del que la autocracia semeja una protesta violenta contra el principio democrático, no es más que un instrumento inconsciente, y su egoísmo implacable asegura la difusión rápida de nuevas leyes sociales; es, hasta cierto punto, la Revolución en acción. Persigue también la justicia por la igualdad, pero personifica un individualismo exagerado, en absoluto inconciliable con su sueño de libertad universal. Los hombres modernos, egoístas por instinto y demócratas por educación, pueden estimarle como el primero y más grande modelo de su especie. Á partir de Napoleón, la idea de humanidad se amplia. Sí, se instituye el arbitraje internacional después de su caída, mas el individualismo viene á hacerse, en rigor de verdad, el factor de la humanidad renovada, el individualismo que Napoleón encarna con grandeza tanta y que es una resultante fatal del principio igualitario. Todo el mundo se cree llamado á reinar, á poseer, á gozar. La aspereza de la lucha aumenta, las desilusiones son necesariamente más frecuentes que en el tiempo en que la propiedad estaba reservada á los privilegiados, y la suma de felicidad, que se distribuye así entre mayor número, se ofrece á cada paso más quimérica en su fraccionamiento indefinido.

CAPITULO VI

La reacción neo-cristiana.

La Revolución había destruído las preocupaciones religiosas y aristocráticas; también creyó poder aniquilar la religión y la aristocracia. En esto era antinatural, y Napoleón mismo se encargó de moderarla firmando el Concordato y estableciendo una nobleza militar [1]. ¿Daba así satisfacción bastante á los elementos reaccionarios de la nación? No, ciertamente; y es bien notorio que los escritores y pensadores que concibieron alguna admiración hacia el régimen antiguo fueron instintivamente hostiles al emperador y se convirtieron en enemigos suyos cuando ensayaban la conciliación de sus sentimientos conservadores con las esperanzas de la sociedad nueva. La reacción religiosa y aristocrática del principio de este

---

1 "No considerando más que el efecto inmediato producido en Francia y en los otros países de Europa por la simple promulgación del Concordato, preciso es reconocer que el primer Cónsul había preparado y deseado el acto más útil á Francia, el más sabio para su propia política".—Henri Welschinger.

siglo, personificada en Chateaubriand, José de Maistre, de Bonald y Mme. de Staël, adquirió entonces un carácter claro de protesta contra la política napoleónica y contra los violentos medios de propaganda que utilizaba el dueño de Francia. El espectáculo de una fuerza humana tal en acción, la fecundidad de una energía semejante, la atracción ejercida por esa inteligencia aplicada constantemente á problemas prácticos, no pasó sin inspirar á todas las almas pensadoras una inconsciente admiración. Los absolutistas se encontraban penetrados de la doctrina individualista, en la que el emperador, hijo del pueblo, ofrecía la más alta simbolización. Ellos prepararon la Restauración, pero enseñando á los franceses á inquietarse cada vez más de su individualidad. He aquí por qué será democrática la sociedad después del año 1814.

Acaso no fuese el objeto que se proponían alcanzar; pero, á su pesar, caminaron con su tiempo y le adelantaron. Considerados por sus contemporáneos, y aun en nuestros días, como los restauradores vacilantes de un estado antiguo de cosas, contribuyeron realmente á levantar el edificio del pensamiento moderno. El individualismo intransigente de José de Maistre y de Benjamín Constant, la libertad responsable de de Bonald, la ideología progresiva de Mme. de Staël, el misticismo estético de Chateaubriand, serán principios constituyentes de la conciencia moderna, con el mismo título que las ideas de Turgot y de Condorcet, y de Voltaire y de Rousseau.

No podían, en efecto, sus reconstrucciones religiosas y políticas ofrecer las completas garantías de solidez que los sistemas prácticos; pero las razones que, á su juicio, las justificaban, y que eran sacadas, no de las instituciones eclesiásticas ó políticas por ellos defendidas, sino de su espíritu de hombres modernos, iban á servir de base á la filosofía y á la moral del siglo décimonoveno.

Á tal punto pareció reaccionario el espiritualismo de José de Maistre, que el autor de las *Veladas de San Petersburgo* fué reputado como una especie de Voltaire convertido. Ligado á las preocupaciones del antiguo régimen: religión, patriciado, monarquía absoluta, y hostil firmemente á las ideas materialistas, democráticas y republicanas, parece encarnar seguramente el espíritu absolutista y místico de los pasados tiempos y defender las ruinas de la sociedad feudal contra la invasión de las multitudes igualitarias. Menosprecia al pueblo, «siempre niño, siempre »loco, siempre distraído». Menosprecia al individuo, siempre preocupado con sus derechos, nunca con sus deberes. No cree en la grandeza del «espíritu europeo», y permanece francés tradicionalista con una obstinación apasionada. Con todas sus fuerzas, pero sólo en apariencia, es el *laudator temporis acti*. Su sistema moral y político no consiente innovación alguna; la sociedad será salvada por la religión cristiana y la monarquía absoluta.

Pero ved cómo el hombre modermo, desengañado, inquieto, cual el «hijo de la Revolución», se revela

en la defensa de ese sistema. Se encuentra obligado á hacer constar la injusticia universal, la desproporción que existe entre los méritos y las mercedes, entre la falta y el castigo. «El hombre está en la esclavitud, he aquí la verdad.» Arranca él de dicha proposición, que podría servir de epígrafe á la obra de Schopenhauer, para establecer la necesidad del cristianismo y de la autoridad real. Concibe el cristianismo pesimista, conciliable con la precisión del mal y que poco á poco se fija en el pensamiento moderno. El inocente en el mundo expía por el culpable; Jesús fué la más alta y la más noble de las víctimas. No obstante su sacrificio, continuamos siendo injustos, crueles, egoístas. La guerra es la situación natural del mundo. «Es indispensable que el inglés »vea en el francés un animal de otra especie, que no »sueñe más que en matar, á fin de que la ley del ho»micidio, abarcando desde el último zoófito hasta el »animal superior, no se detenga en el hombre.» Una ley implacable, demostrada después vigorosamente por la ciencia, nos obliga á la lucha perpetua. Los más fuertes y los menos escrupulosos la hacen prevalecer. La justicia terrestre es impotente para combatir los abusos. Los culpables gozan de impunidad, asegurada por el sacrificio de los inocentes. Expiamos á menudo faltas cometidas por anteriores generaciones; así la nobleza francesa sufría, en los comienzos de este siglo, sus vicios del próximo pasado y su entusiasmo por los filósofos sensualistas. La expiación es ley del mundo. Sólo existe justicia en la eternidad.

José de Maistre descubre con pena el principio legal de hierro y sangre que suministrara á Nietzsche el argumento esencial de su individualismo optimista, y concluye en el *Papa,* declarando que el hombre tiene necesidad de ser gobernado. Fuera de ello somos sociables, «porque también es preciso que en »ciertos momentos de una manera clara, y en todos de »un modo confuso, vea el francés en el inglés un her»mano». Nuestra naturaleza nos arroja á la guerra; pero también puede, si la forma del estado social lo permite, hacer que nos aproximemos los unos á los otros. Instituyamos entonces una soberanía, pero absoluta, si queremos que sea obedecida. Roguemos para redimir nuestras injusticias y seamos los súbditos fieles de un monarca omnipotente; tales eran las «soluciones» prácticas con las que terminaba el ideólogo brillante. Si los dos remedios no se aplicaban inmediatamente, se acentuarían de una manera fatal la decadencia, el desorden, la desorganización del mundo, y en una imagen clara nos muestra los hombres de su tiempo desgraciados y sentidos hasta la congoja sobre esta tierra, que Fenelón y Bernardino de Saint-Pierre apreciaban tan admirablemente organizada para la felicidad de los hombres.

El restaurador de la religión y de la monarquía es un hombre del siglo presente; ha hecho el cálculo de las ambiciones humanas, ha comparado la insignificancia de los resultados con la suma dolorosa de los esfuerzos, ha dudado del «progreso indefinido», del que la esperanza alienta á la humanidad irreligiosa

y democrática. Desengañado, entristecido, impotente, no viendo salvación más que en la vuelta á las antiguas tradiciones, ha soñado un retroceso imposible de la civilización.

Casi idéntica tristeza domina la vida de Chateaubriand: «Mi defecto capital es el fastidio—repetía sin »cesar,—el disgusto de todo, la duda perpetua.» Chateaubriand es la lira sonora que repite todas las lamentaciones, todas las aflicciones temblorosas de un pueblo mal despertado todavía de su fúnebre pesadilla. El pesimismo cristiano descubierto por José de Maistre lo hace tangible, lo expresa con el poderoso objetivo de su genio. Por odio hacia el espíritu volteriano, por nostalgia de un ideal más amplio que el de los filósofos del siglo décimoctavo, escribe el *Genio del Cristianismo,* defensa estética de la religión de Jesús. Y si su libro no provoca un renacimiento del arte cristiano, basta que las *Veladas de San Petersburgo* restituyen á la religión su fuerza de otro tiempo, demuestra al menos tres cosas: «La »primera, que un creyente no es necesariamente un »imbécil ó un embustero; la segunda, que «el volte»rianismo» es lo contrario de la verdad histórica; y »la tercera, que en la falsedad de las religiones to»das, la realidad del «sentimiento religioso» subsiste todavía» [1].

La misma religión no lleva sosiego bastante al alma de Chateaubriand. Individualista, como todos

---

1 F. Brunetière.

los grandes espíritus de su tiempo, camina su deseo más allá de la realidad que le rodea, por brillante y por inesperada que sea; su sed de orgullo apenas saciada, su ambición en muy poco realizada, su ansia ardiente en nada atendida, hacen renacer la laxitud y el fastidio. «Tengo miedo—dice—de poseer »un alma de la especie aquella que un antiguo lla- »maba una enfermedad sagrada.» En realidad, el *Genio del Cristianismo* no es la «carta del romanti- »cismo», como se ha pretendido, no solamente porque Chateaubriand «restaura la catedral gótica» ó «abre »de nuevo la naturaleza cerrada» ó agranda hasta el fresco las miniaturas de Bernardino de Saint-Pierre, ya que hace nacer un arte nuevo, sino porque «in- »venta la melancolía moderna». Experimenta en el más alto punto el dolor de su época, que consiste únicamente en el egoísmo transformado y ennoblecido de los epicúreos demócratas del siglo presente. Su «enfermedad sagrada» la comunica á toda una generación literaria. Su alma, hablando á través de sus escritos, enseña á la juventud nociones nuevas y profundamente individualistas de la vida, del amor y de la belleza. Su disgusto y fiebre los idealiza con gritos soberbios. «La vida—exclama—no es más que »un juguete sin la pesadumbre que la vuelve grave.» Estas palabras van á servir de credo sentimental á gentes jóvenes y escogidas, y no hay nadie en nuestros días que no perciba aún la vibración final en el fondo de su alma.

Por el contrario, su admiración, dirigida á una

forma religiosa de la grandeza humana, debía convencer á escasa parte de la sociedad. De Bonald se encargó de decir por qué el cristianismo de Chateaubriand y de José de Maistre no podía volver á encontrar el alma del pueblo. No considera que las bellezas de la religión cristiana «es mostrar qué lugar »honorable puede tomar entre los diferentes paganis»mos que han divertido á los hombres». Hacerla descansar sobre una creencia en el dolor y expiación universales; fundarla sobre el pesimismo; «signifi»car más hacerla desear que creer; desear que sea »verdadera como compensación justa y como resolu»ción satisfactoria de los agravios que tenemos contra »la naturaleza, no es demostrarla y sí arriesgar el »abandonar al lector á medio camino antes que cono»cer la concepción de un Dios malo ó indiferente.» De Bonald creyó salvar el cristianismo desembarazando la sola idea verdaderamente fundamental de la Religión de Jesús, la de la creación. Era defender un dogma y no un aparato «de culto». Benjamín Constant, descubriendo que la doctrina cristiana se funda sobre la moral, no podía esperar el ser más escuchado que De Bonald.

El renacimiento religioso del principio de este siglo aparece superficial. Se cesa de creer en las fórmulas y se confunden necesariamente en un mismo desdén la enseñanza y los ritos. De igual manera, y bajo el punto de vista social, la vuelta al antiguo estado corporativo, tal como la deseaba de Bonald, era perfectamente imposible; la fórmula estaba fuera de moda.

Lo que va á sobrevivir de de Bonald es un sistema de libertad individualista, así como la moral individualista de José de Maistre, de Chateaubriand, de Benjamín Constant, á quienes admiran los contemporáneos. Sus esfuerzos para restaurar la antigua constitución quedan, por el contrario, impotentes. Estos pensadores, en los que se quería ver renegados del siglo décimoctavo, completan la obra egoísta de Napoleón y continúan lisonjeando la pasión democrática, exaltando al individuo, levantando contra la ley y el Estado millares de energías esparcidas y favoreciendo el despotismo de las masas. Es flagrante la antítesis entre su sentimiento íntimo de hombres libres y sus teorías tradicionalistas, dictadas por una educación particular, por la tristeza de ver la necedad y la intriga imperando más y más en su patria.

CAPÍTULO VII

El romanticismo político y literario.

Durante el año de 1814 existió en la política un momento de espera. Francia recibió la Carta, que hacía indisoluble, según se pensaba, la alianza entre el poder legítimo y las libertades nacionales (entiéndanse individuales). Bien poco duró la tregua. La oclocracia, organizada bajo su forma primera, el parlamentarismo, ponen en jaque al poder real á causa de las leyes electorales y de los decretos sobre la prensa. El individualismo avanza más cada día; el pueblo afirma con mayor fuerza su «soberanía», y cuando Carlos X trata de contener el movimiento mediante medidas reaccionarias, la ola democrática se desborda y derriba aquella monarquía que ambicionaba dominar, como en el tiempo de Luis XIV. En 1815, la Carta es «otorgada» por el rey; en 1830 es dictada de alguna manera por el pueblo. La democracia, con un esfuerzo brusco, destruye los diques que se la oponían, y llega á extenderse hasta en los rinconcillos de la nación francesa.

El sabio que en este instante tenía el poder entre

sus manos, Guizot, es opuesto enérgicamente á la marea desbordante del egoísmo. Ha demostrado que hay error en creerse soberano «por ser hombre», y ha hecho saber, el primero, por argumentos que no son de puro sentimiento, la insuficiencia que arrastraría la división al infinito de la libertad individual. Obtuvo acuerdo entre las clases intelectuales que representaba. El pueblo fué extraño á tal alianza, aumentando cada día sus pasiones, sus deseos. La masa impaciente manifestaba su descontento apenas se ofrecía ocasión; en Alemania tenían los liberales dirigidas hacia Francia sus miradas, á quien animaban, ya que para ellos simbolizaba la libertad ideal.

Sin embargo, los jóvenes entristecidos por el advenimiento de las muchedumbres se aislaban con su sueño de belleza y engrandecimiento intelectual, y deseaban con ardor profundo la resurrección de las creencias antiguas. El renacimiento del arte estribaba, según ellos, en una restauración religiosa y política. También el romanticismo, confundido en sus orígenes con la reacción mística de los comienzos del siglo, albergó un espíritu esencialmente individualista. Expresa la tristeza de algunas almas elevadas, en frente de los desfallecimientos y de las caídas, siempre más profundas, de la autoridad divina. Chateaubriand y Benjamín Constant, que juzgaban con Gœthe que «la harmonía en la libertad es el espíritu cristiano», escribieron *René* y *Adolfo* [1]. La lite-

1 Gœthe, el primero, creó la novela de la desesperación

ratura de 1830 exageró el individualismo de los precursores. Los escritores reivindicaron con fuerza «la »libertad de ser á sí». No es con ingenuidad como expusieron sus sentimientos, pues que hablaron de su sér íntimo. Se encuentran ejemplos típicos en las *Noches*, y en las *Meditaciones* y en las *Confesiones de un hijo del siglo*. No obstante, hay grandeza en estos héroes «personales» de Musset, Vigny, Byron, Pouchkine, solitarios temibles que lamentan el rebajamiento gradual del carácter humano, se exasperan por no poder prevenir las tristezas futuras, y prefieren vivir fuera del tiempo antes que hacerse cómplices de la decadencia. Abrigan todos el mismo horror hacia la masa ignorante y brutal. El poeta domina aquella muchedumbre vana «que él no conoce» y que menosprecia en su egoísmo y orgullo desmesurados. Recordad los versos de *Hojas de otoño* [1].

«Después de todo, los amigos y los enemigos pasan » y se disipan, y la muchedumbre cae en la misma » tumba. Nada puede deslucir al espíritu que Dios » privilegia. Tronos, cetros, laureles, templos, carros » de triunfo, pueden forjar para los reyes coronas de » gloria de todo lo que el genio desdeña en el mundo.

»¿Qué le importan, pues, los gritos que hacen en» ronquecer nuestras voces? ¿Qué sacan las olas de

---

egoísta, y acaso tenga el autor de *Werther* más derecho que Chateaubriand á ser llamado "el inventor de la melancolía „moderna".

1 Traducción castellana hecha por D. Jacinto Labaila. (Obras completas de Víctor Hugo.)

» echar espuma á la proa de la nave? El poeta ig-
» nora cómo os llamáis y no se cuida de vosotros, y
» cuando, para derribar el edificio que él levanta,
» corre el sudor por vuestra frente, hasta ignora que
» esa indigna faena os fatiga» [1].

Y sin embargo, el romanticismo debía ostentar la marca de una tiranía oclocrática, con tendencia á progresar. La libertad social comprende la libertad literaria; se exime de la sintaxis y de las reglas prosódicas. Un principio igualitario se introduce en el arte. El escritor, sin renunciar al derecho de idealizar cuantos asuntos trata, amplía su observación á las clases sociales inferiores y pretende dar el mismo relieve psicológico á las fealdades y á las bellezas humanas. El prólogo de *Cromwell* es la ley fundamental de un arte democrático, ó más bien de la democracia.

También, en cierto sentido, el arte romántico, desalentado oportunamente en sus aspiraciones religiosas, fatigado más rápidamente de su convencional edad media, fué el precursor natural del arte de hoy día, positivista, documental é irreligioso, ya que se encomienda á la ciencia. Escudriña apasionadamente en los archivos del pasado; evoca grandes figuras en toda su claridad—al menos se esforzaba en ello;—reconstituye los grandes dramas de la historia, inspirándose en trabajos arqueológicos. El día en que

---

1 Ved también los sentimientos aristocráticos expresados por Hugo en sus *Odas y Baladas*.

Dumas, padre, exigió para *Enrique III y su Corte* decoraciones y vestuario confeccionados con arreglo á los documentos del tiempo, la era de la observación exacta comenzaba para la literatura. Los poetas iban á impedir todo exceso en su imaginación, lo cual no era el medio de avivar de nuevo la conciencia egoísta del pueblo, de tranquilizar á las almas rebeldes contra la educación de los siglos. Los mismos artistas rasgaban el velo á la realidad de las cosas; al contacto de fealdad semejante debía perder la humanidad algunas ilusiones y alegrías de las que estimaba como las más queridas.

En Alemania se cumplía de una manera análoga la evolución de las ideas religiosas y sociales. Hemos visto el racionalismo triunfante con Hegel. Numerosos discípulos abrazaban el hegelianismo, y fueron aplicadas sus doctrinas á la religión para destruirla. Strauss, Feuerbach, Bruno Bauer, Max Stirner, negaron la realidad histórica de Jesús. La izquierda hegeliana se abandonó á tales excesos de lenguaje y reclamó tan indiscretamente la ruptura con todas las tradiciones de raza, que una violenta reacción terminó por surgir en su contra.

Schelling, viejo, quebrantado y sobreviviente á su ilustre discípulo Hegel, acertó, sin embargo, haciendo escuchar algunas palabras de conciliación. Salió de su propia filosofía sin tener que desmentirla, ya que en la naturaleza había reconocido las leyes de una lógica eterna y como el sistema de una divina dialéctica. Separó únicamente lo que había suminis-

trado fundamento al hegelianismo y sobre ello reflexionó de nuevo, llegando á interpretarlo en un sentido más religioso. Quiso que cada sér, renunciando á su voluntad propia, volviera á entrar en la voluntad universal y se confundiera. Esa renuncia, ese sacrificio de sí mismo para desaparecer y aniquilarse en el universo, era considerado por él como el acto religioso por excelencia, como el acto moral.

Desgraciadamente, al deducir dichas nuevas consecuencias de su metafísica, proporcionaba un argumento á Leopardi—quien desde este instante aconsejaba el suicidio, reputándolo como medio único de obtener dignamente el cielo—y preparaba los caminos á Schopenhauer, el más implacable anotador de las tristezas modernas, el más terrible de los destructores de la fe, de la esperanza y del ideal.

CAPITULO VIII

El Cisne negro de Recanati: Leopardi.

Mientras que la tristeza francesa, siempre elegíaca y sentimental, se expresaba con elegancia en ciertas obras de Musset, Vigny, Lamartine y de Jorge Sand; mientras que el neo-cristianismo de Chateaubriand y José de Maistre arrojaban sus destellos últimos; mientras que los personajes de Byron y Pouchkine paseaban por el mundo su melancolía pintoresca y estudiada, un joven italiano, mezquino y algo jiboso, despreciado y ridiculizado por sus compatriotas, roído por una enfermedad incurable, desprovisto de esperanza terrestre é ignorante de las dulzuras del amor, Leopardi, poeta y filósofo, negaba—el primero en Europa — las alegrías del mundo, hacía la suma exacta y terriblemente dura de nuestros dolores; presentaba la vida como un mal sin remedio...

El autor de la *Historia del género humano* fué en realidad el fundador del pesimismo dogmático. No era solamente, como ha dicho Saint-Beuve, un griego desterrado, reforzado con el disgusto propio de la

raza de los Byron y Musset, ni, como piensa M. Marcos Monnier, un creyente fuera de su camino y un patriota exasperado por la inercia ruin de su país, ni, como asegura M. Bouché-Leclercq, quien da razón á la opinión vulgar, un hipocondríaco y un niño mal criado [1]; Leopardi era simplemente un creyente infalible que desde el momento tenía conciencia de nuestras desgracias futuras y que después de haber considerado nuestro pasado en parangón con el porvenir repleto de nubes, creyó poder concluir afirmando la inutilidad de la existencia. La profunda miseria de la vida — no sólo de la suya — explica su pesimismo. Su notable falta consistió, no en haber diagnosticado claramente el mal, sino en declarar lo

---

1 Antonio Ranieri, amigo y confidente de Leopardi, ha desnaturalizado enteramente la fisonomía del gran poeta pesimista en sus *Sette Anni di Sodalizio con G. Leopardi*, haciéndonos entender que el gran genio era "un pequeño jorobado, „arisco, celoso, egoísta, ingrato, vanidoso, glotón, poltrón, „que encontró el medio de vivir á expensas de un amigo poco „afortunado." El Doctor Ridella, un ferviente leopardista, ha hecho justicia con sus afirmaciones. Leopardi no fué glotón; comía poco y bebía agua clara. Es falso que fuera jorobado por delante y por detrás, tenía solamente una espalda demasiado desarrollada y demasiado alta. Es falso que fuera vanidoso; sus cartas le ofrecen agradable en modestia y sencillez. Entre él y el hogar de los antepasados no existe el odio impío de que habla Ranieri, sino un simple error intelectual. El poeta no carecía de recursos, pues que el Conde Leopardi, su padre, le entregaba una pensión. (Léase el artículo de Mme. Barine, *Diario de los Debates*, 8 de Septiembre de 1897.)

incurable y aconsejar la anulación completa de nuestra voluntad en el deseo de una muerte pronta. Su filosofía, fundamento de casi todos los errores modernos, encuentra su condenación en ella misma; el autor, voluntaria y exclusivamente detenido ante los efectos del mal, teme dar dentro del dominio de la hipótesis y de lo desconocido el paso supremo que transformará su visión de las cosas. Si los hombres son malos es por ser egoístas. Convencido de que preferimos nuestras propias personalidades á otra cualquiera, declara Leopardi que los sentimientos de fraternidad son superficiales, y que ostentamos el amor hacia el prójimo como una muestra vana. En apoyo de su opinión cita á Demóstenes, Cicerón y Bossuet, tres grandes «altruistas» que en sus discursos se sobrepujan hablando de sí mismos. Menciona también la apología que Lorenzo de Médicis escribió de su reinado propio para justificarse contra las acusaciones de sus adversarios, trabajo de grande y noble elocuencia, y las punzantes cartas del Tasso. Pudo agregar las *Memorias* célebres y todas aquellas confesiones de autores que apasionaron á la muchedumbre.

¿Son estos ejemplos una prueba solamente del amor que profesamos á nosotros mismos? Si Leopardi hubiese mirado más alto, reconocería que el egoísmo humano es necesario y que Dios lo creó precisamente para asegurar el desenvolvimiento continuo de nuestro instinto sociológico y fraternal. Sin la necesidad perpetua de estimarnos con indulgencia, nunca ten-

dríamos valor bastante para tender á otro una mano fraternal. Nosotros detestando á nosotros mismos, como podríamos amar á nuestro prójimo. «Amad á »vuestro prójimo *como* á vosotros mismos», dijo Cristo. Jesús, en su divina clarividencia, sabía que no podíamos amar á los otros *más que* á nosotros mismos. Dios entonces ha obrado bien dotándonos de la conciencia del valor personal y asegurándola contra los golpes más rudos del escepticismo y del dolor.

Avanzando lógicamente en el camino sombrío de su incredulidad, Leopardi ha engrandecido el fastidio (cosa que para su propia cuenta combatía mediante un trabajo porfiado); ha glorificado la maldad de algunos, aun siendo su vida privada ejemplo de virtud y de la resignación más dulce; se ha consagrado á destruir todas las ilusiones y ha rebajado impíamente el orgullo de la raza humana. Montaigne después repetirá, pero con más honda convicción, que de todas las vanidades, el hombre es la mayor. Demuestra que el mundo no fué hecho para nosotros y que la naturaleza, en sus deseos y disposiciones, se ocupa de otras cosas que no son la dicha ó la desgracia de los hombres. Trata acremente á la mujer: «La maldad de las mujeres me espanta, no por mí »ciertamente, por los otros en quienes veo la infelici»dad...» Como piensa Rousseau, no es la civilización quien nos ha corrompido. «Los hombres son malos »por naturaleza, — escribió Leopardi, — pero aman la »creencia de que lo son por accidente.» De cualquier lado que nos volvamos, el fin natural de nuestros

actos es el dolor. La ilusión sola nos hace vivir y nos sostiene. «Los hombres son en general lo que en par»ticular los maridos. Para vivir en paz necesitan »creer en la fidelidad de sus mujeres, y creen enton»ces, cada uno para sí, que la mitad del mundo sabe »á qué atenerse. De igual manera, para vivir agra»dablemente en un país, es preciso tomarlo por uno »de los mejores de la tierra habitable, y así se hace.»

El argumento es especioso. Los maridos tienen de su parte muchas cosas que ocultar, y si son engañados, encuentran con frecuencia en ese engaño el castigo de sus faltas anteriores; aprendieran la verdad en la conducta de su mujer y no tendrían el derecho de quejarse; y si Dios sobre este punto les deja una ilusión, deben agradecerla. Ocurre lo propio con la mayor parte de nuestros tormentos, que podríamos ignorar si filósofos tratados por la naturaleza con dureza excesiva no se tomaran la pena de enumerarlos con detalle. Los médicos especialistas ¿no son quienes inventan las enfermedades nuevas? La ilusión es un dón del cielo, sobre todo cuando os somete á la creencia religiosa ó á la obligación moral, siendo verdaderamente culpable el que la destruye en sí mismo y pretende combatirla en los demás. «No podemos saber, pero lo que no podemos saber »podemos creerlo, y lo debemos», ha dicho Kant para corregir su escepticismo crítico. Leopardi combate esta última ilusión de los metafísicos. No quiere conocer más que la realidad positiva, que no es siempre la verdadera.

Para quitarnos esperanza de un perfeccionamiento ó de un progreso cualquiera, observaba que nuestros hijos, aun dotados del mejor natural y no obstante los cuidados suministrados en su educación, ¡llegarían á ser malos! «Esta indicación—dice—tiene acaso valía más superior que la de la contestación de »Thales, á quien Solón preguntaba por qué no se había casado: «Para evitar las angustias continuas »que causan á los padres los peligros y las desgra- »cias de sus hijos»—respondió el filósofo.—Hubiera »mostrado, creo yo, más razón y mayor profundidad »alegando que no quería aumentar el número de los »malos». Pero si todos poseemos grande ó pequeña cantidad de maldad, no somos por ello siempre y únicamente malos. La bondad radica á menudo en nuestras almas, y si Leopardi hubiera buscado algo fuera de los caminos lúgubres donde su tristeza se aventuraba, habría hecho constar que en su mismo tiempo no eran virtudes relegadas á un completo olvido el amor y la caridad.

¿Qué esperaba al cabo del triste calvario de la vida? Una muerte que sería bella bajo la condición de ser rápida, un fin tan pronto como posible de nuestras luchas vanas, de nuestras angustias inútiles, de nuestros sufrimientos sin razón. ¿Por qué entonces no inmolarse inmediatamente, por qué no cortar una vida odiosa? «Al hombre primitivo no le »era natural matarse, ni desear la muerte. Hoy, por el »contrario, son cosas naturales, porque están confor- »mes con nuestra nueva naturaleza.» Se podría con-

testar con los teólogos que las pruebas nos son aportadas sobre esta tierra para obtener la gloria de sobrepujarlas, y que si es preciso cierto valor en la alta designación de los vicios del mundo y de las tristezas de la existencia, necesario es también otro mayor para vivir con alma elevada en medio de la tormenta, defenderse contra la inevitable corrupción moral y no dejarse nunca alucinar por los razonamientos desalentados conducentes á no considerarse más que á sí mismo. No basta definir el vicio ni combatirle; es indispensable comprender la saludable necesidad; nada importa determinar únicamente la parte exacta de nuestras desgracias; es forzoso soportar con bravura el peso para gozar tanto más en los momentos de espera que se nos otorguen. Matarse ¿es realizar obra de aquella fraternidad en la que veía Leopardi el solo medio de salvación posible para la humanidad? No; y he aquí cómo lo justifica Plotin en su discurso sobre el suicidio: «Aquel que se mata con sus »manos, para nada se ocupa de los otros. No quiere »más que su utilidad personal. Hace un quita allá de »la familia, de toda la especie humana. El suicidio es, »en fin, acto del egoísmo más cínico, más sórdido y »más abyecto que se pueda idear.» Si fuera cierto por casualidad que el suicidio estuviese conforme con nuestra nueva manera de pensar, sería preciso repetir que la civilización ha pervertido en muchos extremos la concepción sana de la vida y que para nosotros sería entonces bueno hacer una vuelta sincera á la naturaleza, á fin de seguir la ley primordial

de la humanidad en lugar de los errores del siglo.

La filosofía de Leopardi, enaltecida por Schopenhauer, comentada por Hartmann, está hoy todavía en pie, y constituye, según observa M. Dapples, «la doctrina fundamental de una escuela importante »por el valor intelectual, de otra suerte por el número »de sus agregados». El individualismo intransigente de Nietzsche, el nihilismo de varios agitadores rusos y alemanes, el anarquismo (ya que Leopardi va hasta enseñarnos el mal), se encuentran en germen en los *Pensamientos* del poeta pesimista. «Tenemos pena al »creer — escribe M. Dapples — que esa doctrina nega»tiva no pueda venir á hacerse popular. El amor de la »vida, el instinto de reproducción, el orgullo de nues»tras obras, se encuentran firmemente arraigados en »el hombre para abandonar un crédito permanente »en aquella filosofía, basada sobre la vanidad absoluta »de todas las cosas.» Leopardi—añade,—no teniendo ahorro de nuestras preocupaciones, ha hecho perder al fatalismo filosófico una buena parte del atractivo peligroso que le prestaron el deísmo complaciente de Voltaire y los desvaríos humanitarios de Rousseau. Y para demostrar que la filosofía del célebre poeta italiano no sabría esparcirse con tanto éxito como el budhismo (del que el pesimismo de Leopardi no es más que una reproducción), M. Dapples, en su prólogo de *Opúsculos y pensamientos,* asevera que la religión de Cakya-Muni ha debido su fortuna prodigiosa á la transformación de su principio. Mientras que el gran asceta indo negaba á Dios y predicaba

el aniquilamiento de los seres en el Nirvana, sus discípulos, los más inmediatos, han hecho un dios del Budha mismo y del Nirvana un Elíseo.

La doctrina de Leopardi se ha transformado de una manera semejante, y al favor de un verdadero disfraz ha recorrido su camino en el mundo. El «Cisne »negro de Recanati», como podría llamársele, no sale nunca de su dominio de la melancolía absoluta, penetrado, sin remedio, como estaba, de la desgracia de nuestra humanidad. Todas las humanas alegrías las reputa vanas é ilusorias. De ellas se burlaba con una ironía cruel. Pues el individualismo, el nihilismo y el anarquismo, brotados de la filosofía pesimista, no entienden de ningún modo el privar á sus adeptos de las satisfacciones terrestres, y se puede decir que las diferentes «opiniones» no han debido su difusión rápida más que á los goces de todo género que consiente su práctica, y á la larga inmunidad que aseguran en aquellos para quienes el bien ajeno — el bien material — es el sólo apetecible.

Si la filosofía de Leopardi no tuvo una influencia inmediata, no menos indica un estado de alma desesperado, evidentemente propio en una generación de pensadores [1]. Continuada y ampliada con un genio incomparable por Schopenhauer, penetró en la masa bastante tarde. El mundo había sufrido nuevas

1 Se sabe que Alfredo de Musset experimentaba una viva admiración por el escritor italiano, á quien dedicó versos. En una segunda versión de los *Caprichos de Mariana* intercaló el poeta francés una cita de obras de Leopardi.

decepciones cuando los libros de Schopenhauer circularon, y la desesperación era tal, que muchos acogieron con transporte la palabra blasfema del pesimista de Francfort [1].

---

1 Cronológicamente convendría exponer las teorías de Schopenhauer después de las de Leopardi; pero las obras del filósofo de Francfort no comenzaron á repartirse hasta el año 1850 próximamente. El colectivismo y la religión del hombre experimentaron sus primeras faltas de éxito. El pesimismo de Schopenhauer traducía á maravilla las nuevas decepciones del mundo. Su influencia histórica es, por tanto, posterior á su nacimiento en un cuarto de siglo.

CAPÍTULO IX

Los fundadores del comunismo.

La tentativa de Guizot al buscar alianza entre los católicos protestantes y los filósofos espiritualistas, y al pretender fijar un acuerdo entre todos los partidos políticos por la dominación de la clase media, se frustró, merced á los esfuerzos combinados de plutócratas y demagogos, que no podían satisfacer medidas insuficientes. Desde el año de 1838 al de 1848, en la ausencia de regla política ó religiosa, el espíritu humano, incapaz de volver á posesionarse después de las sacudidas experimentadas al comienzo del siglo, vaga á la ventura en veinte direcciones opuestas. Las opiniones religiosas, filosóficas, políticas y económicas se multiplican infinitamente bajo el reinado de Luis Felipe. Cualquiera idea es llevada á sus consecuencias extremas, y, sin ponderar demasiado, pudo Guizot utilizar por primera vez las palabras *anarquía intelectual*. «Hay allí legitimis- »tas, ultramontanos, bonapartistas, republicanos y »socialistas de diez escuelas diferentes, y todos in-

»moderados: los legitimistas siendo absolutistas, los »ultramontanos siendo jesuítas, los bonapartistas »siendo despotistas, los republicanos siendo radica-»les, los socialistas siendo quiméricos» [1].

Desde la caída de Napoleón se sucedían sin tregua los motivos de duelo y de tristeza. El poder, desacreditado por las monarquías mediocres de Luis XVIII y Carlos X, todavía más impopular por el estrecho constitucionalismo del reinado de Luis Felipe, no correspondía á la grandeza intelectual y á las riquezas nacionales. El pueblo, descontento de sus directores, quería á cada ocasión intentar de nuevo la grande aventura del 89. Agitando así y con frecuencia la autoridad gubernamental, se comprometía irremediablemente la fuerza y la unidad del país.

Á partir de este momento es imposible contener la corriente democrática que arrastra á las masas. Privado de consuelos religiosos, vuelve el hombre su espíritu hacia ese brillante ideal político de igualdad y justicia universal que se hace reflejar en sus ojos y que no es más que una explotación de su egoísmo. Bajo el imperio del fanatismo nuevo, los tumultos y motines se suceden con una abundancia sin precedente. Á cada instante París se cubre de barricadas. El dominio de los reyes absolutos ha terminado: comienza el de Ledru-Rollín, de Barbés, de Blanqui. La nobleza corrompida del antiguo régimen se reemplaza con una burguesía bastarda. La medianía monótona de

1. Faguet: *Políticos y moralistas del siglo décimonoveno.*

nuestro siglo corresponde á la insignificancia de los pequeños tiranos demócratas, á quienes el pueblo con la misma facilidad aclama que derriba.

La masa organiza y clasifica sus esperanzas bajo la bandera del socialismo. Pedro Leroux, Saint-Simón, Fourier, escritores neo-románticos, como Jorge Sand, Eugenio Sué, sacerdotes, por último, propagaron la doctrina. Se deseaba obrar contra el individualismo de 1830; únicamente se acertó en hacer nacer intereses personales en almas indiferentes hasta entonces. El nuevo partido parecía dispuesto en sus principios á someterse á autoridad poderosa, no importa cuál, «siempre que el Gobierno rehiciera las »relaciones económicas en ventaja del trabajador.»

Bajo apariencias idealistas, la teoría comunista de Saint-Simón y de Fourier se dirigía á los instintos más bajos de la muchedumbre. Un número considerable de pobres diablos, salidos del gremio de la Iglesia, no solicitaron cosa mejor que sustituir el paraíso perdido con las engañosas realidades que se denominan «falansterios». Fourier podía anunciar sus divagaciones fisiocráticas, asegurar que el mundo entero se resentiría de la impresión potente del nuevo *régimen social*, y que el hombre, desembarazado del dolor y la miseria, alcanzaría la estatura de siete pies y la edad de ciento cuarenta y cuatro años, «en los que »ciento veinte serían de ejercicio activo en el amor». Existía disposición para seguirle á la fantástica comarca ofrecida... Desgraciadamente, los ensayos primeros de colectivismo fracasaron y la organización

de la «ciudad ideal» abortó miserablemente. En vano fué proclamado por el Gobierno provisional del 48 el *derecho al trabajo*, y se encargó á Luis Blanc de crear los talleres nacionales; el problema de la dicha humana permanecía insoluble. Se afirmaban principios y no se destruía ningún abuso ni se remediaba miseria alguna. Los inspiradores de la nueva constitución decían: «La República debe proteger al ciudadano »en su persona, y su familia, y su religión, y su pro»piedad, y su trabajo, y colocar al alcance de cada »uno la *instrucción indispensable* á todos los hombres. »Debe, asimismo, por una asistencia fraternal, asegu»rar la existencia de los ciudadanos necesitados, bien »procurándoles trabajo dentro de los límites de sus re»cursos, bien suministrando socorros á los que se en»cuentren imposibilitados para trabajar.»

Dirigiéndose á la sociedad entera, venía el socialismo á hacerse impracticable y utópico. Ciertamente que las grandes religiones fueron socialistas en sus principios, y si se han transformado en individualistas es debido en realidad á que han pretendido dominar las muchedumbres. El socialismo del Estado lleva en sí los gérmenes de su decadencia. «Aspira á »establecer una providencia humana que desempeña»ría muy mal los negocios del mundo... El socialismo »quiere más ó menos hacer un destino para cada in»dividuo, fijar los destinados, dar á cada uno caudal »de felicidad media, asignándole un pequeño lugar »en la colmena social. Es un funcionarismo ideal, y »todo el mundo no ha nacido para ser funcionario; es

»la vida prevista, asegurada, sin desventuras y tam-
»bién sin esperanzas grandes, sin lo alto y lo bajo de
»la báscula social-existencia, poco utilitaria y uni-
»forme, tirada á cordel como se colocan las plantas
»en una huerta...» [1]

La idea democrática se amparó con tanta fuerza de todos los espíritus, que después de la Revolución de 1848 todos los países absolutistas se conmovieron. Prusia, Austria-Hungría, tuvieron su Constituyente; Alemania, su Parlamento. Algunos sacerdotes jóvenes soñaron, ellos también, con salvar al pueblo como al advenimiento del Cristianismo. La democracia se engrandece un momento por el socorro del misticismo. De otro lado, Lamennais, después Lacordaire y Montalembert, vieron con claridad que, si no libertaban su religión de la forma en que se inmovilizaba al cabo de tantos siglos, no había remedio para el catolicismo y la civilización que engendró. El autor de *Palabras de un creyente,* subyugado por las nuevas ideas altruistas, se inclinó hacia un panteísmo vago, sin cesar de creer en un Dios único. La Iglesia romana no aceptó sus ideas; una vez más la letra mató el espíritu; San Pedro venció á San Pablo. La democracia, manumitida de toda tutela religiosa, pudo progresar libremente. Durante algún tiempo se fluctuó entre el socialismo soñador y romántico de Fourier y el neo-cristianismo de Lamennais. Ninguna de

---

1 Guyau: *La irreligión del porvenir.* (Obra editada por Alcan.)

las dos «religiones» ofrecía refugio bastante seguro á las inquietudes, más y más vivas, del mundo moderno. Desesperada de no encontrar el asilo espiritual que ansiaba, se encaminó resueltamente la democracia hacia su fin lógico: el ateísmo.

CAPITULO X

Augusto Comte.

El positivismo de Augusto Comte, inspirado por los escritos y trabajos de Diderot, Condorcet, d'Alembert, Volney, fortificado por las doctrinas de Pedro Leroux, Saint-Simón, Fourier, Proudhón, exaltado por discípulos tales como Littré, de Blignières, el doctor Robinet, Tomás Brown, Bentham, rehizo las opiniones más diversas, como si se tratara de un evangelio nuevo.

Una quimera inédita se forjó para la humanidad. No se quería conocer la religión dogmática, ni tampoco la metafísica; se renegaba de los antiguos estados teológicos y contemplativos. El hombre, ingresado en el científico ó positivo, se proclamaba único dueño de su destino. Hubo una embriaguez general. No se pedía ningún consuelo á los cultos. Se desdeñaban las leyes que nos rigen. El «llamado Dios» concluyó de reinar sobre las conciencias. Todas las actividades inquietas, todas las energías abandonadas se agruparon, llenas de esperanza y confianza,

alrededor del fundador de la «Religión del hombre».

En rigor de verdad, se podía no reprochar á Comte el haber rechazado las cuestiones de origen último, el no haber deseado conocer más que las causas físicas para establecer su sistema científico sobre fundamentos inmutables. Pero ¿por qué motivo haber privado á los hombres resueltamente de alegrías especulativas? Prohibe ocuparse de astronomía sideral y condena hasta el estudio del sistema solar cuando comprende á los planetas, hecha excepción de los distinguidos á simple vista. «Sin embargo – replica »justamente Stuart Mill,—el hábito de meditar sobre »temas vastos y también sobre enormes distancias, no »existe sin tener unidad estética, que inflama y exalta »la imaginación, facultad de la que M. Comte es ca»paz enteramente de apreciar el valor intrínseco de »modo tan cumplido como la reacción sobre el enten»dimiento» [1]. La psicología que reposa sobre la observación de los fenómenos íntimos inaccesibles debía ser estudiada, según él, por la frenología: «casi ver»güenza tenemos de decirlo»—confiesa Stuart Mill.— La sistematización científica hacía caer á Augusto Comte en exageraciones ridículas que debían ser fuente de errores, en su creación de un sistema religioso, moral y social. Los sabios, por lo demás, no se han dado cuenta de las restricciones que les imponía el gran sacerdote de la religión de la humanidad. En

---

1 **Stuart Mill:** ***Augusto Comte y el Positivismo.*** **(Obra editada por F. Alcan.)**

cuanto á la masa que en un conjunto de afirmaciones falsas ó justificadas no distingue más que una verdad capital ó un error seduciente, no retiene de la filosofía positiva más que este punto esencial: el dogma religioso y los sistemas filosóficos son creaciones vanas del espíritu humano.

No obstante, las revelaciones positivas de Augusto Comte no son puras abstracciones semejantes á las imaginadas por los «realistas» de la Edad Media. Desdeñoso para toda causa sobrenatural, concibe la raza humana como un todo perpetuo, abrazando el pasado, el presente y el porvenir; es el sér colectivo, el Gran Sér, que lleva en sí su fuerza y su pujanza y al cual preciso es consagrar nuestras cualidades afectivas, ya que somos la dilatación, el lazo y la esperanza. «Adoremos la humanidad en sus héroes. »(Carlyle y Nietzsche expresaron ideas semejantes:) »veneremos los muertos, de quienes poseemos lo bue- »no que existe en nosotros, y vigilemos nuestra alma »y cuerpo, pues que habremos de dar vida á otros »hombres, cuya belleza moral dependerá de nuestro »esfuerzo.» He ahí, pensamos, la doctrina fundamental del *comtismo;* se ve apuntar el evolucionismo espiritualista, que es la única «abstracción» que autorizan los positivistas de hoy; se observará también cómo el «soberano pontífice de la raza humana» dirigió su culto á la parte esencialmente ideal é hipotética — hablando científicamente — de nuestro sér. Aquella religión es compatible en perfecta manera con un cierto cristianismo, bajo condición de que

Dios llegue y tome el lugar del «supremo legislador moral» escogido entre los hombres.

La mayor parte de las ideas de cultura moral de Augusto Comte son, después de todo, sacadas de la Iglesia Católica, según lo ha demostrado Stuart Mill; sus ruegos, sus efusiones, sus sacramentos, su clero ó clase especulativa y filosófica encargada de la dirección de la enseñanza, deseando Comte que el Estado la dotase, su odio hacia las obras de arte y hacia los libros (supuesto que quería que no se conservara sobre la tierra más que un centenar de poemas), su sistematización del pensamiento y de la conducta humana. Algunos de los ritos que preconiza aparecen como una transposición de los símbolos cristianos. Siete años después de nuestra muerte llega el último sacramento: un juicio público, hecho sobre la memoria del difunto por el sacerdocio. Si se nos juzga asistidos de méritos, somos incorporados solemnemente al Gran Sér, y nuestros restos transportados del lugar destinado á sepultura civil al designado para la religiosa, «en el bosque sagrado que debe rodear á »cada templo de la humanidad». Es el pasaje *positivo* del purgatorio al paraíso.

Casi todos los pensadores de este siglo han debido tomar símbolos, ideas morales, imágenes de los Evangelios para dar algo de estabilidad á su sistema. Napoleón, impotente en el orden espiritual, ¿no sintió la necesidad de apoyarse en la religión? Augusto Comte tomó del Cristianismo la parte menos bella. Su protocolo de ceremonias fúnebres y su estableci-

miento sacerdotal, que no indicaban en modo alguno progreso sobre la organización exterior de los cultos cristianos, no estaban hechos para llevar su creación á ser popular. Ensayó la restauración de un monumento pomposo, del que en el principio de su filosofía había condenado el elemento superior. Y precisamente no convino su sistema á la muchedumbre en tanto no satisfacía las aspiraciones contemporáneas. Había apartamiento de la religión. ¡Qué significaban los ritos griego-cristianos imaginados por Comte! ¡No se quería elevar los ojos al cielo! Era tiempo de que cada uno recogiera sobre la tierra cuanto se le debiere, de que las fuerzas anónimas se coaligaran para arrancar el patrimonio universal de manos acaparadoras. Más moral convencional, pero una fraternidad real, una división positiva. Comte denunció las mentiras de los sistemas metafísicos. Se trabajaba más que nunca sobre religión, sobre política. ¡Grandeza humana, esperanza divina, heroísmo, amor, virtud!... ¡Cuántas palabras! El delirio debía concluir. La muchedumbre salía de un largo sueño. Los apetitos exigían alimento nutritivo. El espíritu abdicaba su supremacía y renunciaba á auxiliarla con la imaginación y con la belleza...

Así fué Comte un apoyo para el socialismo. Su positivismo científico correspondía á las realidades políticas cuyo advenimiento preparaba. El socialismo no economizaba ni preveía ningún poder, ningún privilegio, ninguna nobleza. Reclamaba la distribución de las riquezas terrestres en lotes iguales. No

era política de castas, política ministerial, era la «política del hombre,» reclamando cada uno derechos y, sobre todo, bienes iguales. Establecida de hecho la igualdad, parecía natural que el individuo se considerase, no ya fracción de un todo, sino un todo independiente, y se arrogase importancia extremada. Todos los caminos estaban preparados á la «religión del hombre», y el moderno individualismo, nacido en la aurora turbulenta de la Revolución francesa, alimentado por los fundadores del socialismo, recibe una confirmación definitiva en el templo del Gran Pontífice de la Humanidad.

En verdad que no falta grandeza á esa fantasía de regeneración humana por el sentimiento de nuestra fraternidad universal, pero cayó tristemente. El fetiquismo materialista de la religión del hombre — la tierra era el gran Fetiche, el espacio el gran Medio— no resistió al ridículo. Y por otra parte, según ha dicho Guyau, no se contempla perpetuamente su trama propia y, sobre todo, no se la adora: «El amor de »la humanidad, que es la más grande de las virtudes, »únicamente por un absurdo sabría hacerse «fetiche.» «No se puede esperar la formación de una religión »aliando simplemente la ciencia positiva y el senti»miento ciego: el fetiquismo que se alcance de esta »manera es una religión de salvajes que precisamen»te se viene á proponer á los hombres más civiliza»dos. La metafísica religiosa puede ser una ilusión »involuntaria, un error, una fantasía, pero el feti»quismo sin metafísica es peor, porque es ilusión pre-

»tendida, error buscado, sueño mantenido hallán»dose despierto.» También murió el filósofo á los sesenta años sin dejar discípulo suficientemente preparado para sucederle en sus funciones supremas. El positivismo poseyó durante algún tiempo todavía colegio y director, más «la raza humana no volvió »á encontrar nunca otro gran pontífice» [1].

Augusto Comte, que ideaba un renacimiento fraternal de las edades de oro, fué uno de los factores más poderosos de lo que puede llamarse el separatismo sentimental, pues que consiste precisamente el individualismo en distinguirse de la masa por maneras originales de sentir y pensar. Napoleón y Comte fueron las personificaciones más altas del genio moderno en la primera mitad de este siglo. Napoleón establece por la fuerza el ideal de los revolucionarios franceses, Comte conduce á los pueblos á satisfacerse en la realidad terrestre por la sola sugestión de sus talentos. Los dos inconsciente, fatalmente tienden al mismo objeto. Los medios empleados por Napoleón y la filosofía enseñada por Comte arrebataron al mundo sus ilusiones mejores. El Emperador parece haber agotado el lirismo de la acción; no se lucha más que para poseer y gozar. El filósofo mató el lirismo del pensamiento.

Los espíritus más elevados sufrieron la influencia, si no de la doctrina, al menos de la argumentación comtista. Pasó el reinado de los idealistas y comienza

---

1 Stuart Mill.

el de los nominalistas. Á la superstición metafísica sucede la superstición del hecho. Me atrevo á decir que la observación lírica de los últimos trascendentales deja lugar al minucioso análisis de los darwinistas. Existe desvío del misticismo de Lamennais y de la poesía romántica. «La adoración de la ciencia »sirve de religión á la burguesía... Y se ve entonces »al partido liberal, transformado en partido republi»cano, proclamar su devoción á la ciencia» [1]. Se encuentra abierta la era de la crítica y del documento. Balzac, en sus novelas democráticas, se revela anotador fielmente minucioso de la vida ordinaria. Flaubert procede en sus evocaciones históricas, como en sus cuadros contemporáneos, con el método documental de los sabios de su tiempo. Lo que queda de idealismo en Lecomte de Liste, en Dumas, en Augier, es puramente objetivo. La alta especulación desaparece del arte como de la ciencia, y la filosofía de Taine viene á justificar la nueva estética. La crítica sagrada, fundada por Renán, introduce en el dominio de la fe el lenguaje de la lógica y de la razón. La religión parece vencida decididamente. Courbet prohibe pintar á Dios y á los ángeles, por causa de que nadie los ha visto.

La humanidad vuelve á ser consciente hasta la médula, podrá decir Nietzsche; el siglo de la democracia y de la ciencia obtiene su madurez.

---

1 **Carlos Bonnier.**

CAPITULO XI

Schopenhauer.

Cuando la democracia encuentra un apoyo definitivo en el positivismo y conquista, merced á esta alianza, la casi unanimidad de las almas, los escritos de Schopenhauer, ideados próximamente treinta años antes, se esparcen al fin y penetran en la conciencia intelectual, como una protesta clara contra la medianía, contra la bajeza, contra el abandono de los tiempos igualitarios. Sirviéndose de una precisión de observador «realista y positivo», el filósofo de Francfort instruye el balance de los sufrimientos contemporáneos. Como las miserias mundanas son creadas por el mundo, condena todos los principios políticos y morales que guían á la humanidad, se subleva contra la democracia, y contra el matrimonio y contra todas las instituciones fundamentales de la sociedad actual. Se ha dicho que era el teórico de la poesía de Byron, de Musset y de Enrique Heine; es preciso considerarlo más bien como un revulsivo superior, obrando sobre la civilización europea para

curarla de algunas de sus heridas, pero atacando demasiado hondamente las partes enfermas y provocando nuevos dolores. Schopenhauer pudo afianzar algunas almas, pero sus ideas sobre la perpetuidad del dolor y del fastidio han turbado sin remedio la masa, así como su concepción de un maltusismo radical.

Su pesimismo no descansa sobre un sistema inatacable. Viendo en derredor de sí una humanidad perversa y vulgar generalmente, concluyó por aceptar con facilidad excesiva la inmutabilidad del egoísmo y aflicción humanas. Apreciémosle como el juez de su tiempo, no como el de todos los tiempos, y procuremos destruir los errores de su juicio forzosamente parcial, ya que no se aplica á la generalidad de los actos morales, sino á las manifestaciones solas de nuestros instintos inferiores.

Discípulo de Kant, comienza Schopenhauer por subordinar el espíritu á la crítica. Lejos de creer en la imposibilidad de la metafísica como su maestro y como los positivistas de la mitad de este siglo, profesa, por el contrario, el propósito de que la «ciencia »de los principios» debe explicar la física. Mira en su derredor y contempla un mundo de dolores; unos luchan penosamente por vivir, otros no son dichosos más que explotando las debilidades comunes. El filósofo rehusa admitir la evidencia de un mundo así hecho; lo que perciben nuestros ojos no es la realidad de las cosas, es una representación por entero subjetiva de nuestra inteligencia. ¿De qué manera es pro-

vocada la representación? Por la fuerza que reside en lo más íntimo de nuestro sér, fuerza universal de donde nace el querer ser, el querer vivir: la voluntad. Pero el querer vivir, esencia del sér, es un deseo, es necesidad; por consecuencia, un dolor; entonces el mundo, representación del querer vivir, es malo esencialmente, y la naturaleza el reino del mal. Sólo existe un remedio: suprimir la voluntad de ser, impedir mediante la castidad el curso de la existencia universal.

Admitamos la explicación que Schopenhauer facilita de la Creación; admitamos momentáneamente que el mundo fué siempre egoísta y perverso; ¿pero es indispensable, para corregir esta inmoralidad de la naturaleza, substraerse completamente á las exigencias físicas del sér? ¿No aumentamos la suma de nuestros dolores manteniendo combate inútil contra la inmensa voluntad? Si queremos vivir la «verdadera »existencia», conformémonos antes con las inclinaciones de la naturaleza. La moral de Schopenhauer reposa sobre una paradoja fisiológica y sobre una hipótesis en cuya realización no creía el mismo autor.

El querer vivir—ha dicho el filósofo que nos ocupa—escapa al determinismo de la razón. ¿Á qué tratar de imponerle trabas? ¿Por qué atender contra su libertad, si nunca podremos alcanzar su principio? Sometámonos así al genio de la especie, al instinto de reproducción, por el que se manifiesta nuestra voluntad de ser. Schopenhauer explica admirablemente la necesidad de que tengamos hijos; dice mejor que

nadie por qué el amor sexual lleva al hombre hacia la mujer y, sin embargo, nos aconseja el ascetismo, sin reflexionar en lo que semejante prueba encierra de doloroso, de torturante, de sobrehumano. El hombre que lucha contra sus sentidos viola acaso una ley suprema. La castidad debía ser tenida como un sacrificio á la divinidad, una oblación á la justicia suprema, que quiere que sean compensados los desórdenes de la pasión por los excesos de la continencia. Nuestro deber consiste en obedecer al genio de la especie que nos domina con todo su misterio. No cumpliéndolo así, como tampoco las obligaciones religiosas que son también constantes, se agrandará el dolor terrestre, pues que el hombre, privado de hijos, habrá de conocer más seguramente que otros la tristeza y el fastidio, «los dos elementos irreductibles de la existencia».

No practicó Schopenhauer su filosofía. Se sometió al genio de la especie, pero sin aceptar ninguna responsabilidad. Faltó á la verdadera misión del hombre. No conoció la alegría de revivir en otros seres, nutridos de su trabajo. Casto, tenía el derecho de permanecer célibe; sensual, debía fundar una familia, aceptar su parte en la labor universal, hacer la experiencia efectiva de la vida antes de odiarla. Juzgando casos aislados, ha razonado contra el matrimonio, ha menospreciado á la mujer. Este filosófo, que, «como Panurgo, temía los golpes» y temblaba ante la idea de una enfermedad posible, contempló la vida como un simple espectador y temió mucho desempeñar un papel por su cuenta. ¿Podía así poseer noción

justa de la miseria humana? ¿No debía ignorar que en ocasiones el esfuerzo más rudo entraña la alegría más pura?

Declaraba en teoria que el querer vivir es una necesidad en un dolor. «Así el hombre, esclavo del que»rer, está continuamente remachado en la roca de »Ixion; vierte siempre en el tonel de las Danaïdes; es »Tántalo, devorado con sed eterna.» De ser cierto, lo es para una humanidad superior, y aun volvería á encontrar goces de pensamiento y de arte que compensaran sus trascendentales sufrimientos. Por lo demás, Schopenhauer ha dicho en alguna parte: «En »todos los tiempos es precisa á cada uno cierta can»tidad de inquietudes, de dolores ó de miseria, á la »manera que es preciso lastre al navío para mante»nerse perpendicularmente y marchar derecho.» Aceptemos la comparación. El hombre es un navío lanzado sobre una mar vasta y á menudo batida por las tempestades; lucha contra las olas y se encuentra en equilibrio por el peso mismo de su carga. Así el dolor nos ejercita contra el océano de la vida. Á veces el navío zozobra en el tumulto de los huracanes. Pero los días de claridad y de luz son más numerosos que las noches sombrías de borrasca. Entonces el navío conduce alegremente su cargazón; sus velas, iluminadas por el sol, se hinchan en harmónicas curvas sobre la mar azul, y de todos lados de la fiera embarcación se descubre un cielo inmenso y límpido, ofreciendo sus espacios maravillosos al entretenimiento de la alegría, de la esperanza y de la quimera...

Aunque reconoce Schopenhauer la existencia de la piedad, no tiene ninguna estima de este sentimiento en la vida de los hombres y de los pueblos; la naturaleza establece siempre y en todas partes el reino de la fuerza y del egoísmo. ¿Qué remedio propone? El ascetismo búdhico. Recordemos las cuatro verdades sublimes de Cakya-Muni: «La existencia tiene por »consecuencia inevitable el dolor; el deseo, causa de »la existencia, es causa del dolor; la ilusión de la »existencia y el dolor del deseo pueden cesar por el »aniquilamiento de la existencia ilusoria: el *nirvana;* »se consigue el *nirvana* por la renuncia absoluta [1]. »Ahoguemos en nosotros la voluntad de vivir, que no »es más que sufrimiento; resistamos con todas nues»tras fuerzas al genio de la especie; acabemos de »perpetuar la miseria y los tormentos humanos...»

No tenemos el derecho. Schopenhauer, inquieto ante la demagogia imperante, que sólo piensa en «hartarse, embriagarse, propagarse», considera siempre á los hombres bajo su primitivo aspecto de bestia feroz. Les concede la piedad y, sin embargo, no les cree propios más que para querellarse entre ellos, para precipitarse los unos sobre los otros. Diga lo que dijere el filósofo, el cielo ha existido sobre la tierra, y precisamente ha existido por causa de la piedad, « este hecho asombroso, misterioso, principio esencial » de toda justicia libre y de toda verdadera caridad,

---

1 Toda la doctrina de Schopenhauer está resumida por estas proposiciones del budhismo, de las que acepto la traducción de M. Alaux *(Historia de la Filosofía).*

» *producto innegable de la naturaleza*». La piedad ha reinado en todos los lugares y en todos los tiempos; se abre en florescencias espléndidas durante las épocas más sangrientas de la historia humana. En plena decadencia, cuando los seres se envilecían en los goces bajos de la carne, se ven desarrollarse los actos más sublimes de heroísmo, de virtud y de desprendimiento. Los Padres de la Iglesia viven rodeados de una sociedad corrompida. En las épocas revolucionarias, cuando estalla el volcán de todas las iras, de todas las pasiones, cuando el hombre vuelve á ser el bruto salvaje de otras edades, que se muestra titulado «tal como es», aparecen tantos ejemplos de abnegación, de consagración sobrehumana, de bondad, llegando hasta el martirio, como de furor, y de brutalidad y de salvajismo.

Es dable contemplar con admiración y respeto esta forma de idealismo. No, no tenemos el derecho de suprimir, por el aniquilamiento de nuestra voluntad, aquella acción superior é inmanente, aquella piedad —que llamaré más lejos amor—que es de divina esencia, que mantiene al hombre con mayor seguridad que la educación y la civilización en los límites justos de su egoísmo, y que hace brillar por encima de preocupaciones, de razas, de religiones, de fortuna, una luz igualmente espléndida para todos los seres, igualmente confortante para todas las almas.

CAPITULO XII

1870.

El segundo Imperio es una época en cierto modo intermediaria en la evolución de los pueblos. Durante su existencia, el pensamiento ateísta y democrático hace progresos inmensos, no solamente en Francia, sino en las otras naciones. Los marxistas, en Alemania, afirman que la lucha de los intereses materiales domina todos los actos del hombre. En Inglaterra, Juan Stuart Mill funda de igual manera la moral sobre el interés. El mundo moderno va á entrar en la posesión de sus «conquistas» definitivas. La mayor parte de las invenciones grandes que trastornarán la vida de los pueblos hacen su aparición en dicha época, pero las numerosas aplicaciones no podrán ser hechas hasta más tarde. El reino de la democracia se retarda igualmente. Desde el año de 1850 al de 1870 se produjo un enorme trabajo de preparación. Sobre el vasto terreno político, donde se agitan y descomponen confusamente los restos de los antiguos sistemas y las creencias idealistas más recientes, se efectúa una germinación nueva.

En Francia la plutocracia se mantiene merced á un equívoco; oculta la sacudida ruda de las capas intelectuales y políticas; retrasa los efectos; no la contiene. La Francia es demócrata bajo un régimen absolutista: «la esencia de la democracia—había dicho »Napoleón III—debe encarnarse en una personalidad». Engañaba á la nación con una palabra, y acertaba en imponer veinte años de tormento á quien desde 1848 no soñaba más que en la República. Se proclamaba la soberanía del pueblo, y en los plebiscitos no quedaba otro recurso á los electores que contestar «sí» á las preguntas formuladas por el Gobierno. Á la Cámara no se enviaban otros candidatos que los oficiales. De 1857 á 1863, sólo cinco miembros constituyeron la oposición parlamentaria. La prensa no gozaba de ninguna libertad. La policía vigilaba estrechamente á los descontentos. Habiendo dicho el actor Grasset en un restaurant donde se le hacía esperar su almuerzo: «Aquí pasa lo que en Sebastopol, »no se puede tomar nada», fué arrestado y reducido á prisión. La Constitución, sin embargo, publicaba la libertad individual.

La idea democrática y ateísta proseguía hacia adelante su irresistible marcha. Los hombres eran tan dichosos en haber dado esta nueva ocupación á su inteligencia (no puede decirse á su alma), tanto absorbieron el nuevo ideal, que se hicieron momentáneamente indiferentes al modo de gobierno que les regía. Se perdonó con facilidad al príncipe-presidente su golpe de Estado del día 2 de Diciembre, y

Napoleón III mostró una tolerancia absoluta para con los que no combatían la política imperial.

Renán nos ha dejado en la *Reforma intelectual* el cuadro sorprendente de Francia, tan brillante en apariencia. Por el orden, por la paz, por los tratados de comercio, enseñó á Francia Napoleón III su propia riqueza; la fortuna material aumentaba en proporciones inusitadas. La masa se encontraba satisfecha, pues que gozaba de una inesperada comodidad y creía poseer la dirección de las cosas; pero el pueblo, dominado por «la vista más superficial del »interés», se hacía cada vez más torpe y grosero. Los caracteres se debilitaban, el nivel intelectual decaía. La incuria administrativa era completa. El sufragio universal había elegido un cuerpo de gobernantes, ministros, diputados, senadores, mariscales, generales, administradores, «que se podía apreciar como »uno de los más pobres personales del Estado que »ningún país haya visto en funciones». El Emperador, con su indecisión mezclada de sequedad, ¿no era la personificación de ese «sufragio universal» por el que se decía escogido? Nadie se apercibía de la decadencia. La Corte se divertía y el pueblo también. Era «todo alegría». El duque de Morny, presidente del Cuerpo legislativo, escribía operetas en sus horas de ocio; la Princesa de Metternich, Embajadora de Austria, organizaba la comedia de sociedad é introducía el juego de las charadas en acción en el palacio de las Tullerías. El día siguiente de esta última fiesta fué siniestro.

Alemania, resignada desde largo tiempo á las tristezas modernas, más fuerte en su gravedad que la nación descuidada á quien se había podido imponer la ley vulgar del ateísmo materialista, en oposición á todas sus tradiciones, la Alemania de Bismarck y de Moltke pulverizó la Francia, olvidadiza de sus destinos, infiel á su pasado de aristocracia y de entusiasmo generoso. El mundo, según M. Mateo Arnold, fué juzgado en 1870: «Los prusianos reemplazaban á Javeh. De nuevo Ismael, y con él el espíritu de Grecia, el espíritu del Renacimiento, el espíritu de Francia, el libre pensamiento y la libre conducta han sido vencidos por Israel, por el espíritu bíblico y el espíritu de la Edad Media.» La comparación no es del todo verdadera. El espíritu de Grecia y del Renacimiento animó á la Germania tanto como á su gran rival. No hubo hombre moderno más penetrado del helenismo que Gœthe. Francia, de otra parte, no fué acaso tan poderosa de facultades diversas como durante cierto tiempo de la Edad Media, cuando ella inclinaba su cabeza sometida ante un Dios soberanamente potente.

Cierto es que el libre pensamiento, el individualismo, en su expresión democrática, habían influído el ejército francés, pero la enfermedad moderna se manifestó por la división de los generales. La muchedumbre militar terminó de ser una fuerza organizada. Cada jefe, convencido de su importancia, obraba aisladamente, llegando hasta perjudicar las operaciones de sus colegas. La masa acogió bien la enseñan-

za positivista, pero ésta no dió al espíritu francés ni más moderación, ni más discreción, ni aun más egoísmo. Así mientras que el ejército, por la lenta é imperceptible invasión del espíritu demagógico, perdía la unidad que antes le hizo invencible, la multitud, instruída deficientemente en los descubrimientos modernos, permanecía impulsiva, incoherente, indómita. Un fantasma imperial aprisionaba entre sus manos débiles á este pueblo desorganizado é indócil; destruído fué al primer choque de las dos naciones. Francia, y con ella Ismael y todos aquellos que ansiaban auroras de independencia, iban en lo sucesivo á elegir un gobierno de nombramiento libre, el único que fuese compatible con el moderno anhelo de igualdad positiva.

En Alemania el individualismo había progresado también con intensidad, pero la nación, en lugar de deleitarse con palabras, se asimiló la substancia de las nuevas doctrinas. El pueblo era más reflexivo, los jefes, más adiestrados, conservaban una autoridad más dilatada. Por último, allí había un maestro para guiar la muchedumbre hacia un objeto determinado. Bismarck encarna verdaderamente el antiguo poderío aristocrático (en el sentido del genio intelectual), luchando con la colectividad, de día en día más amenazadora. Somete cuanto le rodea á su pensamiento y á sus proyectos. Tiene dirección en los Parlamentos, arruina á una nación hermana, impone su voluntad á su Emperador. En un momento dado rehusa el seguirle y queda aislado en su delirio de una Alema-

nia unida y grande; pero no retrocede para triunfar ante ningún obstáculo. Con ojo perspicaz observa la herida que gangrena á Francia, y en el instante deseado precipita la nación alemana sobre el gran pueblo desamparado y hace reconocer el nuevo imperio germano cuando el terror socialista se enseñorea en París. Existe en los actos de Bismarck más reflexión, más seguridad que en los de Napoleón, y es que el fundador de la unidad alemana se encuentra impregnado, como sus contemporáneos, de positivismo. Coloca al servicio de una grande idea su razón previsora, su voluntad indomable. Su falta de escrúpulo en la elección de medios no rebajará á los ojos de la historia su humanidad superior. No obstante, aquella grandeza de carácter y de espíritu huyó de quien asumió la tarea de restaurar el orgullo aristocrático. Ya en 1870 un joven doctor alemán pensaba en denunciar con estrépito la vulgaridad y la fealdad del altruísmo materialista, en volver á llevar al hombre hacia la belleza y la harmonía de una autocracia irreductible. El joven filósofo había tomado puesto en el ejército alemán. Al cabo de algunos meses volvió á su país, disgustado, no de la causa que abrazó, sino de los jefes que la defendían. Nietzsche no había previsto que Bismarck personificaría rasgo á rasgo su *surhomme*, y que con anterioridad á ser enunciado en un libro se expresaría elocuentemente en la naturaleza...

También dice verdad M. Mateo Arnold cuando manifiesta que, de dos pueblos, el vencedor será el que

se ofrezca más religioso en la esencia. Acaso el ejército francés se hubiera conducido mejor solicitando orar antes de combatir, y sin duda habría bastado que los jefes diesen el ejemplo para que millares de hombres, indiferentes en apariencia á los principios religiosos, se sometieran pronto con alegría á la antigua ley de adoración. «Si yo hubiera sido Bazaine, »—escribió Alejandro Dumas hijo,—hubiera hecho co»locar una imagen de la Virgen en medio de mi ejér»cito, el 15 de Agosto—no porque fuera la de Napo»león, sino porque era la de Santa María,—y hubiese »librado la batalla al Dios que el rey Guillermo saca »de vez en cuando de su bolsillo, detrás del cual »habla como un ventrílocuo, y que no es el Dios de »las batallas, por la razón sencilla de que no existe. »Yo habría dicho á mis soldados: «Hijos míos, coloco »la Virgen en medio de vosotros. La Virgen es la »hija, es la prometida, es la esposa, es la hermana, »es la madre. Hay un Dios enmascarado que pretende »violarla; defendedla y ganadla una batalla para su »honor.» Y los alemanes hubieran sido derrotados. «Hay, habrá siempre en el soldado francés algo del »Franco de Clovis y del cruzado de San Luis».

El pensamiento que Dumas traduce bajo forma popular y parcial es la expresión de una verdad profunda. Francia fué grande porque fué religiosa, porque fué el pueblo cristiano por excelencia. Infiel á sí misma, burlando de cierto modo sus instintos genéricos, renegando de su fe, de su fuerza, de su expansión de otro tiempo, Francia, aislada en el do-

minio árido de la irreligión y observando ante la mirada de las otras naciones una actitud de ironía desdeñosa, Francia, denominada antes «hija mayor »de la Iglesia», tuvo la triste gloria de expiar delante del inmutable Eterno la desobediencia de la sociedad moderna y todos los errores del mundo positivista y ateo. Enervada por la democracia y desmoralizada por su prosperidad material, la gran nación pagó cruelmente las conquistas inmortales de la Revolución. «Todo se ha derrumbado—exclama Renán— »como en una visión del Apocalipsis. La misma le- »yenda se deja ver herida de muerte. La del Impe- »rio ha sido destruída por Napoleón III; la de 1792 »ha recibido de M. Gambetta el golpe de gracia; la »del Terror (que el Terror tenía también su leyenda »entre nosotros) ha merecido su horrorosa parodia »en la *Commune;* la de Luis XIV no será más de lo »que era desde el día en que el descendiente del »elector de Brandeburgo ha levantado el imperio de »Carlomagno en la sala de fiestas de Versalles. Sola- »mente Bossuet se encuentra haber sido profeta »cuando dice: *Et nunc reges intelligite.*»

CAPÍTULO XIII

El Internacionalismo y la anarquía.

Después de la guerra de 1870, una angustia duradera oprime al mundo entero. Al sobrevenir la calma se hizo la cuenta de las ilusiones comunes con las que se entretenía la sociedad del segundo Imperio francés. La filosofía positivista había pretendido fijar los límites del entendimiento humano, y los hombres, dichosos por estar libertados de la preocupación divina, se abandonaban á la alegría ficticia de esta supuesta redención. Creyéndose los pueblos privados para siempre de consuelos religiosos, dedicaron sus facultades al examen más y más profundo de todos los elementos del Universo y al incesante perfeccionamiento de todos nuestros medios de sociabilidad. En el recogimiento serio que siguió al desastre, las inteligencias, replegadas sobre ellas mismas, recibieron como un poder definitivo de sinceridad y de penetración.

Por una ley fatal, el proceso democrático encuentra fuerza y permanencia en aquella aplicación del

positivismo. Á pesar del poderoso esfuerzo, en 1872, de todos los gobiernos reunidos contra la Internacional, las teorías socialistas y comunistas hacen progresos continuos. Los plutócratas ingleses, italianos, alemanes, son obligados, los unos después de los otros, á entrar en el camino de las reformas. Bismarck mismo, intentando fundar la dignidad real social, se inspira en los socialistas de la cátedra. Las clases populares, pertrechadas con el sufragio universal, no concluyen de obtener nuevas reivindicaciones, que los Parlamentos otorgan en gran número. La era de los sindicatos, de las asociaciones obreras, se inaugura, y los asalariados, «este cuarto estado», entran á su vez en la vida política. Los proletarios, por haber quedado como «bestias ignorantes», no se rebelan menos contra la tiranía de los capitalistas. No es la democracia tan negativa como bajo Napoleón III; la libertad individual toma vuelo definitivo y se ve á los obreros de fundición organizar su industria propia.

La ciencia realiza paralelamente igual marcha progresiva. Al mismo tiempo que se esparcen las teorías de Karl Marx, Lasalle, Liebknecht, Proudhon, los sabios acumulan descubrimientos sobre descubrimientos. Las experiencias químicas y electro-magnéticas trastornan las condiciones de la existencia moderna. El telégrafo, y el teléfono, y la luz eléctrica y los cables trasatlánticos vienen á ser los instrumentos potentes y dóciles de la actividad contemporánea. La ciencia no se consagra únicamente á

facilitar las relaciones de la vida exterior y de la existencia internacional; se infiltra en las industrias más modestas y cambia todos los caracteres económicos del mundo moderno. Las máquinas agrícolas, sembradoras, segadoras, trilladoras, vienen á completar la acción de los abonos químicos. En los altos hornos borbotan enormes cantidades de mineral, de metales en fusión, y el martillo-pilón, útil gigantesco de una producción ciclópea, cae y vuelve á caer sobre los senos monstruosos de la materia enfriada. La fabricación de armas, la imprenta, la filatura y el tejido de algodón, de la seda, de la lana, se transforman aún de día en día. El comercio sufre una evolución profunda por consecuencia de la invención del camino de hierro y de los barcos de vapor, y también de la rapidez en los servicios postales. Las estadísticas nos muestran que todas las innovaciones producen sobre nuestra existencia material influencia de las más bienhechoras. La democracia y la ciencia contribuyen á mejorar aquélla. De otro lado, los principios de la sociedad actual, libertad privada, igualdad política, seguridad pacífica, afirman al hombre el goce tranquilo de sus bienes y la libre expansión de sus facultades intelectuales. La humanidad, en apariencia, ha dado un paso inmenso en el camino de la felicidad. Veamos dónde nos ha conducido realmente esa difusión democrática y científica.

El espíritu europeo de Mme. de Staël se ha convertido, gracias á la emancipación del proletariado y á los descubrimientos científicos, en espíritu universal,

y este espíritu universal ha unificado el aspecto del mundo y ha identificado entre sí todas las civilizaciones y sellado con una marca común todas las imaginaciones, todas las inteligencias. Lo que ocurre en París es telegrafiado inmediatamente á New-York, y recíprocamente. En todas las grandes ciudades modernas se ven las mismas espaciosas calles rectas, donde las altas casas se alinean de acuerdo «como »soldados en formación», las mismas aceras, los mismos ómnibus. El ciudadano del mundo lleva en todas partes los mismos vestidos, escucha las mismas obras teatrales, lee los mismos periódicos — ó poco más ó menos, — frecuenta círculos establecidos bajo un patrón único. El mismo reverbero se repite en millares de ejemplares; en los salones modernos se atormenta con la vista de los mismos muebles, que los maestros de ebanistería han hecho fabricar á cientos. — No es de hoy el hacer constar el perjuicio enorme ocasionado por la industria y la mecánica en el arte decorativo. — Los congresos, las conferencias internacionales difunden inmediatamente las ideas nuevas, los sistemas inéditos, y las exposiciones universales nos enseñan las costumbres, las industrias, las artes de los pueblos más distanciados.

Las fronteras se alejan; no es nuestra patria un país determinado, no es la Europa, es el globo terrestre. Los internacionalistas gritan que no hay patria, que los hombres deben unirse por encima de las fronteras. El antiguo espíritu europeo se amplía hasta venir á ser el «espíritu mundial.» Los rasgos

característicos que diferenciaban las grandes razas humanas tienden á borrarse. No hay presentes más que dos ó tres grandes religiones; desaparecieron las pequeñas sectas. Por todas partes se establece una libertad individual igual, la misma política gubernamental. La instrucción avanza á medida que el mundo se democratiza. «Así, cuanto constituye la »vida de los pueblos civilizados, industria, comercio, »vida práctica, ciencia, artes, costumbres políticas, »todo, excepto la lengua, se ha hecho internacio»nal» [1]. Pero la lengua no es obstáculo á la universalización absoluta de las ideas, siendo esencialmente políglota la educación de las jóvenes generaciones.

El mundo unificado é igualitario ¿ofrece al hombre dulzura? No, pues que la solidaridad y la igualdad ante todo buscadas y exigidas por las muchedumbre modernas, no han sido puestas en práctica de ninguna manera. Se acusa aquí con intensidad la bancarrota de todas las ideas del siglo. El egoísmo individual, tanto como el egoísmo en común, se desarrolla en proporciones inusitadas. Nunca creencia colectiva fué violada cínicamente por la humanidad activa como nuestro deseo de igualdad y fraternidad. De nacimiento reciente son el *struggler for life*, el *arriviste* y el *homme de proie*, y los jefes de gobierno, á quienes no falta ocasión de brindar por la paz universal, arruinan á sus pueblos para mantener

---

1 Seignobos: *Historia de la civilización contemporánea.*

ejércitos formidables. El egoísmo positivo de los ingleses, el nihilismo frío de Schopenhauer han recorrido su camino.

Las desigualdades sociales persisten; más que nunca es áspera la lucha de clases. Los sindicatos ejercen verdadera tiranía en lo que concierne á los obreros, y se ha visto que los asalariados son tratados mas duramente por los guías socialistas que por los patronos. Así los obreros, trabajando en su propia ruina, pueden cantar, como en la tragedia sombría de M. G. Hauptmann, *Los Tejedores,* el violento y fúnebre estribillo:

«¡Con nuestras hijas y nuestros muchachos
es nuestro sudario lo que tejemos!»

La democracia igualitaria, no acertando en hacer imperar sobre la tierra la felicidad material por el desarrollo de los sentimientos individualistas — entiéndase el aumento de los apetitos, — aprobó por su extensión en un principio, por su impotencia después, la difusión rápida de las doctrinas anarquistas que hemos visto nacer en Leopardi y que hoy día nos ofrecen horrible desenvolvimiento en las costumbres, y en la política y en las artes. Para esta nueva pasión política, ningún fundamento ideal; reniega de toda religión, de todo culto, y se apoya en la ciencia positiva, única fuente de verdad. Es una creencia esencialmente materialista, y sus propagadores no piensan, por lo demás, en curar nuestras heridas morales. La felicidad consiste para ellos, ante todo, en

un reparto exacto de las riquezas terrestres. Preciso es confesar que han denunciado con mucha razón gran número de iniquidades de nuestro sistema económico, leyes bárbaras de la concurrencia y el «me»canismo fatal» de las crisis pletóricas. Los economistas que confeccionan tratados sobre el exceso de producción y explican cada crisis industrial por dicha causa «habrían de verse apurados para citar un »solo artículo que produzca Francia en cantidad ma»yor que la necesaria á satisfacer la exigencia de »toda la población. No es ciertamente el trigo: el »país está obligado á importarlo. No es tampoco el »vino: los aldeanos beben bien poco ó lo sustituyen »con vino aguado, y las poblaciones de las ciudades »deben satisfacerse con productos adulterados. No »son las casas: millones de hombres viven todavía en »chozas de una ó dos puertas. Lo que el economista »llama exceso de producción no es más que una pro»ducción que traspasa la fuerza de adquisición de »los trabajadores reducidos á la pobreza por el capi»tal y el Estado» [1].

¿Qué remedio nos proponen los anarquistas? Fundándose exclusivamente en la observación externa, reclaman para todos los seres la expansión integral de sus instintos, el juego libre de sus facultades, la independencia absoluta de su sér. No conceden que estemos sometidos á una voluntad supra-terrestre que, según ellos, no existe. No hay — dicen — más

---

1 Kropotkine: *La anarquía, su ideal.*

que fenómenos; no hay ley. La filosofía inglesa, deducida del sistema darwinista, vuelve á encontrarse en este aforismo materialista. Los anarquistas se atienen á los efectos y se guardan de rebuscar la causa suprema que niegan. La humanidad no es dichosa; la humanidad sufre tormentos. Esto es lo que les muestra la observación directa. Son dos efectos; pero tomando el segundo como causa, dicen: suprimid los tormentos y tendréis una humanidad feliz. Que vivan entonces los hombres siguiendo las tendencias de su naturaleza animal, que se desarrollen, crezcan, procreen, luchen entre ellos libremente, como lo quieren las teorías de Darwin; serán más dichosos, más fuertes, más ricos, más inteligentes, más audaces, más artistas. El bienestar de los pequeños aumentará, y se verá á las nuevas generaciones acometer trabajos gigantescos y realizar acciones heroicas, pues que lucharemos más únicamente por la vida; la pobreza cesará de reinar sobre el mundo y la humanidad volverá á encontrar sus energías primitivas! «Las épo»cas de conflictos, libremente discutidos, sin que el »peso de una autoridad constituída estuviera arro»jado en un platillo de la balanza, fueron las épocas »del desarrollo más grande del genio humano» [1]. Nada más falso. Las grandes épocas de la historia están simbolizadas por nombres de tiranos: Pericles, los Césares, los Médicis, los príncipes de Borgoña, Luis XIV, Napoleón. Sin duda, existe razón en pro-

---

1 Kropotkine

testar contra el acaparamiento por parte del Estado de todas las funciones activas, en deplorar el tiempo en que cada ciudad tenía su autonomía y su originalidad, en lamentar con cierta medida el principio federativo que aseguró la pujanza de pueblos libres de la Edad Media; pero se incurre del todo en error cuando se desea la vuelta de las asociaciones mutuas, y de las cofradías y de los gremios de los siglos décimocuarto y décimoquinto, bajo pretexto de que aseguraban la independencia de los trabajadores.

Ya es tiempo, una vez para siempre, de destruir este error grosero en que han caído nuestros socialistas, nuestros comunistas y nuestros anarquistas. El estado social y económico de las grandes ciudades medioevales suscitó las mismas protestas y revueltas que el presente. Mediante un enorme abuso de poder, recurrían aquéllas á la violencia para afirmar el mantenimiento de su supremacía é impedir que ninguna otra ciudad se engrandeciese en su inmediación. Monsieur Frantz Funck Brentano nos da en su obra sobre Felipe *el Hermoso* en Flandes curiosas reseñas acerca de la organizacion de las comunas flamencas. Gante impide, en un radio de tres, después de cinco leguas alrededor de sus muros, tejer ó teñir paños, la lana y el hilo. Hacia el año 1300, los gremios ganteses se arrojan en armas sobre Termunda y destruyen los telares de quienes habían desobedecido sus órdenes. Los de Ypres, por su parte, destrozan los telares en Langemarck; Saint-Omer prohibía igualmente, en toda la extensión de su jurisdicción, que se fabricara

el paño; el paño apresado era colgado de una horca, después se le quemaba y los telares eran deshechos. Aquella opresión de las grandes ciudades hacia las pequeñas villas se refleja en las relaciones que existen entre los poderosos comerciantes y los industriales humildes. Los primeros, enriquecidos por el negocio, se posesionaron al mismo tiempo del gobierno y administración de la ciudad. Los nobles se empeñaron también en empresas comerciales durante la época á que aludimos. Patriciado tan temible, para el que las dignidades municipales llegaron á ser hereditarias, acaparó de un modo exclusivo el comercio de importación y exportación. Ese feudalismo financiero trataba con menosprecio al pobre pueblo, bastando, para convencerse, observar cómo hablan los reglamentos de aquellos que ganan su vida con el trabajo manual: «Los tintoreros que tiñen con sus propias » manos y que tienen las uñas azules»; «los caldere» reros que caminan encorvados gritando por las ca» lles.» Un patricio tenía el derecho de abofetear á un artesano; en Gante se pagaba con una multa importante y con un destierro por tres años el rapto de una *señorita*, en tanto que el de una hija de artesano *(filia pauperis)* era libre. La casta de los patricios terminó por establecer asociaciones ó hansas, y acertó así á dominar todavía más seguramente á los hombres de telar, encerrados en el marco estrecho de sus estatutos corporativos.

He aquí algunas de las ordenanzas de ese tiempo; un tejedor no podía utilizar en su taller más de dos

telares, un tundidor no podía ocupar más de siete personas; en Brujas le estaba prohibido trabajar con más de tres bastidores!... Es el régimen sindical en toda su belleza. Los hechos siguientes parecerán más sorprendentes: un joven no estaba autorizado á ver su prometida, durante los desposorios, más que de día, » de modo que pudiese volver á su casa sin luz.» Los edictos concejiles fijaban con cuidado los regalos que era permitido hacer para festejar un nombre, un bautismo. Estaba vedado dar comidas por causa de los partos de la mujer propia, bien fuera antes, bien después. El obrero que vivía con otra mujer además de la suya, era despedido del telar. Se prohibía alquilar la casa á «prostitutas» bajo pena de verlas colgadas de las ventanas!...

¡Tal es, sin embargo, el régimen de «libertad individual» al quese quisiera hacernos volver! Sí, el particularismo local fué anteriormente un excelente factor de prosperidad y progreso, pero existe engaño afirmando que era consecuencia de la independencia democrática. La organización de las comunas medioevales se encontraba establecida sobre el modelo de las tiranías antiguas. Las pequeñas colonias comunistas de que se hizo ensayo y que se pretendía estar fundadas sobre el primitivo principio municipal, no se parecían en modo alguno á las ciudades del siglo décimotercero; tampoco ellas acertaron á desarrollarse y vegetaron miserablemente. Las grandes ciudades de la Edad Media, como todas las naciones poderosas, como todos los grandes Estados, no se

mantuvieron más que por el *gobierno del hombre por el hombre*. Estaban dirigidas por una autoridad superior: un patriciado, un concejo, ó simplemente un noble feudal. La anarquía de entonces era singularmente de jerarquía.

La anarquía moderna se manifiesta bajo dos formas: Existen primeramente los anarquistas militantes, puñado de miserables, de hambrientos y de locos, para quienes la doctrina consiste, en justicia, en escuchar los instintos del bruto. Hay después los anarquistas inconscientes ó dilettantes, y los hay á legiones. Se reclutan en las clases más elevadas de la sociedad y constituyen en el terreno intelectual lo selecto de sus tiempos. Todo filósofo, escritor, poeta, dramaturgo, es hoy día un anarquista latente y muy á menudo se vanagloría de serlo. En semejante estado social se reconoce la prolongación lógica de las doctrinas individualistas y la consecuencia necesaria de nuestro «régimen» científico, filosófico y moral.

El individuo está cada día menos dispuesto á someterse á la autoridad de otro. En los grandes países las fuerzas intelectuales se encuentran casi siempre en oposición con el poder ejecutivo, y si los gobiernos resisten á sus adversarios es debido á que éstos permanecen sin poderío como resultado de su estado anárquico, que entraña una extrema divergencia de opiniones. La filosofía individualista (la anarquía de nuestros intelectuales no es otra cosa en realidad), comunicando á cada hombre un sentimiento exagerado de fiereza personal, crea forzosamente divisio-

nes más y más profundas, más y más numerosas en las razas, los pueblos y los partidos. Al fin del imperio romano, algunos patricios de espíritu elevado, llenos de disgusto por la sociedad que les rodeaba, viendo la imposibilidad de demorar la ruina del mundo antiguo, desesperando del destino de la muchedumbre, pero seguros de su salvación personal, se retiraron á asilos tranquilos y contemplan su vida austera bajo la mirada del nuevo Dios. Actualmente no se cree y los claustros no ofrecen refugio bastante seguro contra la duda y el sufrimiento de vivir. Se aisla el espíritu lo que es posible, se busca formarse una existencia personal fuera de leyes, de convenciones, de usos. El proceso anárquico se pronuncia con tanta mayor fuerza, cuanto que tiene todo el mérito de una reacción contra la uniformidad de la cultura moderna.

No es menos peligroso para la originalidad y la harmonía étnicas de las razas el principio de internacionalismo que penetra en los partidos políticos avanzados. No obstante, solamente raros individuos se han consagrado á concebir maneras de vivir, á idear una moral original. Los anarquistas individualistas ó intelectuales modernos están casi siempre obligados á someterse á tal ó cual maestro de quien los escritos han llegado hasta ellos. Así se amasa á voluntad un alma escandinava ó rusa. Hay noruegos de corazón y de pensamiento en París, Bruselas, Berlín, tantos como en Cristianía, y todos individualmente poseen la persuasión de que su modo de pensar, de

obrar, se embellece con el «encanto de lo único». Este esnobismo se descubre hasta en la costumbre. Se adopta del extranjero cierto disfraz ó barnizado. Todo ello, por lo demás, no es otra cosa que el lado exterior y poco importante de una de las manifestaciones más características de la civilización actual. Si los hombres recibieran la enseñanza de los pensadores sin dimitir su buen sentido y su juicio, muy cierto es que esas corrientes internacionales contribuirían poderosamente al mejoramiento de los pueblos y podrían renovar la moral en muchos lugares de la tierra; pero, generalmente, induce á adquirir las modas morales ú otras modas llegadas del extranjero el amor al exotismo, á la excentricidad, á lo excepcional. Se choca con las convenciones, se atropellan las preocupaciones con temeridad repleta de impertinencia —á veces también con fe sincera y natural.—La muchedumbre no comprende nada de esto y se ve obligada, para no sufrir sarcasmos, á romper toda relación social. Su orgullo queda satisfecho alejándose de una masa imbécil y perversa, pero nunca se consuela de no haber disfrutado de la fraternidad universal.

La dramaturgia, después de propagar durante algún tiempo las aspiraciones socialistas, se orienta al presente hacia la anarquía. La evolución es fatal. Fijar opiniones anárquicas es indicio de inteligencia superior. De igual modo que al terminar el siglo décimoctavo, las nuevas ideas no son únicamente emitidas en poblaciones y reuniones especiales, son di-

vulgadas en los salones por aquellos mismos que debían temerlas más. El teatro explota, naturalmente, este singular estado de espíritu. Los autores que ocupan un puesto en la vanguardia admiten las teorías de Kropotkine y Juan Grave, glorifican «la inevitable revolución» en estilo enfático y redondeado, establecen un teatro espantosamente enojoso, y aciertan, sin embargo, á hacerse admirar— á no dudarlo, porque dicen verdades muy duras á los burgueses, á los vividores políticos, á los personajes sucios reunidos en la sala confusamente. — Los gritos escasos de protesta son ahogados por los aplausos de una mayoría delirante de entusiasmo; los más puros, los más correctos, patalean de alegría en estas representaciones.

El espectáculo mordaz de nuestra anarquía moral no sorprenderá á los filósofos. Solamente los pobres diablos que forcejean y mueren en nuestra prisión terrestre. Los ricos, los poderosos, los calificados como felices, disimulan otro tanto. Así aprueban la retórica violenta de los dramatistas. ¿Qué vendrán á ser los hombres libres una vez rotos los barrotes de la jaula? De esto nadie se inquieta. No se reflexiona que la humanidad conocerá siempre los mismos dolores; no se dice que la resignación es todavía la forma más elevada de la lucha contra lo inevitable. Preferimos protestar, para tener la pretensión de obrar. Nunca estuvimos tan atados á nuestros privilegios y á nuestras victorias y, sin embargo, «anarquizamos» con furia. Por último, el supremo dilettantismo consiste en

aplaudir las obras nihilistas que los pobres diablos —los verdaderos—no pueden oir ni comprender. Es la última injuria á la moral superior que, desde próximamente dos mil años, ejerce, según se nos dice, su imperio sobre el mundo...

CAPÍTULO XIV

El feminismo.

Se caracteriza á su vez el feminismo con pretensiones puramente anárquicas. Había comenzado siendo una especie de corolario, un complemento forzoso del socialismo. La mujer exigía derechos iguales á los del hombre. No se rebelaba todavía contra la ley natural, que quiere que, á título de aliada fiel, acompañe en la vida al hombre. Ambicionaba aumentar sus privilegios para hacer más sólida la asociación en que se obligaba. Hoy día reclama una independencia total y no cree en felicidad posible si no se afirma la completa autonomía de su sér.

Lejanos están ¡ay! los tiempos en que la mujer se contentaba, sonriendo con gracia finamente inteligente, cuando el hombre la declaraba inferior y negaba su poder. Mala fortuna para el imprudente que aspirase en la actualidad á discursos parecidos. La mujer es la igual del hombre en inteligencia y en fuerza. Á fin de propagar esta verdad y de anatematizar á los ciegos y á los sordos que rehusan acep-

tarla, los apóstoles del feminismo han escalado las tribunas de todas las academias del mundo; han fundado periódicos; han publicado folletos; han editado libros; han representado obras teatrales. ¿Cómo negar aún la altura intelectual de la mujer? Desde la infancia se inician nuestras compañeras en las ciencias más filosóficas. La pedagogía y la educación de los «Pájaros», que desde el tiempo de Scribe gozaban de cierta reputación, son hoy objeto de menosprecio justo. En el examen escrito á que son sometidas las que aspiran á la escuela de Sèvres, se daba recientemente el siguiente tema: «*Un soneto de Ronsard.* ¡Haced el análisis del soneto bajo el punto de »vista de la *morfología* y de la *semántica!*» La cuestión hubiera ciertamente atormentado á muchos filólogos de buena calidad.

Prevenidas del destino, encuentran las mujeres mil sanas razones para desviarse de su misión de esposa y de madre. Prefieren los ejercicios del pensamiento á otras dulzuras de la vida. Denuncian las leyes; atacan los pactos que las producen pena; levantan las pesadas cuestiones sociales bajo las que sucumben los más valerosos luchadores; oprimen con su odio irreductible las aberraciones, como Strindberg y Nietzsche. Un círculo numeroso aplaude las conferencias feministas. Los hombres especialmente se hacen notar por su entusiasmo. Se consideran de esta manera amigos del progreso; pero si el movimiento continúa, no se contentará la mujer con dividir nuestra autoridad, pretenderá dominarnos.

Las extravagancias y las ridiculeces de algunos «tocados» no deben hacernos condenar una causa que es justa en el fondo y cuyos varios éxitos son bellas victorias ganadas sobre las preocupaciones más detestables de nuestra sociedad. Una obra de Madame Daniel Lesueur, *Fuera del matrimonio,* con la que el teatro feminista inauguró sus representaciones, ha parecido de un sentimentalismo algo excesivo, porque se nos presenta en ella una joven seducida, fiera y honrada, que busca su rehabilitación, y que muere, sin embargo, víctima de la infamia de un hombre y de las necias malevolencias del mundo. Las lecciones de Dumas, hijo, no han sido estériles, cualquiera que sea el pensamiento de Mdme. Daniel Lesueur. El célebre escritor feminista acertó haciendo penetrar algunas de sus ideas en la masa, y desde el *Hijo natural* nuestras prevenciones han perdido su violencia. Hay madres que se hacen respetar fuera del matrimonio. Ved la *Magda* de M. Suderman [1].

Ya han envejecido las ideas igualitarias de Dumas. El autor de las *Cartas de Junius* creía en la santidad del matrimonio, «esa institución admirable que resta »como uno de nuestros últimos medios para morali»zar.» Las jóvenes generaciones están libertadas de las preocupaciones antiguas. ¡Para qué la buena vo-

1 "Proteged la mujer contra el hombre, habia escrito Du„mas, y protegedles después al uno contra el otro. Colocad la „investigación de la paternidad en el amor, y el divorcio en el „matrimonio." Como se sabe, no tuvo razón durante su vida más que sobre el último punto.

luntad de proteger legalmente á la «joven seducida», si aquellas generaciones la estiman como la verdadera mujer, la mujer del porvenir, para la que no habrá bien pronto bastantes cuidados y bastantes miramientos! El matrimonio no es más que un símbolo vano, tan ridículo, tan fuera de uso como todos los símbolos religiosos. Atended lo que dice Ibsen en su *Comedia del amor:* «El feminismo, llegado al término »último de su evolución, glorifica sin previo examen »lo que en otro tiempo estaba mirado como falta irre»parable.» Caídos de un exceso en otro, pudiera ocurrir también que el feminismo, un momento omnipotente, fuese detenido en su marcha progresiva por la simple ley del buen sentido. Acaso sea permitido en este concepto juzgarlo á dos dedos de su pérdida.

CAPITULO XV

El individualismo en las artes.

Si la anarquía se encuentra en el fondo de todos los fenómenos sociales contemporáneos; si se puede seguir su huella en las nuevas morales egotistas; si la ciencia misma, por la división indefinida de su campo de observación, desarrolla en gran medida la afición al aislamiento, existe un dominio donde el individualismo y la especialidad tienen removido de lleno, más que en otro cualquiera, el suelo antiguo: el del arte. El arte actualmente, en sus expresiones más elevadas, ó al menos las más originales, es esencialmente anárquico. Ya no se dirige á la muchedumbre. Está permitido á los grandes artistas aislarse en su fantasía; pero extraños á los sentimientos, á las pasiones de la masa, apartados del ideal popular, en ruptura casi siempre completa con los seres que les rodean, su inspiración pierde rápidamente su savia natural, se agosta y muere de un exceso de aquella fantasía independiente. Se nos dice con verdad que, en las grandes épocas del arte, el

individualismo era la única ley que reinaba, y que los caracteres, la manera, el ideal de cada pintor, de cada escultor, se formaban seguramente en una especie de caos anárquico muy favorable al desenvolvimiento de las cualidades personales. Es del todo exacto para los períodos más bellos de la pintura europea, como el cuatrociento florentino y el siglo décimoquinto flamenco; pero se olvida que entonces se imponía á los maestros más independientes una regla dominante que les guiaba en la elección de los asuntos, tanto como en la interpretación de la naturaleza, que dirigía sus esfuerzos hacia un objeto mismo, que suministraba una harmonía superior en la producción y que corregía todos los extravíos por el hecho mismo de su existencia. Hoy día no se acude á los temas religiosos. Están agotados. Se podría interrogar á las multitudes, sorprender en ellas alguna poderosa belleza colectiva, alguna inspiración elevada ó alguna pasión que poseyera grandeza por su misma intensidad. En este sentido ha hecho una tentativa el arte realista. Los escritores, los pintores, se aperciben prontamente de que la naturaleza no quiere ser observada más que para dejar entrever bajo su envoltura las eternas tendencias de la humanidad. La estética evolucionó y las escuelas místicas se fundaron. ¡Ay! la fe faltaba. Los pintores y los poetas de la Roscroa son tachados de ridículos.

No, el artista moderno es fatalmente un aislado. Su creación debe brotar toda entera de sí mismo. La concepción que tenemos de la originalidad crea-

dora le impone el orgullo de la soledad. Los ejemplos, con efecto, parecen demostrar que los artistas, resignados bravamente á la cuarentena casi completa, nos enseñan algunas revelaciones nuevas sobre la belleza. En otros tiempos, Van-Eyck, Leonardo de Vinci, Rubens, vivían en las cortes en medio de un mundo brillante sin que sus visiones ideales fueran turbadas. Bach aspiró durante su vida una atmósfera mediocre; no perdió la intimidad de cuantos le rodeaban; no se consagró á destruir los instintos de sociabilidad, y, sin embargo, sostenido por la fe cristiana, escribía inolvidables obras maestras. Beethoven, de quien la inspiración es todo humana y que por tal circunstancia puede ser llamado el primer artista moderno, experimenta, por el contrario, el deseo de separarse de sus contemporáneos, de huir de sus amigos, no buscando atenuación para la tristeza de su vida, que necesaria era para su arte. Y desde este tiempo, los artistas que han expresado una idea, una nueva sensación, que han traducido aspectos inéditos de la naturaleza, han debido vivir separadamente de la vida social y sufrir durante casi todo el curso de su carrera el desdén, las burlas, los menosprecios de sus contemporáneos. La vida artística sólo procura á los medianos los goces públicos, las embriagueces del triunfo. Las grandes individualidades modernas han sido desconocidas en su medio viviente. Ha sido preciso que luchen para ser admiradas por lo más escogido. Así es la historia de Corot, de Flaubert, de Manet, de Moreau, de Verlaine, de Puvis de Chavan-

nes. Al presente los artistas — los conozco al menos y los considero como los más apasionados y los más valerosos — se retiran al campo, viven en un pueblecillo apartado, al abrigo de toda promiscuidad social, privados con frecuencia de información intelectual, en la esperanza de descubrir en su alma un rayo del ideal que no hubiera lucido todavía en el cielo del arte.

Se reprocha á los poetas sus divagaciones; son la forzosa consecuencia de nuestro estado social. El poeta escoge un público cada vez más restringido, quiere que se haga esfuerzo para comprenderle, que se vuelva digno, por una experiencia moral, de penetrar en la intimidad de su espíritu. En nuestra época, en que el altruísmo práctico ha conquistado los pueblos, el pensamiento poético tiende á aristocratizarse cada día más. El símbolo, del que se ha intentado la restauración y que hubiera debido concordar á los escritores de la muchedumbre, no ha realizado otra cosa que acentuar la división de las inteligencias. En otras ocasiones se nutría el simbolismo en un fondo común de tradiciones religiosas y poseía en sí una virtud de solidaridad intelectual. Los elementos eran familiares á todos. Anteriormente el simbolismo en el arte era colectivo. Se ha transformado en individualista. Cada poeta, cada pintor que manifiesta su sentimiento interior bajo forma simbólica, se aprecia como descubridor de una imagen cuyos atributos, sentido físico, fisonomía exterior responden, no á una visión tradicional, sino á la ficción arbitraria ideada

por su cerebro. Que debamos á este «método» — los espíritus originales no sabrían adoptar otros — obras de un encanto extraordinario, no lo impugnamos, y bien lejos estamos de condenar con Tolstoï toda la producción artística contemporánea. Los aislados, «los malditos», nos han proporcionado solamente emociones nuevas, pero las presentes condiciones de la producción literaria y artística no consienten al creador sentirse en comunión constante de pensamiento con su público, y he aquí por qué, desterrado en su torre de marfil, voluntariamente desprendido de la multitud á quien despoja de una precisa alegría, puede ser considerado el artista como víctima de nuestra anarquía social.

Obsérvese que aquí no juzgamos los méritos del arte presente; ensayamos simplemente el mostrar cómo se reflejan en él los síntomas de nuestro mal. Cierto es que la emulación entre artistas no tiene nada de la fraternidad cordial de otros tiempos, de la del cuatrociento italiano, por ejemplo. La diversidad de géneros y de asuntos, y de técnicos y de orígenes, todo tiende á desunir la gran familia de los productores. Lo mismo que el poeta, el pintor se dedica á formular su idea en una forma rara, desconocida, y comprende que no debe entregar el secreto de su belleza hasta observar la energía intelectual del espectador. Á través de los sucesivos ensayos de impresionistas, manchistas, puntillistas, simbolistas, es como se manifiesta el ideal plástico de los últimos diez años. En cada nueva fase evolutiva aumenta la

distancia entre el gran público y el pequeño núcleo de apasionados agrupados alrededor de los innovadores. El beneficio moral para la colectividad viene á ser cada vez más precario. Para adquirir un ingenio personal se impone al artista un verdadero sufrimiento. Las obras maestras no nacen en nuestros días más que en el dolor. Preciso es recordar la fecundidad sonriente, inexpugnable, de los grandes genios, de un Shakespeare, que improvisaba sus obras sobre la mesa de una posada; de un Lope de Vega, que compuso más de dos mil producciones durante su vida; de Ghirlandajo, de Lippi, que concebían y ejecutaban sus grandes frescos en pocos días; de un Fra Angélico, que, según Vasari, «tenía por costumbre no retocar ni enmendar ninguna de sus pinturas, sino dejarlas tal como hubiesen quedado al primer golpe, creyendo que fuera así la voluntad de Dios»; ó, en fin, de un Bach, cuyas innumerables y voluminosas partituras llevan la señal de borraduras insignificantes y que, lo mismo que el Angélico, abandonaba su inspiración á la Omnipotencia divina...

En la Edad Media, en la época del Renacimiento, más tarde todavía, el artista no repugnaba recibir un salario de cualquiera Príncipe protector, entrar al servicio de un Mecenas. El individualismo de nuestros poetas, de nuestros pintores, de nuestros músicos, no les consiente capitulaciones tales de conciencia. El Gobierno consagra un presupuesto mezquino al fomento de las Bellas Artes. Los «anarquistas aristócratas» rehusan aprovecharlo. La separación entre el

arte y la política es completa. Es necesario deplorarlo altamente, por paradójico que parezca decirlo. Lastimoso es infinitamente, en efecto, que las fuerzas jóvenes y activas del pensamiento moderno se aparten de las fuerzas directoras de la nación. Los tiranos del Renacimiento: los Visconti, los Sforza, los Médicis, los Gonzaga, los Duques de Urbino, los de Este, sabían el beneficio moral que les reportaba el frecuentar los grandes espíritus, y se rodeaban ostensiblemente de poetas y de pintores y de filósofos para aumentar el prestigio de su dominación.

¿Qué alta personalidad se resignaría hoy al papel de «cortesano» ó de «escudero», al que se acomodaron cumplidamente Van-Eyck, Mantegna, Vinci, Rubens, Juan de Bolonia, Lebrún, Haydn, Mozart y tantos otros? Lejos de nosotros la idea de creer, sin embargo, con los socialistas, que un hombre de genio sólo puede dar toda su medida cuando los cuidados materiales se hallan desligados de su vida. Error profundo del altruísmo contemporáneo. Las penosas condiciones de la existencia material no impidieron nunca que el gusto artístico se manifieste con esplendor. La violencia impuesta á los espíritus de la Edad Media, la dureza de las leyes dictadas á los artesanos, fueron un estimulante enérgico para el florecimiento de los instintos más nobles del individualismo. Los tiranos ya citados no tenían siempre la generosidad de nuestros ministros, y á pesar de ello, los Corneille, los Boileau, los Molière, los Racine, eran los aliados, los vasallos intelectuales de Luis XIV, en

tanto que los escritores modernos son casi siempre hostiles á sus gobiernos.

Admitiendo el principio de los subsidios á los artistas, convendría acaso dificultar ciertas liberalidades, ó á lo menos utilizarlas con más discernimiento y de propósito. La impotencia, la infecundidad de nuestro arte, resultan en parte probablemente de los numerosos medios de subsistencia; pensiones en Roma, asignaciones para comisiones, etc., ofrecidas á los artistas demasiado jóvenes para aprovecharlas con inteligencia. Estas generosidades prematuras les hacen incapaces de un esfuerzo serio, de un gasto efectivo de energía en el día en que el Estado les abandona á su destino, les deja sin recursos, con frecuencia ¡ay! sin talento, y enfrente de un mundo despiadado para aquellos en quienes la ilusión se sustituye al sentimiento de las realidades positivas. Si por otra parte se mostrara más deferente y más respetuoso para con los maestros que durante toda su vida han dado ejemplo de entera independencia espiritual, puede ser que se acertara en atenuar en gran medida las consecuencias funestas de ese divorcio entre el pensamiento y la acción.

CAPÍTULO XVI

Ricardo Wagner y el neo-espiritualismo.

Estamos en presencia de una figura intelectual y artística de las más grandes del siglo. Se trata de Ricardo Wagner, del hombre que encarna con potencia las aspiraciones, las luchas, la excelencia, el desfallecimiento de la poesía y del arte contemporáneos. Con violencia igual ha sido adorado é injuriado. Su vida de tormentos morales, de trabajo infatigable, de destierros dolorosos, de orgullo indomable é insaciable siempre, ofrece una imagen fielmente reducida de nuestra vida social; á la manera que nuestra civilización, ella es dócil, variada, muy noble, muy seduciente en su esplendor á veces artificial y enfermiza. Asi, el arte de Wagner aparece como el reflejo de nuestras dudas. Para quien lee claramente á través de su creación, el maestro de Bayreuth ha sido el pintor verdadero de nuestro mundo desencantado. Su pensamiento poético traduce la tristeza contemporánea, su ejecución técnica permite adivinar la escasa estabilidad de nuestras necesidades, la eter-

na inquietud de nuestra alma. La obra de Ricardo Wagner puede estimarse como el eco donde han ido á prolongarse los suspiros y los gritos y los entusiasmos de una época. Su principio superior contribuyó á reponer en honor al espiritualismo cristiano; pero en virtud de haber revelado con tanta precisión la fisonomía atrevida y voluble de nuestros tiempos y de subordinarse demasiado íntimamente á su siglo, lleva aquel arte consigo los gérmenes ciertos de una destrucción que sus admiradores pretenden en vano juzgar como imposible.

Wagner ha comenzado en la vida como casi todos los grandes artistas de nuestro siglo. Los músicos lo han desconocido durante largo tiempo, el público le mofaba aun teniendo ya escritas dos ó tres de sus más elevadas obras maestras. Alejado de su patria, fuera de toda atmósfera estética, descubriendo en la soledad de su genio las fórmulas inéditas del arte, es el prototipo de los artistas individualistas, anárquicos, en rebeldía franca contra la sociedad organizada y decididos heroicamente á soportar las consecuencias de su irreductible fuerza. Pintor ó poeta simplemente, ¿qué concepciones saldrían de su cerebro? En estos dos dominios, agotados por la labor del pensamiento humano, no hubiera podido más que combinar símbolos inaccesibles á las inteligencias medianas ó adoptar los antiguos modelos del arte, beber únicamente en las fuentes tradicionales. Vemos precisamente que en él no ha podido el poeta evitar la obscuridad, ni la banalidad. Antes que todo era músico, y sus facul-

tades mejores estaban al servicio del arte moderno por excelencia, el solo que por sus cualidades subjetivas podía obrar todavía sobre las colectividades.

Y sin embargo, su obra, más extendida y más resonante que ningún otro producto del genio moderno, no ha sido ni será nunca apreciada más que como cosa selecta. ¿Quiénes son, después de todo, los admiradores que vuelven á Bayreuth y siguen con pasión las festividades anuales? La muchedumbre de dilettantes internacionales, los intelectuales que casi siempre se reputan como excepciones en su medio originario. Se objetará que también las sinfonías de Beethoven son saboreadas y apreciadas por una minoría. Pero téngase en cuenta que son composiciones puramente instrumentales. Wagner, compositor dramático, se dirige á todas las clases, siendo por esencia el teatro un arte popular. De esto alberga el sentimiento, ya que ha pretendido construir sus dramas líricos sobre los amplios fundamentos del teatro griego. La muchedumbre anónima, indistinta, no va á Wagner, y en muchos casos el éxito de sus creaciones es ficticio. Se nos escapa hacia Alemania la apreciación, pero en un país medio germano, como Bélgica, hemos observado que sus obras eran aclamadas en las tres ó cuatro primeras audiciones por grupos de músicos, de inteligentes, de críticos, jugueteando después ante las salas casi vacías. ¿Se puede esperar que la mayor parte del público se dejará influir un día por la virtud íntima de este arte? No lo esperamos. Tras una experiencia de veinte años, lo

que va á producirse no es una recrudescencia de entusiasmo. La hora de la reacción parece haber sonado.

El milagro estriba en que Wagner haya consentido á este público internacional comulgar en un mismo pensamiento y una misma fe artística. Los incrédulos, los desilusionados, los pesimistas, han creído que les llevaba un consuelo y una esperanza. El espiritualismo natural de la música comunicaba ya á sus dramas una gran fuerza de atracción, el goce superior que proporcionan sonoridades raras con las que algunos hombres han reemplazado los éxtasis religiosos. El pensamiento poético de Wagner, respondiendo á una necesidad de reacción contra el positivismo, todavía venía á aumentar este poder sugestivo. ¿Qué podían procurar los dramas de Wagner á los que pensaban hallar la alegría en el ideal? Si acaso un sufrimiento más. Su música trastorna, alborota, oprime, nos arrebata bruscamente en ocasiones por su vivacidad luminosa. Excita al más alto grado nuestro sistema nervioso y nos domina para vencernos. Quienes la desentrañan mejor son los más alterados. Concepción eminentemente moderna, participa del dolor que nos impone. Las *Pasiones,* las *Cantatas* de Bach, que conquistaron las almas más sencillas, dejan en nosotros paz y serenidad. Los poemas de Wagner, concebidos en la soledad bajo la influencia de doctrinas pesimistas, llevan sobre sí igualmente la huella profunda del sufrimiento contemporáneo. En el último, *Parsifal,* el artista, una vez más en inti-

midad de aspiraciones con su tiempo, ha formulado su esperanza de una primavera mística, siendo tal el prestigio de su arte y persona, que casi todos sus fieles han tomado su interpretación de la ley cristiana por una nueva ley religiosa.

Después de un período de ateísmo agudo, intenta de nuevo la sociedad contemporánea evadirse hacia las regiones del idealismo y de la misticidad. Wagner contribuyó en gran parte á este renacimiento espiritualista, pero no fué, sin embargo, como se ha dicho con frecuencia, el promovedor. Desconfiados como Renán, Spencer, Stuart Mill, Guyau, tenían, sin reparar, preparados los caminos. La impulsión inicial fué dada por Schopenhauer, aquel mismo que asustó á los hombres por el rigor irónico de su pesimismo, que negó «este mundo real con sus soles y su vía «láctea».

Su filosofía es una blasfemia contra la creación, y como todos los grandes destructores del anhelo de vivir, es incapaz de decirnos en qué su Nirvana es superior al mundo que gozamos. Ha reconocido que nuestros actos no eran libres, aunque en nuestra voluntad residiera una divina é invencible soberanía. Por el camino de la razón crítica encuentra uno de los datos elementales y fundamentales de las grandes religiones. «Yo te haré inteligente, ha dicho el »Eterno á David; yo te enseñaré la ruta por la que »debes marchar, y mi ojo te guiará». ¿No es el mismo pensamiento bajo una forma más concreta? ¿De quién tenemos nuestra voluntad, si no es de Dios y no es ella misma el ojo que debe guiarnos?

Así, en tanto que los discípulos del filósofo de Francfort desarrollaban sus doctrinas dirigiéndolas en un sentido cada vez más cristiano, Ricardo Wagner se enamoraba de esta metafísica sombría y fatalista que iba á servir en algún modo de substancia ideal á su obra.

En el bosquejo que trazó de un *Jesús de Nazareth*, el eminente artista había ya afirmado su fe ortodoxa, hallándose penetrados de la más honda admiración hacia la doctrina cristiana los comentarios psicológicos que hizo acompañar al drama, quedado en la situación de esbozo. Bajo la influencia de Feuerbach, el poeta místico desamparó su primitiva creencia, y escribe largas páginas para demostrar que el cristianismo ha ejercido un valimiento antiartístico. Su tetralogía del *Anillo de los Nibelungos* es una concepción de librepensador. Siegfredo, el hijo de la naturaleza, formado para la alegría y el amor, no conoce ninguna contrariedad, ningún obstáculo, ninguna ley. Vive por encima de las convenciones divinas y humanas; rompe la lanza de Wôtan donde se leen los runas antiguos que ofrecen los dioses. Ha conquistado á la hija del espacio, á la Walkyria, símbolo de nuestro deseo de lo infinito; el Walhalla no tiene misterios para el héroe invencible; la mansión celeste acaba en una noche suprema. ¡Y en tanto que el crepúsculo oculta la morada de los dioses, una aurora brillante se eleva sobre la humanidad consciente!

Una vez terminado su poema, Wagner, que cono-

ció en este momento las miserias materiales, entró en una fase de lúgubre pesimismo. Escribía la música de los primeros actos de *Siegfredo* cuando el poeta Herwegh le llevó los libros de Schopenhauer. El espíritu del compositor alcanzaba su desarrollo pleno, y su arte se libertaba de últimos tormentos; no esperaba más que una sanción exterior que le confirmase en sus creencias íntimas. La moral y la estética de Schopenhauer causaron sobre él la más profunda impresión: «En tanto que mi música avanza lenta»mente—escribe en 1854 al abate Listz,—estoy en »este momento absorto por un hombre que ha caído »en mi soledad — hablando literariamente — como »un dón del cielo. Es Arturo Schopenhauer, el filósofo »más grande desde Kant. Su idea fundamental de la »negación final del querer vivir es terriblemente som»bría; pero sólo ella da la solución.»

Inútil es demostrar de nuevo la correspondencia psíquica perfecta que existe entre *Tristán é Isolda*, extenso himno de amor, perturbado de un extremo á otro por la familiaridad de la muerte, y el *Mundo como representación y voluntad*, que se puede considerar casi como un poema wagneriano sin ficción. Bamboleado por los azares enemigos de la vida, condenado á una especie de cuarentena intelectual, el genial artista no veía más salvación que esta ley severa de aniquilamiento del querer vivir: «Ella es terrible, »pero saludable y magnífica — escribe también á »Listz. — El pensamiento no es nuevo para mí; nin»guno lo puede comprender si no lo lleva consigo.»

Sin embargo, la tiranía que la idea ejerce sobre el espíritu del artista disminuye poco á poco en violencia; Wagner se apercibe que todo no es pena y desesperación, no respira bastante en la gruta encantada donde le ha conducido su maestro espiritual, busca inconscientemente una salida para ver brillar un rayo de luz natural. Estima que interrogando mejor á Schopenhauer encontrará la salvación definitiva. El *yo* no es nada, el individuo sólo tiene un valor ilusorio; reconocemos en nosotros y fuera de nosotros esa nada, compadecemos los dolores de otro y esperamos la única felicidad real. Schopenhauer descubre á su discípulo el rincón de pureza y misericordia en el que se refugia su pensamiento doloroso. Así, el filósofo que decía de la religión que era la «metafísica de los po»bres», daba como base á su moral la sencilla doctrina de Jesús: ¡el afecto, la compasión; en otras palabras, la piedad, la caridad, el amor hacia el prójimo! Estérilmente había pretendido Wagner demostrar la superioridad de las religiones indotadas sobre el cristianismo; en vano había declarado que la moral de Schopenhauer, derivada de la doctrina de los brahmanes, era preferible á otra cualquiera; él iba, por la sugestión misma de la filosofía de éste, á volver á encontrar el camino de la virtud cristiana y volver á ser el propagador del espiritualismo contemporáneo.

Entendiendo que la acción en su forma más moral —es decir, el sacrificio del sér para la redención universal—es superior á la utópica y peligrosa anulación de la voluntad, el poeta músico, después de haber

creado el héroe de la torturante pasión, Tristán, va á personificar en Parsifal el desprendimiento espiritual, ó para explicarlo mejor, la compasión cristiana.

Sentado enfrente de su pequeña casa de campo de Zurich en una noche tibia de la primavera del año 1857, dejaba flotar su pensamiento al capricho de su fantasía, cuando recuerda súbitamente al héroe de las canciones de Santo Graal. Su episodio de la leyenda antigua se desarrolla con extraordinaria precisión en su imaginación, aquel en que el futuro salvador del Graal encuentra á los peregrinos del Viernes Santo. «En este momento—escribió más tarde »Wagner—escuché el suspiro de la profunda piedad, »que en tiempo ya pasado retumbó sobre la cruz del »Gólgota y que en la ocasión citada se escapó de mi »propio pecho».

La noche misma en que la figura de Parsifal toma en su cerebro de poeta su valor dramático y moral, idea Wagner los versos por los que Gurnemancio explicó cómo la Redención es un misterio maravilloso:

«Pero ¿de dónde llegas entonces,
entre qué paganos has vivido,
para no saber que hoy es
el augusto Viernes Santo?» [1]

dice el viejo Gurnemancio á Parsifal, que camina á

---

1 Traducción francesa de Mdme. Judith Gautier. Véanse también el libro de M. M. Kufferath, *Parsifal*, la obra de M. Hébert, *El sentimiento religioso en la obra de Wagner*, y una poética interpretación de la maravilla del Viernes Santo en la *Unión para la acción moral.*

la guerra con la visera caída; y como Parsifal inclina la frente, el anciano anacoreta prosigue:

«¡De prisa ríndete!
¡No aflijas al Señor, que hoy,
privado de defensa,
ofrece sangre divina
al mundo pecador como expiación!»

¡Es el Viernes Santo!... Un soplo de bondad salvadora reanima el viejo mundo, y Parsifal aguarda al abrigo del Monte de salud el instante en que resuene el eterno perdón de Jesús. El peregrino se estremece; recibe en cambio á través de lo infinito la bendición ideal. Ruega en silencio, y en la alegría de su éxtasis no siente las lágrimas ardientes que manan de sus ojos. Adora, perdona, un encanto delicioso le inunda, en tanto que Gurnemancio rocía su frente con agua clara. Después mira en derredor suyo. La naturaleza se ha vestido rápidamente con galas de fiesta. Las flores, los bosques, los prados, las espigas, las briznas de hierba y de musgo toman parte en el júbilo de todo lo que raciocina, y el himno grandioso que se eleva de la tierra regenerada llena el espacio y hace retumbar contra la bóveda celeste el eco de un reconocimiento universal. «Y con todo, en ese día de alar»mas y de luto—dice Parsifal—lo que vive y respira, »y germina, y nace y florece, debía derramar lá»grimas.» Pero esta felicidad unánime es el signo mismo de la Redención, como por un prodigio divino se perpetúa el recuerdo del sacrificio purificador.

«¿Por qué llorar—exclama Gurnemancio,—ya que la »sangre de Jesús borra nuestras faltas?»

**«Ya que la naturaleza purificada
recobra hoy su vida de inocencia.»**

Se la descubre, es la idea de Schopenhauer traducida bajo su forma más elevada, es decir, religiosa. Dilatando hasta sus extremos límites idealistas la doctrina ética del filósofo, Wagner debía expresar fatalmente sentimientos cristianos. La plática de Gurnemancio no tiene nada de ortodoxa, pero es profundamente religiosa, y á buen seguro que el cristianismo liberal del servidor del Santo Graal hubiera sido aprobado por los primeros discípulos de Jesús.

Á través del sufrimiento que enseña, y no obstante la tensión nerviosa reclamada por su música (*Parsifal* no es la mejor de sus partituras), descubría Wagner en esta ocasión á sus fervientes el centelleo de una felicidad verdadera.

Se ha podido decir con razón que *Parsifal* era una manifestación del espíritu evangélico y del sentimiento cristiano, alguna cosa como retractación del *Crepúsculo de los dioses,* y se ha podido hacer resaltar también la independencia de Siegfredo frente á frente de las divinidades del Walhalla, contrastando con la sumisión de Parsifal á Dios. Á esta religión de la compasión, anunciada por la obra última del maestro, se ha dado por M. de Wolzogen el nombre de neo-cristianismo.

Wagner no se rehace en el dogmatismo de las di-

ferentes iglesias cristianas; sobre ello nos ha dejado confidencias suficientemente afirmativas. Concede á lo sumo que el cristianismo primitivo es comparable como elevación moral á las doctrinas búdhicas, por las que profesa una veneración grande. En vano ostentar pruebas y oponer á nuestras investigaciones psicológicas un montón de documentos escritos y protestas contra los sentimientos cristianos que se le atribuyen; su obra le traiciona. Su pensamiento, tomando su fuerza concreta en un drama simbólico, desmiente el lenguaje del teórico.

Wagner en su producción traduce el espíritu de los evangelios; habla de su espanto, su admiración, su alegría ante el enigma eterno de la creación; es religioso en su sér más íntimo, en profundidades que acaso ignora su voluntad, ya que sus cartas nos suministran acerca de sus creencias indicios desprovistos de autenticidad.

En esta resurrección del espíritu religioso, el músico no es más que un instrumento de propaganda, ignorando las causas que le llevan, sin cuidado real de los resultados que prepara. Wagner desempeña en la primavera espiritual el papel que Napoleón jugó en la transformación política sufrida por la Europa en los comienzos de este siglo. Las dos grandes individualidades son en lo que atañe á la acción moral que ejercen sobre su tiempo, igualmente inconscientes y providenciales. La reacción violenta que se produce contra el hombre de guerra no dejará de manifestarse en algún tiempo contra el ar-

tista; los dos brillantes meteoros habrán tenido, al principio y al fin respectivamente del siglo, una misma fase de esplendor y sin duda un mismo período de decadencia. Napoleón derribó viejas barreras detrás de las que los hombres se irritaban de su existencia imitadora, libertó el espíritu humano de muchas trabas. Fueran los que fuesen sus creencias y su objeto y sus medios, no podemos negar que sólo él cumplió la levantada misión de la liberación intelectual. El conquistador, el destructor debía fatalmente sublevar el odio. La voluntad suprema no protege á los ejecutores de sus designios. No defiende más que su obra, y cuando está realizada, el *sér predestinado* no es otra cosa que un pobre mortal llamado á soportar la ingratitud humana.

La tarea de Wagner es eminentemente perecedera, pero la idea que *debía* extender ha inducido á muchas almas. Ha efectuado su entrada en nosotros por infiltraciones que desconocemos, á partir del día en que sobre la colina de Bayreuth los primeros peregrinos del Monte de salud vieron elevarse entre los caballeros orando la copa del Santo Graal. Hace cien años, la idea de los derechos del hombre se esparce por el hierro y el fuego; algunas malas consecuencias son imputables al eterno orgullo humano, no á la imprevisión divina. Hoy día, por una mágica invocación de poesía y de música, en medio de placeres de arte casi voluptuosos, se despierta nuestra inmutable necesidad de humildad delante del Creador.

Conviene, empero, insistir mucho sobre el hecho de

que Wagner no fué más que el autor inconsciente de este proceso religioso. Considerando así su trabajo rebajamos la grandeza de su intervención, pero no disminuimos la personalidad del poeta y del pensador. Su arte ha respondido verdaderamente á un menester superior, á un deseo inmortal de la humanidad. Por ello parece colocarse sobre nuestro tiempo y debe eternizarse como las obras maestras del espíritu religioso, como los dramas mitológicos de la Grecia, por ejemplo. Pero hemos dicho que las obras del músico de Bayreuth eran ante todo «obras de actualidad», y sus tendencias religiosas no hacen acaso más que acentuar el carácter. Si por una circunstancia imprevista su *Parsifal* ha despertado bruscamente los ardores espiritualistas del siglo; si es cierto que este poema de renuncia ha encendido de nuevo las antorchas místicas, ¿qué medio nos propone Wagner para mantener el fuego avivado? En esencia sólo servía la religión para iluminar su arte. No es religión puramente idealista la que predica, es religión estética. Pretende que los hombres comulguen en el arte y se eleven, por la sugestión de la belleza, sobre la vida cuotidiana. Ha especulado en *Parsifal* con el resto de adoración cristiana que nos quedaba, para embargarnos mejor y convencernos más rápidamente. Algunos han creído con sinceridad que el maestro les invitaba á la celebración de un culto. Se ha hecho con *fervor* la peregrinación de Bayreuth. Wagner había organizado únicamente una ceremonia artística, donde la religión, si entraba, era como un elemento poético

destinado á apoderarse con más seguridad de los sentidos y del espíritu. Al propio tiempo este neo-cristianismo de Wagner no debía llegar á las capas profundas de la sociedad. Podrá dominar imperiosamente á los inteligentes internacionales; podrá repercutir en la literatura, en la poesía, en la pintura contemporáneas; podrá suscitar en Alemania una escuela de ideólogos y filósofos, pero no acierta á *popularizarse.* Queda cerniéndose en esferas inaccesibles.

El simbolismo parsifalesco, imitación afectada de un ideal realizado hace dos mil años cerca, no obraba sobre el sentimiento, sí sobre la razón. Admitiendo que la masa se hubiera interesado, bien pronto se hubiese apartado. Á los pueblos les arrastra el ejemplo, no la seducción quimérica de una entidad. El símbolo podía sólo desviar á la mayoría de los hombres de la obra wagneriana. Los personajes del *Anillo de los Nibelungos,* de *Tristán é Isolda,* de *Parsifal,* viven una existencia trascendental que no puede ser comprendida por la medianía del público. Su alma, si se puede decir, se encuentra amasada con las convenciones efímeras de la filosofía reinante. El espiritualismo elevado de *Parsifal* se deriva del pesimismo de Schopenhauer. Ininteligibles para la gran multitud, asociados por diversos lados á las doctrinas arbitrarias de los pensadores contemporáneos, religiosos en el fondo, pero de religión impotente, prestada, y en todo caso reducida al papel material del arte, los poemas de Wagner parecen sellados para un olvido cierto. ¿Los preservará la música? La orquesta

debe en el nuevo drama musical comentar la acción, esclarecerla en el detalle psíquico. Cada personaje vive, con efecto, de una manera más intensa en la sinfonía que sobre la escena. Todavía aquí exige Wagner un esfuerzo á fin de que enteramente se descubra á nosotros la esencia de su drama. El *leitmotiv* no puede ser seguido, reconocido en la confusión de la trama orquestal, sino después de un estudio previo de la partitura. El goce musical producido por una obra de Wagner soporta grados, establecidos de un modo casi antiartístico. No es siempre más recompensado el que lleva á su audición la mayor suma de sentimiento, sino quien haya reflexionado más. Obrando su música fuertemente sobre los sentidos, se encuentra el auditorio en la obligación casi paradójica de gastar gran caudal de inteligencia para recibir el máximo de conmoción nerviosa. Antes ocurría con frecuencia — entre los maestros italianos — que los sonidos no estaban combinados más que para motivar un placer sensual; al menos no se exigía al aficionado toda una educación intelectual y artística.

No condenamos. ¿Cómo, por otra parte, juzgaríamos libremente á este artista gigantesco, de quien sufrimos todavía el alborotado prestigio, á quien debemos horas de alegría incomparable? Pero libertados cuanto es posible de la dulzura egoísta de los recuerdos, pensamos en la multitud y tratamos de explicar por qué las fórmulas del *leitmotiv,* las prescripciones de la nueva tragedia lírica, la obligada introducción del símbolo en el drama, los elementos

todos de Wagner, que excitaron por su originalidad hace treinta años y amenazan hoy con la imposición al arte de otras cadenas, podrían ver disminuir hasta una cifra muy pequeña el número de sus defensores y arrastrar al olvido «la idea de Bayreuth», estimada un instante por una revelación superior. El arte de Wagner es algo como el *Rheingold,* un imán irresistible y formidable para cuantos se le aproximan. Se ha luchado ásperamente por su conquista. Ha cautivado y herido á todos sus amantes. No ha dado alegría sino á cambio de dolor. Los hombres mismos acaso lo vuelvan á colocar sobre la «torre solitaria», donde algunos fieles serán admitidos sólo para contemplar su esplendor único y abandonado...

CAPITULO XVII

León Tolstoï.

Mientras el espiritualismo wagneriano avanzaba con rapidez aterradora en los medios intelectuales, el de Tolstoï brotaba silenciosamente del alma casi virgen de la Rusia. Wagner sólo debía influir en grupos de iniciados. Tolstoï pretendía obrar sobre el pueblo, no ya por sus escritos, sino también por sus ejemplos. En esa inmensa y joven Rusia, donde vastos espacios existen abiertos á la iniciativa humana, donde la acción se solicita de todas partes por empresas gigantescas, donde toda creación, toda innovación está asegurada de éxito, un hombre dotado maravillosamente bajo cualquier punto de vista tuvo el valor de renunciar á las prerrogativas del nacimiento, del rango, de la fortuna, para dedicarse al apostolado religioso y enseñar á los desheredados de la vida las alegrías del sufrimiento y del porvenir. En nuestro siglo utilitario un León Tolstoï acomete la obra de demostrar que los más grandes servicios practicados por la diplomacia, por la política, por la

industria al bienestar material de las naciones no valen lo que el socorro que un espíritu elevado presta á los pobres diablos, haciendo resplandecer en su alma un rayo de ideal consolador.

Rompiendo así con las tradiciones de su familia, aislándose de un mundo en que debían retenerle su educación y su cultura de espíritu, desconociendo de algún modo los medios aristocráticos y gobernantes de su patria, Tolstoï resulta al momento anarquista; y entiéndase bien que esa anarquía practicada por la unanimidad de los seres aseguraría en nuestra especie la calma social ambicionada desde tan largo tiempo. Desgraciadamente, en un país organizado, en una civilización apoyada sobre tradiciones seculares, no sabría ser más que una causa de turbulencias. No podemos apreciar con pleno conocimiento la influencia de las doctrinas de Tolstoï sobre el pueblo ruso; pero es evidente que no deben dañar á la propaganda de ciertas enseñanzas subversivas. En nuestras comarcas, donde son estimadas por los libros del maestro y no por el favor de su ejemplo; donde, por consecuencia, los intelectuales y dilettantes han sido los únicos que han podido conocerlas, se han opuesto ó mezclado á las reglas estético-religiosas del wagnerismo, han aumentado la confusión espiritual de nuestros tiempos, haciéndonos menospreciar más un número grande de convenciones que continuaríamos sufriendo, según las apariencias, pues que somos incapaces de reemplazarlas por lo que sea.

Ocurrió primeramente en las novelas en que el

apóstol ruso nos descubre los íntimos fervores de su sér. En *Ana Karénine,* de igual manera que en *La Guerra y la Paz,* la doctrina está esparcida, fulgura con resplandores brillantes en el desarrollo de ciertos hechos, sin iluminar por ello la obra entera de su encanto divino. Las relaciones de algunos muertos, por ejemplo, son de una expresión y grandeza trágicas inolvidables; durante toda la agonía del Príncipe Andrés, costeamos con el héroe los límites de lo infinito y apercibimos por los pasajes las regiones inmortales en que concluyen el terror y el sufrimiento humanos... Es preciso una inteligencia adiestrada para penetrar el espiritualismo de este arte; y cuando el sentido interior se ha desembarazado de esas epopeyas un poco confusas, pero de belleza incomparable, se conocerá mejor acaso el valor de la vida, mas no se sentirá ningún deseo de conversión religiosa.

Para esperar el resultado, creyó Tolstoï que debía renunciar al arte en el que Wagner veía la salvación. Desde el año 1878 consagró su vida á la propagación de sus ideas religiosas y morales. No profesa ningún exclusivismo, acepta todas las revelaciones, llama á los hombres de todos los cultos, sueña en la harmonía de todas las confesiones en la unidad del cristianismo primitivo. «Cualquiera que comprende la doctrina »de Cristo tendrá fe en Él, porque esta doctrina es la »verdad»—escribe en *Mi Religión.*—Más tarde, para hacer sentir mejor todavía la necesidad de una vuelta hacia las concepciones originales de Jesús, demuestra en sus *Evangelios* que Dios, siendo espíritu y de-

biendo ser adorado en espíritu, la meditación de los escritos santos debe bastar á los creyentes, reputándose como inútil todo culto externo. «Terrible es de»cirlo—había escrito anteriormente,—pero me parece »que si la doctrina de Jesús y la de la Iglesia que ha »colocado encima no hubieran existido nunca, aque»llos que hoy se llaman cristianos estarían mucho »más cerca que lo están de la doctrina de Jesús, es »decir, de la doctrina racional que enseña lo verda»dero de la vida.» Dicho «racionalismo» se atenuó posteriormente, ya que en sus *Evangelios* vemos dirigirse á Tolstoï hacia una perfección más y más religiosa.

Queda su religión puramente abstracta, casi intangible. Si nos recomienda leer el Evangelio es á guisa de dilettante. Nos aconseja, en suma, el ejercicio de la metafísica, más fortificante, lo reconocemos, que las otras, pero no señala á los hombres la cima desde la que cada uno podrá entrever los horizontes ansiados. Wagner, encarnando en su héroe Parsifal la gran idea moral del cristianismo, nos enseña mejor nuestras aspiraciones religiosas. Tolstoï sólo podía desarrollar, afinar, espiritualizar el deseo súbito, siendo impotente para comunicárnoslo con tanta claridad.

También queda su religión como moral toda ella. *Mi Religión* es primero una protesta contra los pesimistas, que «piden á la vida más de lo que puede »dar». Condenará asimismo Tolstoï á los nihilistas, enamorados de la nada, pues que cree que la felicidad es posible sobre la tierra con el concurso de un

alma religiosa. Es bastante curioso contemplar al moralista alzándose con energía contra una secta de filósofos, á los cuales, sin dudarlo acaso, ha prestado algunos principios. Su concepción de la vida es, como hemos visto, anárquica; el detalle de sus teorías nos le presenta igualmente como el peor de los revolucionarios. Piensa en el fin de los gobiernos, de las patrias, de las leyes sociales, de las propiedades, del arte. Sueño imposible, para cuya realidad sería preciso comenzar por destruir en la humanidad algunas de sus más preciosas facultades; sueño grandioso, por la pujanza de renuncia, por la virtud pacífica que atestigua, cuya belleza feroz ha llegado á turbar á quien se podía considerar como el adversario lógico del pensador: el Czar Nicolás II.

Este San Pablo de los modernos tiempos, el despreciador irreductible de nuestra decadencia, el enemigo de la ley escrita, el acusador infatigable y poderoso de nuestra culpable indiferencia moral, basa su religión sobre estos cinco mandamientos de dulzura y de indulgencia inspirados en la doctrina evangélica: No te irrites contra tu prójimo; no cometas adulterio; no prestes jamás juramento; no resistas á los malos; no odies á los hombres extraños á tu raza. Altruísmo que quizá no ofrece menos peligros que el individualismo intransigente de Nietzsche. La vida eterna, infinita, que anuncia Jesús, no es otra, para Tolstoï, que la vida de este mundo que nosotros transformaremos en vida idealmente feliz, idealmente buena, celestial en una palabra, arrancándola

de las necesidades interesadas de nuestra naturaleza. No nos preocuparán en modo alguno las solicitudes de nuestro egoísmo, nos consagraremos á los demás, estableceremos, en fin, sobre la tierra el universal proletariado de la fraternidad. Para mantener con toda su pureza y fuerza nuestras facultades de abnegación hacia la colectividad, evitaremos las afecciones y las amistades particulares. Aislaremos nuestra alma para fundirla mejor en el alma terrestre y buscaremos la alegría en aquella cultura interior, aspiración verdadera encaminada al infinito de los seres y de los mundos.

Observemos que el neo-cristianismo de Tolstoï ofrece una contradicción á la que el cristianismo primitivo no pudo substraerse. Es difícil de admitir que la solidaridad humana se desenvolverá por la separación más y más acentuada entre nuestro individuo y la gran familia humana. ¿Qué pide Tolstoï en práctica? Que vivamos solos, enteramente solos, sin amigos de ninguna clase en un mundo que nos ordena amar todo nuestro sér. Igual ideal reclamaban los primeros cristianos. Imposible vivir en el mundo sin amar, sin encontrar afecciones y ternuras á las que nos manda corresponder la naturaleza. ¿Qué partido, entonces, es necesario adoptar? ¿Abandonar el mundo, vivir con algunos seres en aspiraciones idénticas, privar á la colectividad de las fuerzas de que se dispone? Es el único recurso que se presenta al altruísta, tal como lo idea Tolstoï. Los primeros cristianos salvaron el dilema fundando claustros. ¿Quisiera

volver á esto el filósofo ruso? No lo creemos, y con ello su sistema moral pierde solidez.

Entre la filosofía de Nietzsche, que exalta la dureza, y el orgullo de Tolstoï, que enseña la inmolación, si no de nuestra voluntad al menos de una parte considerable de nuestras facultades activas — tan antisociales y tan antinaturales son la una como la otra, pues que el que se conduce como Jesús es un sér divino y el que obrara como Zarathustra sería un monstruo, — existe lugar para una moral verdaderamente más humana y que expondremos en el último capítulo de este libro. Sin renunciar á los goces ideales de la piedad, de la fraternidad y de la contemplación divina; sin cesar de llevar por guía la palabra de Jesús, se pueden saborear los placeres elevados de la inteligencia y del arte; no se comprometerá por ello la misión humana, no se perderá de vista que una ley superior nos domina. La religión cristiana se impuso por la grandeza estética de su concepción, y el neo-cristianismo se ha esparcido merced á una obra de arte. Las especulaciones religiosas de Tolstoï no satisfarían á provocar tal milagro.

El autor de *La Guerra y la Paz* no se ha detenido ahí. Predicando prácticamente se hace labrador; vive la existencia penosa de los aldeanos rusos ó mujiks; hombres modestos, llegan, atraídos por su virtud hermosa, en demanda de luces para su espíritu, y su palabra somete en la esperanza á centenares de seres que se decían vencidos de antemano por ignorar los tesoros ocultos en las almas descuidadas.

No sabemos hasta qué punto la colonia de Tolstoï habrá encontrado la felicidad evangélica prometida por su fundador. Cierto es que el ejemplo dado por el maestro y por todos los humildes labradores que le rodean será una de las más altas tentativas morales de este siglo y hará perdonar muchas caídas y vergüenzas contemporáneas; pero si el principio superior que fortalece la fraternidad en esa comunidad libre posee la mansedumbre original de la doctrina de Jesús, afectan sus aplicaciones á nuestros ojos un carácter de dureza, de intransigencia, de puritanismo que el libre espíritu de nuestro tiempo y de los futuros no consentirá aceptar como indispensable á la alegría del alma. La religión de Tolstoï ha nacido indiscutiblemente de la filosofía pesimista y se eleva por la fuerza misma de la amargura y desesperación modernas. No puede reunir en su seno más que almas desilusionadas, saturadas de todos los excesos, ó almas vírgenes que no disciernen el valor de las respectivas religiones y no quieren aspirar otra cosa que la esencia religiosa.

Las almas sanas, personales, rehusaron adoptar el pesimismo de Tolstoï, considerar la humanidad actual como una nada vana donde todo está por crear y por construir. No condenarán irremediablemente el trabajo infatigable de los sabios y la fe profunda de algunos artistas modernos. Si soportan la universal fatiga, si deploran los extravíos de la conciencia social y las consecuencias funestas de un individualismo llevado al extremo, conservarán bastante luci-

dez para distinguir en el tormento los esfuerzos apasionados del sacrificio y de los admirables deseos de un nuevo ideal. Tolstoï no ve en nuestro arte más que una imitación de la belleza antigua y lo estima muerto antes de nacer. Su religión misma es el reflejo lejano y debilitado de una concepción milenaria. Dentro del dominio religioso no ha superado en innovaciones á un Ricardo Wagner. Su mérito lo constituye el haber libertado la enseñanza evangélica de su velo de falsas interpretaciones. En este tiempo de impotencia creadora — circunstancia sensible, especialmente en el campo de acción de la imaginación pura: arte, literatura, filosofía, - el rumbo más acertado que podríamos seguir en muchos casos es el de remontar lo más lejos posible el curso de la producción intelectual ó estética, interrogar á los «ins»tintos» del pasado é interpretar su sentimiento con las solas fuerzas de nuestra individualidad. ¿Quién negará que Puvis de Chavannes, discípulo sumiso del admirable Giotto, alcanzó las cumbres más luminosas del arte?

Nunca ha sido tan grande como en nuestros días la confusión de los espíritus; y sin embargo, ciertos hombres han sabido oponer una energía triunfante á las corrientes contradictorias y llevar, en medio de la agitación desenfrenada de las muchedumbres, una existencia de recogimiento, de calma reflexiva y estudiosa, una vida pura y recta, que quizás servirá para sus semejantes de ejemplo fecundo y que en todo caso tendrá frente á frente del porvenir el va-

lor de una excepción poderosamente purificadora. Nuestra era, que es de las muchedumbres, también es de las excepciones. Tolstoï figura como una de éstas, magnífica y tenaz, la más característica y la más sorprendente de todas las que dominan la tempestad presente de los espíritus. ¿Qué resta esperar de su desdén acusador y de su altruísmo rígido? ¡Ay! sin duda pocas cosas. El solitario de Pathmos profirió sublimes amenazas contra la humanidad criminal, y su voz terrible no sofocó, sin embargo, lo infatigable de nuestras pasiones y de nuestro orgullo.

CAPITULO XVIII

La unión para la acción moral.

M. Pablo Desjardins, autor del *Deber presente*, ha dado á la juventud francesa un jemplo inspirado en el de Tolstoï. Literato de talento, ha renunciado completamente al arte cuando el éxito le esperaba; ha resistido todas las seducciones de la gloria parisién, para poder conducir rectamente con sus funciones de profesor la alta empresa espiritual que se ha fijado. Auxiliado por J. Lagneau y por algunos discípulos celosos, fundó hace siete ú ochos años la *Unión para la acción moral,* que cuenta hoy cerca de ochocientos miembros, posee un local, una biblioteca y publica mensualmente un *Boletín.*

«Creamos con toda claridad, sin intención segunda »y sin ningún misterio — decía J. Lagneau,— una »unión activa; un orden laico militante del deber pri»vado y social, núcleo viviente de la sociedad fu»tura.» La unión ha crecido, ha sufrido crisis penosas, no ha podido vivir de un modo permanente en

las regiones de la solidaridad absoluta, y se ha encontrado empeñada en polémicas, algo á pesar de ella. No refleja menos, en su programa de espiritualismo un poco indeterminado, las tendencias más nobles de la juventud francesa, y se puede lamentar que, después de ocho años de existencia, sólo sea conocida de un grupo relativamente restringido de filósofos, de profesores y de escritores.

En su carta-manifiesto dirigida al Cardenal Rampolla y aprobada en audiencia privada del día 19 de Septiembre de 1892 por el Papa León XIII, M. Pablo Desjardins escribía estas palabras: «Francia se des»vía del positivismo teórico ó práctico, de la inda»gación exclusiva de la felicidad en el goce, de un »cierto giro, en fin, de espíritu refinado, negador y »escéptico, que habían sido para nosotros motivo de »vergüenza al propio tiempo que un origen de reba»jamiento nacional. La influencia de los maestros de »aquella época anticristiana, antiespiritual, está en »baja declarada cerca de la juventud... La encíclica »*Rerum Novarum* enseña que la raíz, el germen pro»fundo del mal social es una alteración de la concien»cia moral entre el gran número y un olvido de la »ley divina del amor... Por tal razón hemos consti»tuído una milicia libre de franceses igualmente con»sagrados á su patria y al progreso de la humanidad, »en modo conforme al espíritu de Jesucristo, tal como »Él brilla en su enseñanza y su muerte adorables.» Para permitir á todas las buenas voluntades agruparse alrededor de la suya, M. Desjardins, tomando

por base de su programa la doctrina cristiana, se abstiene de recomendar ninguna *práctica* religiosa. Únicamente ha dado, para la aplicación de su moral, una enseñanza muy poco precisa. Como el Conde Tolstoï, ha realizado un esfuerzo admirable para «des»cubrir el sentido y el valor de la vida», ha auxiliado algunas almas escogidas para mostrarlas de nuevo los resortes de su ciencia, ha permitido, á quienes animaba un deseo de perfección moral, reconocerse y considerarse. «Procuraremos ser sinceros, popula»res, sencillos, ó de una sola palabra humana.» Hasta hoy, los miembros de la *Unión para la acción moral* no están acaso suficientemente instruídos al efecto de cumplir este requisito de su programa.

Ensayemos, no obstante, dar una idea clara de sus principios morales, ó al menos de las doctrinas que reunen el mayor número de adeptos, pues que sobre muchas cuestiones de interés social ó personal se producen divergencias en el seno de la joven Asociación, divergencias expresadas siempre libremente, no queriendo la Unión «encadenar las conciencias».

Los discípulos de M. Desjardins creen en un solo Dios, á este Dios le interrogan en la soledad de su alma para conocer la sublime verdad que permanece por descubrir. Escuchan además todas las voces, las de la solidaridad, de la justicia, de la piedad. Su moral es un altruísmo apasionado. El individuo se consagra al conjunto; pero si existe en alguna parte un sér injustamente castigado, «no hay intereses de un hom»bre, de un grupo, de un partido, de una patria

»misma que sean válidos contra ese justo» [1]. Se distingue aquí el vestigio visible de las teorías perfectamente anarquistas de Tolstoï, que son como la dilatación suprema del individualismo democrático del siglo décimonoveno.

Dicha influencia se reconocerá en la fe que profesan los individuos de la *Unión para la acción moral* respecto al establecimiento de una patria universal, en la que reinaría, libre de preocupaciones de fronteras, y de razas y de religiones, una sana y fecunda fraternidad. Han tratado de conciliar con la idea de patria la creencia en la solidaridad estrecha de todos los hombres. Por desgracia, la corriente cosmopolita que atraviesa el mundo moderno debe romper fatalmente todo esfuerzo hacia una unidad nacional, y si el esfuerzo queda aislado no se propaga á la masa. Sólo hacemos constar un fenómeno cuyo rigor inevitable lo justifica la historia. Es preciso elegir entre

---

1 Sobre este punto, ante todo, cierto número de miembros de la *Unión para la acción moral* han creídodeber hacer las más expresas reservas. El reciente asunto de traición que ha turbado la Francia, y que ha mostrado en toda su fealdad algunos de los vicios incurables de nuestro tiempo democrático é irreligioso (medianía del régimen parlamentario, envilecimiento completo de la prensa, incertidumbre de los espíritus, impotencia de la Autoridad judicial, etc.), ha provocado una escisión entre los miembros de dicha Asociación, los unos adoptando el principio de M. Desjardins, ó sea colocar el interés del *Justo* por encima del interés colectivo, los otros, con M. Pujo, declarándose puramente contra esta *doctrina anárquica*.

una patria particularista, fuerte en sus elementos homogéneos, limitada en sus términos estrechos, y la patria universal y anárquica tal como la sueñan varios idealistas contemporáneos. No hay medio. Desde que una raza recibe un aflujo de extranjeros demasiado abundante, pierde su vitalidad y su originalidad, pues que no se asimila por entero los principios nuevos que la penetran[1]. La energía social disminuye no hallándose estimulada por hombres á quienes larga tradición étnica liga al suelo; la cohesión

1 "El hombre moderno moral vive de sensibilidad inquieta: el hombre moderno social vive de espíritu crítico y de la negación de la autoridad. El hombre del porvenir combinará estas cosas y se bastará á sí mismo. Si hablo para los de la vieja Europa, agrego que el internacionalismo es su forma inevitable, su cuestión de vida ó muerte. Es una hipocresía criminal el motivo de arrojar al pueblo crédulo la idea de que internacionalismo y "sin patria" es la misma cosa. Todo lo contrario. Es la dilatación de la patria, es el olvido de las fronteras entre los Arios, entre hombres de raza germano-latina. La patria esencial del hombre del porvenir no está ni aquí, ni allí, al grado de los ríos y de las montañas; está en él. Es el país santo y admirable de la responsabilidad, de la sensibilidad purificada por el dolor y del sentimiento del derecho. He ahí la patria que no cambia y que llevamos en nosotros mismos." — (Camilo Mauclair, conferencia en Bruselas).

Se sabe que una reacción viva se ha producido contra este deseo de universalización, consecuencia, no sólo de las creencias democráticas, sino también de la política, que lleva á los hombres de Estado de nuestro siglo á unificar territorios, á fundar grandes patrias (Austria, por ejemplo), para razas diferentes.

de los intereses, de las ambiciones, de las virtudes, se debilita; el genio histórico de la raza sufre transformación radical, al punto de no conservar el menor rasgo personal. Fué lo ocurrido en la Roma antigua, que á partir del siglo tercero entró en el camino de la decadencia por causa del excesivo número de extranjeros llegados á la capital del imperio para buscar fortuna.

En un artículo publicado por M. Mauricio Level yo compruebo, por lo demás, que la *Unión* ha terminado por establecer una distinción muy pura entre las razas y las nacionalidades. «El principio de las »nacionalidades es entonces muy superior—escribe— al de las razas, y *en el caso contrario, no lo olvidemos*, »la Alsacia y la Lorena pertenecen legítimamente á »Alemania... Lo que crea cada día más Francia, es »la ascensión hacia una humanidad más alta de las »razas que contiene y de las que será el porvenir, no »la exclusión, sino la fusión... Para ser diversamente »comprendida, la idea de la patria no habrá de ser »menos viva y menos eficaz, y la abnegación de un »protestante como Denfert-Rochereau, de un judío »como Franchetti, ó de un católico como de Sonis, no »justificará en menor grado la clara intuición».

Si la inteligencia humana ha de abrirse á esos grandes problemas; si ha de acoger las ideas de renovaciones; si ha de consentir en aquella elevada vida espiritual que se la reclama en el porvenir, será indispensable purificarla por la educación, obra primera y en el fondo la más práctica, encontrándose el

hombre para formarse. Los maestros se interesarán sobre todo en el desarrollo del querer vivir del alma, y entended bien que su método será religioso. «Es »tiempo — escribía M. Gillotín, Director de escuela »pública en París, en uno de los primeros *Boletines* »de la *Unión* — es tiempo de protestar contra una »educación miope, sistemáticamente depresiva, na»cida de la filosofía materialista, naturalista ó posi»tivista, que eleva al niño en perspectiva únicamente »de las necesidades materiales y morales de una vida »concebida y estrechamente limitada en el campo de »su actividad animal y terrestre. Educación seme»jante deja perecer de anemia la vida superior del »alma. La educación debe vigorizarse en alguna »creencia profunda, en una concepción ideal, reli»giosa y consoladora del mundo y de la vida. El sen»timiento desanimador de la insignificancia de la »vida es la consecuencia fatal de la filosofía reinante, »es la última palabra del materialismo y del escep»ticismo.»

La aplicación misma de este método ha sido objeto de controversias en el seno de la *Unión*. ¿Es preciso enseñar á los niños las religiones, revelándoles al instante la inutilidad de los dogmas, haciéndoles simpatizar solamente con la profunda verdad de los símbolos? ¿Es preciso únicamente «extender la intui»ción» ó considerar las revelaciones sobrenaturales como un todo intangible? Se puede sentir que la *Unión* no haya utilizado en esto el partido más francamente reaccionario y que haya probado por el me-

dio de sus principales representantes—M. G. Séailles, entre otros,— un espíritu demasiado crítico y demasiado librepensador. Si os comprometéis á no mostrar al niño más que la grandeza moral de los cultos y no permitís á su joven imaginación admirar libremente, exclusivamente, la belleza objetiva, la envoltura poética, el encanto legendario de las creencias de los antepasados, le desalentáis; abreviemos razones: le fastidiaréis tanto como un profesor de filosofía. Es indispensable que las religiones mantengan para las inteligencias jóvenes su forma dramática; bajo esta condición los símbolos se grabarán en la memoria de los niños y las divinas invenciones dejarán en la inteligencia de los hombres la huella de su perfume consolador. La duda y el deseo de análisis se introducirán siempre en nosotros con bastante rapidez. La amenaza de una «vuelta á las viejas supersticiones» está descartada; no se debe entonces vacilar en enviar los hijos á la iglesia, al templo ó á la sinagoga. Los sacerdotes entretendrán sus almas jóvenes con historias maravillosas; no comprenderán al momento el sentido profundo, pero lo guardarán como un tesoro ignorado de ellos mismos, y del que la preciosa valía no se revelará hasta más tarde, cuando su vida haya sufrido los primeros golpes del destino. Leamos poemas para consolarnos, para olvidar en la exaltación espiritual los rudos combates de la vida. ¿Existe relación más sublime que la de la Pasión de Jesús, y no es bueno tener constantemente presentes en el espíritu sus escenas, para encontrar ejemplos de

olvido y de fuerte resignación? ¿Y no creéis que la moral de Cristo, enseñada en el marco hermoso de la iglesia gótica, debe producir una impresión mucho más honda y más definitiva sobre los jóvenes cerebros que los preceptos enunciados por un maestro indiferente entre los muros fríos de la escuela?

Hijo de una generación atea, yo he sido educado como librepensador. Atravesando un día en las primeras horas de la tarde la iglesia de Saint-Germain l'Auxerrois, escuché ruido de voces en una de las naves laterales. Un sacerdote, con palabras muy sencillas, daba lección á los catecúmenos congregados en la capilla. Su timbre grave vibraba dulcemente en los arcos de la bóveda. Los niños le escuchaban con piadosa atención. Una luz débil iluminaba la nave y proyectaba reflejos sobre los candeleros de cobre y los ornamentos del altar. Un gran misterio de bondad y de eternidad se cernía sobre las cosas. De repente las voces infantiles entonaron un cántico que subió á la alta bóveda como música celeste. Me sentí oprimido por una turbación grande, mi corazón se fundió en una sensación de felicidad pueril y lágrimas corrieron sobre mis mejillas. Comprendí ese día cuán superior es la moral de la Iglesia á la del Estado, y por qué sólo ella puede sembrar poesía y belleza en nuestra vida.

Se dice que la religión debe ser reservada á las pobres gentes, pero es una religión para los pobres lo que se pide, una religión que reclama simplemente un esfuerzo de ternura y de amor. ¿Es esa la que M. Desjardins busca? Ha quedado en alturas intelectuales

que los humildes no pueden trepar, ni tampoco apercibir. No basta, para disfrutar todo el encanto de aquel delicioso retiro espiritual que M. Desjardins ha fundado para él y sus amigos, ser de buena voluntad; se necesita seguir las conversaciones sutiles de los sabios doctores, responder á las preguntas que se plantean, no como apasionado ó sensitivo únicamente, sino con todos los recursos de una razón bien madura y de una elocuencia cursada en la dialéctica. En esa academia donde se adora el arte, por ejemplo, menos por las emociones que promueve que por la alegría valiosa que se experimenta al analizarlas, se aventura mucho no volver á encontrar un consuelo serio si no se está ejercitado de antemano en la discusión filosófica ó religiosa. Lo que falta á la iglesia de M. Pablo Desjardins es un confesor bien sencillo que sepa por algunas palabras puras y firmes determinar la causa de nuestro abatimiento y encontrar después, para relevarnos de nuestras decepciones y consolar los sufrimientos comunes — no son siempre ¡ay! los menos temibles,—la palabra de bondad ingenua, de *divino amor*, brotada directamente del corazón y no deducida del formulario casi hermético de una comunidad particular.

CAPÍTULO XIX

Decadencia y superstición.

Una necesidad universal de creer acomete irresistiblemente á la humanidad, é incapaces seríamos de formular con exactitud nuestra creencia; deseamos todos una regeneración de nuestras almas é ignoramos si un espíritu de bondad más poderoso y más imperioso que el de Jesús puede realizar el milagro. En nuestra turbación arrojamos miradas sucesivamente hacia las religiones más puras; pero las formas de todos los cultos parecen condenadas, y quedamos reducidos á ocultar á los sacerdotes la adoración profunda que nos inspira el simbolismo admirable de sus iglesias. Acaso se cumpla un gran misterio de renovación. Deseando todos la bienhechora llegada de un nuevo medio de las almas, llevando todos en sí la aspiración de un idealismo superior, nada denuncia á nuestros pobres espíritus de qué esencia será la futura ley, en cuál país aparecerá ó apareció ya el Dios nuevo, qué principios supremos nos serán prescritos. No es la ciencia quien nos reserva la sor-

presa maravillosa de una desconocida certidumbre sobrenatural; los sabios han confesado que ignoraban las causas primeras y que no podían corresponder á nuestro deseo atónito de una existencia superior más que con hipótesis quiméricas. ¿Vendrá á salvarnos entonces un manual de moral abstracta? ¿Acabará la multitud por escuchar preceptos semejantes á los de Tolstoï, y de Desjardins y de Maeterlinck? ¿Penetrará la masa en algún día el sentido de ese espiritualismo delicado y demasiado ingenioso? No. Es una «revelación» lo que esperamos; es un ejemplo de sacrificio, un acto divino que arrebatará la grande imaginación popular y ofrecerá á los sabios doctores el medio de fijar sobre una base histórica un nuevo *credo*. ¿Quién negará que nuestra filosofía ha explicado muchos fenómenos psíquicos y que la ciencia nos ha hecho conocer mejor el organismo del mundo? ¿Y quién se atreverá á pretender que la solución del «gran problema» ha progresado? ¿Qué falta así para afirmarnos una vez más sobre nuestro origen divino, sobre la nobleza de nuestra alma? Que uno de nosotros ejecute acción sobrehumana, que la inspiración suprema descienda á algún corazón heroico, y de esta manera nos sea evidenciado de nuevo el poderoso vínculo espiritual que nos une á Dios.

Tenemos sed de religión, ya que sufrimos por no profesar ninguna; he ahí lo que parece establecido. ¿Qué debía darnos la ciencia? Debía manumitirnos de la sumisión en que voluntariamente estamos colocados enfrente del poder supremo, debía sacarnos de

nuestra insuficiencia, de nuestra *menor edad.* «El »género humano—dice Guyau—ha tenido necesidad »durante largo tiempo de crecer, como el individuo, »bajo una tutela; en tanto que la ha sufrido, observa- »mos que no podía dejar de apoyarse sobre la idea »de una providencia exterior con relación á él y al »universo, apta para intervenir en el curso de las »cosas y para modificar las leyes generales de la na- »turaleza por sus voluntades particulares. Después, »mediante el progreso de la ciencia, se ha visto obli- »gado á quitar cada día á la Providencia alguno de »sus poderes especiales y milagrosos, alguna de sus »prerrogativas sobrenaturales... La ciencia, aprisio- »nando á la Providencia en redecilla cada vez más »tupida con sus leyes inflexibles, la inmoviliza y la »paraliza, por decirlo así. Se asemeja á los ancianos »á quienes la edad ha hecho incapaces de moverse y »que sin nuestra ayuda no pueden utilizar uno solo »de sus miembros, que viven por nosotros y que, sin »embargo, pueden ser tan amados como si su exis- »tencia nos fuera más preciosa á medida que es más »inactiva.»

Es á los ancianos ¡ay! á quienes imploramos hoy consejo, apoyo y consuelo. ¿Qué se reprocha á las religiones? Envilecer al hombre haciéndole temer una justicia suprema de la que nada nos prueba su existencia, haciéndole adorar después símbolos ridículos, inventados por los sacerdotes y destinados á satisfacer nuestros instintos groseros de idolatría. Pero esa *justicia suprema* la encontramos en las especulacio-

nes más hipotéticas de la filosofía evolucionista. Las «conciencias», sobreviviendo al individuo, ejercerán acción sobre la especie humana, nos obligarán á ser mejores, penetrarán, en fin, en el fondo de todos los hombres y establecerán esa palingenesia universal, tan ansiada por los grandes cristianos contemplativos. Seríamos los dóciles instrumentos de nuestros antepasados. Pero entre los espíritus hay sin duda algunos guías, y entre todas las almas vive la suprema. He ahí Dios, Javeh, Alá, reconocidos.

Tenemos enumeradas algunas de las soluciones que solicitan nuestra inteligencia, pero el alma, que en todo esto representa el papel principal, sólo aspira al reposo. En medio de las contradicciones, de las querellas, de las argucias vanas, se percibe elevarse un rumor persistente y cada vez más sonoro. ¡Paz, paz! se grita en todas partes. Pronto el voto inmenso de una humanidad reconquistada á la fe dominará las otras solicitudes. Las almas perdidas en el océano de la duda desean con ardor ese puerto de salvación que nadie puede entrever y que todo el mundo adivina muy cerca de sí. No se cree en la divinidad de Jesús y, sin embargo, Cristo es un saludable ejemplo para todos; no se cree en los sacerdotes y, no obstante, les dirigimos de nuevo nuestra confesión suprema. El aparato del cristianismo cae de vejez y esperamos, á pesar de ello, curaciones. Volvemos las miradas hacia un cielo espléndido iluminado por la aurora resplandeciente de una comarca nueva, y tememos abandonar la tierra cristiana, que fué para

nuestra especie hospitalaria casi durante dos mil años.

*
* *

Pablo Verlaine es como el alma misma de esta humanidad dolorida y suplicante. Simboliza nuestra angustia y nuestra precisión de sosiego. Toda la miseria vergonzosa de nuestro tiempo está en él, y también todo el deseo de purificación moral. Vivió paria, impotente é indigno, de limosnas arrojadas con desprecio, cayó en el infierno de las pasiones innominables, se embriagó con sueños obscenos ó con bebidas para olvidar su martirio terrestre... Ha escrito: «Yo soy »el Imperio en el fin de la decadencia,» se le llamó »el Heliogábalo» de la literatura contemporánea, pero no tuvo en la inmoralidad de su vida y de su arte nada que recuerde la magnífica grandeza de la lujuria romana. Su locura no presentó los esplendores imperiosos y grandiosos de la erotomanía antigua. La paseó de cervecerías en cervecerías, de zahurdas en zahurdas, y á veces la pidió algunos momentos de descanso sobre una cama del hospital. Considerando su alma bajo este aspecto único, resulta baja, la más baja que es posible imaginar, sin fiereza en la falta, cobarde y vil en la lucha, alguna cosa como el desperdicio más horrible de nuestra época democrática... Un día se hace la luz en el cerebro quebrantado del poeta. Su falta le aparece tangible. Su expiación fué ejemplar. Se confesó públicamente, se retrajo del mundo, y aislado en una celda blanca, en-

frente de un humilde Cristo de marfil, del que la imagen no le abandonaba por las noches, y bajo cuya mirada se abría su alma en florescencia de bondad, y de ternura y de arrepentimientos, vió el signo de la divina esperanza...

Mientras Wagner revelaba el misterio del Viernes Santo en el cuadro maravilloso de su tragedia lírica y Tolstoï ensayaba conducir la ortodoxia griega á una especie de liberalismo evangélico, el doliente y genial escritor francés componía un poema de devoción tan confidencial, tan popularmente místico en algunos pasajes como la *Imitación de Jesucristo*. Pero ¿quién podría creer en la sinceridad de un Pablo Verlaine? ¿Quién sospechar que el pecador miserable, el pobre Lèlian, degradado por repugnante disolución impura y maldita, había sido elegido para recordarnos en *Sabiduría* una parte de las verdades eternas? ¿No le disponía su vida, asquerosamente dolorosa, más á la blasfemia que á los actos de contrición? ¿Por qué milagro, «el más patético de toda la historia religiosa y »humana,» — ha escrito Mr. Rodenbach, — el poeta maldito había podido recibir la Santa Comunión?

He aquí de qué manera el monje de la *Imitación* ha dicho primeramente su temor infinito de Dios: «Hijo »mío, es preciso amarme,» —le ha expresado el Maestro. —Y el poeta ha contestado: «¡Yo, amaros! Yo tiem»blo y no me atrevo. Yo soy indigno.» —Y Dios ha replicado:—«Es preciso amarme.» Y de igual modo que el teólogo medioeval había escrito: «No hay más que »un bien, pero soberano, principio de santidad y feli-

»cidad, el amor; no hay nada en el cielo ni sobre la »tierra más dulce que el amor; nada más fuerte, más »elevado, más vasto, más agradable, más completo »ni mejor»; de igual modo el pobre Lèlian, en efusiones apasionadas, describe el amor de Dios. Durante seis años se hinca de rodillas humilde, sumiso, servidor sincero y celoso delante de su Cristo y de las estatuitas de la Virgen; durante seis años se rehace él un pensamiento, un alma, se recrea en las claridades seráficas de una infancia nueva; durante seis años su cuerpo purificado se aquieta en los misterios sagrados de la religión cristiana.

¿Encontró verdaderamente la calma? Sus ansias místicas ¿eran los gritos encubiertos del arrepentimiento? La religión pudo en él inspirar al artista, pero no acertó á corregir al hombre. El admirable Verlaine, que habla de Dios con tanta suavidad y harmonía como San Agustín, Santo Tomás de Aquino ó Santa Teresa; el cantor sublime de *Sabiduría*, volvió á su cieno primitivo, y á veces, en las horas de borrachera melancólica, chanceó de Dios, que había recogido su confidencia y lavado sus llagas. Cierto es entonces que la era de las conversiones ha pasado, que la palabra del Cristo acabó de impresionarnos y que su gracia divina no obra más aquí abajo. Verlaine ¿interpretó nuestra esperanza? Reconocido entre la multitud como el más sufrido y miserable, le permitió Dios penetrar en un instante de su vida el secreto del celeste amor. ¿Cuál no sería para nosotros el ejemplo, si hubiera perseverado en el camino de la

Iglesia? ¡Cómo su voz hubiera arrastrado fácilmente á los irresolutos y á los escépticos! Su caída última, ¡qué decepción! fué nueva amargura para los que esperaban ver reflorecer todavía la cruz de los peregrinos extraviados sobre los derroteros de la vida.

Se ha dicho que en Pablo Verlaine revivía el alma de esas pobres gentes de Palestina, cubiertas con todas las faltas y todas las fealdades, «que siguieron »á Jesús sin largos razonamientos, porque les parecía »bello y por que hablaba á sus cerrados ojos» [1]. La candidez y el vicio se agitan, en efecto, de la misma manera cuando se les aparece una luz de belleza divina. Esos enfermos, esos penitentes de Palestina, yo los veo en la admirable *Moneda de los cien florines* de Rembrandt. En un patio sombrío y desnudo como su vida exponen su angustia y sus heridas. Á la derecha los viejos y las mujeres se arrastran con fiebre hacia el Salvador; una pobre muchacha se encuentra caída, agonizante, y apenas halla fuerza para levantar sus brazos en actitud de súplica; á la izquierda un grupo más determinado, donde se distinguen perfectamente algunos concurrentes indiferentes y escépticos. Uno de los primeros se destaca de la multitud. La frente descubierta, el busto inclinado, ha llegado cerca de Jesús, á quien parece dirigir la palabra. No sé por qué, su cráneo calvo y abollado, sus cabellos raros, su nariz socrática, su barba enmarañada, me hacen pensar en Pablo Verlaine...

---

1 Julio Tellier: *Nuestros poetas.*

El Cristo parece tenderle la mano, pero el mendigo andrajoso no se atreve á tocar los dedos delicados con una finura sobrehumana. Y en el brillo sublime que le circunda, el semblante de Jesús recibe una expresión de inolvidable mansedumbre: «Ámame, hijo »mío», murmuran sus labios,

Yo te haré gozar sobre la tierra mis primicias,
La paz del corazón, el amor de ser pobre, y mis tardes
Místicas, cuando el espíritu se abre á las tranquilas esperanzas...

»Y la multitud ávida, miserable, maldita, que le ro»dea, llena de humilde ruego y de inmensa turbación, »espera temblando». Aquél tan próximo al Señor ¿se estremece de alegría como los otros? Una marca de ironía continúa flotando sobre su rostro doloroso, y se puede suponer que, desdeñando la voz santa, volverá cerca de los burlones é impenitentes.

Así hizo Pablo Verlaine. Como su siglo, creyó en toda curación imposible. Por tal causa se le ha comparado injustamente á los doctores místicos de la Edad Media, que, queriendo á todo trance demostrar la existencia de Dios, encontraron en su amor hacia Jesús, Dios real y un instante viviente, el descanso de sus ardores y el olvido de su angustia moral. Si los enfermos de Rembrandt sufrían heridas físicas, é imploraban no fueran recordados sus crímenes pasionales, los doctores se morían de un mal ideal, misterioso y casi incomprensible. Estaban estas tristes almas aisladas, «aprisionadas en una celda sombría, »afrentosa», implorando sin cesar aquella luz de la que habla Gerson, «luz divina que, resplandeciendo

»en los altos lugares, se introduce á través de las »estrechas hendiduras de la muralla, como los fuegos »del relámpago que barrenan rápidamente las nu- »bes y luego desaparecen». La luz era Jesús mismo, que ellos querían ver y escuchar en sus horas de éxtasis, para engañar la duda que se les introducía. Cuando el milagro de la aparición se producía, permanecían para la vida entera adquiridos en la gloria del Salvador. Algunos disipados cándidos obtenían la paz del cuerpo por la súplica y se hacían santos. Así Raimundo Lulio, el doctor iluminado, que se convirtió al cristianismo después de una vida licenciosa, realizó tres veces el viaje de África y murio mártir á los ochenta y un años. Había sido parecido á las «pobres gentes de Palestina» antes de convertirse en *doctor illuminatus,* ejemplo milagroso de fe y de sacrificio.

¡Ay! Lèlian no murió mártir y no atrajo á su creencia gran número de gentes. El simbolismo de Wagner y el cristianismo de Verlaine, mal interpretados los dos y combinados en una mezcla absurda, ejercieron una influencia deplorable en Francia sobre la literatura de imaginación. Los naturalistas, lamentando que su género pasara de moda, trataron de llevar la fama, haciendo objeto de sus trabajos materias religiosas, como si la elección de una acción, de un medio ó de un personaje diese á la obra de arte una atmósfera correspondiente. No se consigue aquélla procurando extenderla los lectores en las iglesias de París y después en los conventos trapen-

ses, ni porque, á guisa de comentario y de episodio, se intercale en el relato de novela mística una página latina de la colección de los Bollandistas, aunque la haya imaginado el Espíritu del Señor. Uno de aquellos que tan voluntariamente revelan la antigua religión católica ha encontrado, para designar al más célebre de nuestros convertidos, un calificativo enteramente justo: «enredador del éxtasis». Huysmans, León Bloy, los dos con talento asombroso, no son otra cosa que enredadores del éxtasis. Descienden de Barbey d'Aurevilly, de Baudelaire, y no de Chateaubriand. No es el sentimiento delicioso de Verlaine lo que les ha impresionado, sino el éxito literario de su obra *Sabiduría*. Sí, han hecho con la Iglesia un *matrimonio de conveniencia*. Sólo esto debe bastar para colocar en duda la sinceridad de su religión; y si el catolicismo renace, si se restaura una nueva vez la catedral gótica, los bellos *condottieri* de la fe caracolearán alrededor del viejo templo, pero no levantarán la menor carga, no conducirán la menor piedra al edificio...

El mundo no los escuchará, y su voz débil irá á perderse en el soplo ruidoso de nuestros lamentos incesantes.

*
* *

Los lamentos del mundo moderno, donde se confunden gritos de esperanza y de duda, ostentan semejanza extraña con el prolongado suspiro de agonía que lanzó el mundo antiguo durante la decaden-

cia del politeísmo greco-romano. Entonces, como hoy, el principio religioso se debilitaba de año en año. Con diferencia escasa se podría aplicar á nuestros estados diversos de creencia lo que un historiador ha dicho de la sociedad antigua: «Todas las formas del culto »eran consideradas por el pueblo como igualmente »verdaderas, por las gentes instruídas como igual»mente falsas y por los magistrados como igualmente »útiles.» El culto público de los dioses del Olimpo, roconocido de necesidad por las autoridades, no era profesado más que por el vulgo. En las «regiones in»telectuales» se buscaban doctrinas morales. Filósofos tildados vagamente «de anarquismo» dejaban adivinar una renovación próxima de las leyes de la humanidad.

Los estoicos engrandecieron las almas. Su concepción de la vida individual (que por su dureza se asemeja á la concepción individualista de Carlyle, de Emerson y de Ibsen) anuncia en muchos puntos la doctrina cristiana. Por primera vez se afirma que no existe nada más hermoso que un acto de buena voluntad, que el hombre virtuoso posee todos los bienes. Los místicos de la Edad Media repitieron palabras como estas: «No están más cercanos á la verdad los »pobres de espíritu que tienen buena voluntad, que los »sabios ilustres cuya inteligencia, al aplicarse á dis»tinguir el detalle de los fenómenos, pierde de vista »las verdades esenciales de la moral hasta el punto »de ponerlas en duda.» ¿No se creería escuchar también el lenguaje de un idealista moderno publicando

la bancarrota de la ciencia? Los estoicos exploraron aún más el terreno de la conciencia pura, sin llegar, no obstante, á curar la especie de enfermedad moral que imperaba entonces como en nuestros días. Epicteto, Cicerón y Marco Aurelio no conocieron las enseñanzas de Jesús y, sin embargo, subieron los primeros peldaños del santuario cristiano. Ciceron, hablando del sabio en el *Tratado de las leyes*, dice «que »se une á los suyos por la caridad y mira como suyos »á todos los hombres.» Después de esta noción de fraternidad, descubre en nosotros las eternas ideas del deber y de la moral, y declara además que la mejor prueba de la existencia de Dios «está en que la uni»versalidad de los hombres conviene en creer en él.» Esta prueba debía de hacerse el famoso argumento *ontológico* empleado por San Anselmo como base de su filosofía, utilizado de nuevo por Descartes y por Leibnitz y refutado por Kant. Cuando los filósofos idealistas afirman que Dios es en cada uno de nosotros, no aducen mejor justificación que la de Cicerón.

La teología del estoicismo, igual que los sistemas de moral preconizados por los pensadores modernos, no podía calmar el malestar de la sociedad antigua, sólo encontraba el espíritu una satisfacción, el corazón no sufría aquella íntima alegría que debe ocasionarle la pura revelación espiritual. Se aconsejaba al hombre padecer sin quejarse, porque el dolor perturba la harmonía del semblante y motiva á la vez una deformidad física y moral. El sufrimiento era tenido como

un signo de indignidad. Un paso gigante quedaba por dar; el cristianismo iba á unir al hombre con la divinidad, mostrando que un Dios puede sufrir. La «religión del amor» se nutre con algunos principios del estoicismo, y como dice M. Martha, «haciendo »resplandecer el dogma de la inmortalidad, vaga»mente entrevisto con anterioridad, el cristianismo »hizo del dolor presente la garantía de la felicidad »futura».

Pero antes que el milagro se opere, antes que el espíritu de Jesús influya en el mundo antiguo, ¡qué de tentativas de todas clases para volver á encontrar la paz religiosa, para ir apagando las voces suplicantes de una humanidad desalentada! Aquellos hombres de conocimiento y experiencia, á quienes las abstracciones filosóficas de los estoicos y de los epicúreos no les suministraban alimento bastante, se preparaban, mediante purificaciones morales y físicas, para la celebración secreta de los *misterios,* donde se revelaba á los iniciados el sentido vivo de los bellos símbolos del antiguo politeísmo. El mito de Kora y de Perséfones servía de pretexto á la doble doctrina de la Inmortalidad y de la Resurrección. Transcritas en poesías líricas y declaradas en los momentos más solemnes de la acción litúrgica, infundían en el alma de los congregados un sosiego y una alegría que ninguna otra práctica religiosa hubiera sido capaz de dar, cualquiera que fuese el ejercicio moral ó intelectual: «Complace oir á Plutarco consolar á su es»posa después de la muerte de su hija, recordándola

»las hermosas creencias aprendidas en los misterios »de Dionysos, por las que el alma de los muertos con- »serva el poder de sentir y experimenta una especie »de redención huyendo de las ligaduras de la mate- »ria. Si el alma es pura y elevada, se habitúa á un »estado más perfecto; en tanto que en el caso opuesto »vuelve á entrar, por sucesivos nacimientos, en mu- »chos cuerpos humanos» [1].

Los misterios eleusinios, en los que únicamente tenía cabida lo más distinguido, ¿no hacen pensar en las representaciones de Bayreuth? La esperanza que llevaba á los ricos atenienses á Eléusis es la misma que conduce todos los años á una pequeña y pacífica ciudad de Baviera centenares de neurosos, de escépticos, de exaltados, de pensadores y de místicos, ardientemente penetrados todos de la misión religiosa del dios Wagner.

La celebración de los misterios de Eléusis, como la de las representaciones wagnerianas, no tuvo ningún eco en el corazón popular, no obstante sufrir éste grandes necesidades religiosas, según la ópinión de Porfyro. En Roma, por ejemplo, habiendo sido condenadas por el espíritu público las formas del culto primitivo unas tras otras, el populacho acogía con prontitud los ritos y las fábulas, los dioses, las teogonías y las mitologías más extrañas que llevaban consigo los pueblos vencidos. Las prácticas más ca-

---

1 Coquerel: *Transformaciones históricas del Cristianismo.* (Obra editada por Alcan.)

prichosas, crueles y accidentadas del Asia fueron ensayadas alternativamente en la ciudad de César. En tiempo de Pompeyo, el rito repugnante del *Taurobolo* fué introducido en Roma, alcanzando éxito grande durante los dos primeros siglos de la era cristiana. Toda la población concurría estremeciéndose á estas ceremonias de horror grandioso. El iniciado, después de despojarse de sus vestiduras, se tendía sobre el suelo y recibía, por medio de la criba del taurobolo, la sangre de un toro, que era degollado por encima de él. Este bautismo de sangre no sanaba el mal secreto del adorador. Los crímenes sagrados no aplacaron el sufrimiento popular; los múltiples sacrificios, las blasfemias á la naturaleza, los ultrajes á Dios, las infamias más refinadas, nada consiguió calmar la honda agitación del mundo romano.

Plutarco nos describe en su tratado del *Terror religioso*, con melancolía sombría, esa situación malsana del alma, la profunda tristeza moral que era común en su tiempo. Si el célebre historiador viviera todavía, ¡qué doloroso capítulo escribiría sobre la necedad y la barbarie de varias creencias nuestras! La «misa negra», que siempre se celebra, si se da crédito á M. J. K. Huysmans —el satanismo, el magismo, el hechizo, las más locas imaginaciones del terror religioso y las prácticas más pueriles de la falsa credulidad, el tráfico del terror y de la propiciación, toda esta arqueología del simbolismo al lado, sin contar el espiritismo, invención más re-

ciente, — nos parece significar y valer bajo todos los puntos de vista lo mismo que las supersticiones más degradantes y más absurdas de la Roma pagana. Lós «síntomas» indican en todo caso un igual «estado »enfermo del alma» y revelan en nuestra civilización un «terror religioso» parecido al que atravesó tan cruelmente la sociedad greco-romana.

El espiritismo á su vez se ofrece á la masa. Los discípulos de Allan-Kardec dirigen ya moralmente una parte respetable de la humanidad. Los sabios más ilustres vienen á ser los adeptos de la religión *espiritista* y siguen de cerca su evolución. El mismo teatro ha aceptado el tema y ha propagado en la muchedumbre confiada y crédula las más recientes doctrinas de los «maestros espiritistas.» Algunos días antes de la primera representación de *Espiritismo,* de M. Sardou, hubo un desbordamiento verdadero de artículos sobre la filosofía, la psicología, la moral y la religión nuevas que siguieron al descubrimiento del mundo de los espíritus... El drama presentaba muy diestramente la defensa de lo que llaman los sabios «el espiritismo experimental.» Cierto doctor escocés, dotado de una fuerza medianímica sorprendente, ejercía sus talentos bajo nuestras miradas, después de haber retorcido los argumentos de un médico francés representante ridículo de la ciencia materialista. Á decir verdad, eran poco terminantes las manifestaciones fluídicas á que asistíamos, pero los razonamientos del *medium* escocés eran verdaderas predicaciones espiritistas, tales como las encon-

tramos en los anales y revistas del mundo de lo desconocido.

En vano sorprender en lo sucesivo á los *mediums* en delito flagrante de prestidigitación; en vano explicarnos el sistema de los espiritistas, materializando, escribiendo su pizarra, haciendo la prueba del fuego y de la cuerda; siempre existirán almas cándidas que desearán creer en las revelaciones de M. Sardou. «Entre nosotros,—decía M. Coquerel,—muchas gentes de escasa fe religiosa creen en el magnetismo animal, consultan los espíritus que golpean ó las mesas giratorias, y la confianza que se vanaglorían de rehusar á los ministros de los cultos se la otorgan á los *mediums* y á los sonámbulos.»

Ya los discípulos del Sar Peladan, de Julio Bois, del doctor Papus, se sienten dominados por la contrariedad y el tedio. De igual modo, en la Roma imperial las creencias asiáticas y las supersticiones más confusas sucumbieron las unas después de las otras bajo la vergüenza, el fastidio y la aversión. Se percibía que el hombre había nacido para practicar la virtud, y la enseñanza de los estoicos dejó marcada una huella profunda, pero ¿en nombre de quién, de qué, para la gloria de cuál mortal ó de cuál dios iba á ser cumplido el bien? Nadie osó contestar. En las guerras civiles, en los asesinatos políticos, en las prescripciones, en los desarreglos abominables que manchaban la ciudad, nadie se halló para sostener con alma noble y serena que un Dios de justicia castigaría temprano ó tarde crímenes tan vergonzosos.

La fe faltaba como falta hoy; ningún temor moral enfrenaba los furores execrables y las depravaciones odiosas de los romanos más ilustres. La Roma poderosa y soberana de Mario, de Syla, de César, Octavio, Tito, Trajano, Antonino, estaba entregada á una prole de monstruos.

El mundo antiguo recibió la nueva fórmula sagrada de una nación singular, aislada voluntariamente de las restantes, de algún modo extraño al movimiento intelectual y moral de su tiempo, pero colocada en realidad á la cabeza en el camino de la ascensión espiritual. Largo tiempo antes de la venida de Jesucristo, el culto de los hijos de Israel sufrió una serie de transformaciones, indicando entre los innovadores una tendencia cada vez más espiritual. Los judíos helenistas, iniciados en la filosofía de los griegos, los terapeutas y los esenios, se preparaban inconscientemente á recoger con fruto las palabras de Jesús, ya por una cultura filosófica, ya por una vida contemplativa y ascética. La organización política del Imperio romano favoreció en gran manera el rápido desarrollo del cristianismo. El «espíritu de »Roma» había llegado á los pueblos conquistados; las comarcas y los centros de población eran unidos por vías cuyos vestigios producen todavía nuestra admiración; las rebeldías de las naciones vencidas eran reprimidas; la paz reinaba en todos los lugares del territorio inmenso sometido al poderío romano; el Imperio, caracterizado por unidad notable, donde todas las condiciones materiales de la existencia ha-

bían obtenido un grado extraordinario de perfección, donde se realizara cuanto las administraciones celosas pueden imaginar para excusar á los ciudadanos del mayor número posible de tributos; el Imperio, tan poderoso en apariencia, estaba minado por un mal del que nadie conocía el remedio. En cada momento la economía de aquella rica organización se alteraba por los excesos de la ambición política ó por los furores siniestros de un cómico imperial. La libertad individual era amenazada, el arte ofrecía una fase de impotencia creadora, la influencia del ejército se hizo preponderante. El Imperio, debilitado, anémico, espirante, iba á morir pronto bajo los ataques de los bárbaros. Fueron necesarios muchos siglos de luchas, de abnegaciones, de choques terribles, de esfuerzos sublimes, á fin de reconstituir una sociedad y agrupar de nuevo alrededor de Roma las actividades del mundo occidental. El papel que desempeñó la Ciudad Eterna en nuestra civilización, el pensamiento altísimo con que acertó á deslumbrar durante siglos, y del que en conclusión continúan viviendo nuestras inteligencias, se da á conocer en ciertas páginas bellas del historiador Gregorovius, que vamos á transcribir, aun cuando algunos detalles no se relacionen con nuestro objeto de una manera directa: «Carlomagno recibió de Roma su título imperial; »pero en esta ocasión fué llenado el molde con materia germana. Cuando se designa el nuevo Imperio »con el calificativo de germano-romano, se expresa »la antítesis política sobre la que descansa el des-

»arrollo de Europa. Una de las dos naciones conside»raba la historia de la humanidad como una herencia »intangible, y vendía al porvenir los bienes de la »cultura antigua unidos á la idea cristiana; la otra »recibió los bienes, los rejuveneció y los perfeccionó. »Roma atrajo hacia sí al mundo germano; la Iglesia »romana domeñó la barbarie, congregó los pueblos »en un nuevo sistema social y sometió finalmente las »razas á un principio de uniformidad político-reli»gioso, que tenía su asiento en la Ciudad Eterna. »Bizancio debía cumplir al parecer la misma em»presa con el mundo slavo, no siendo realizada, ya »porque el Imperio bizantino no estaba vivificado »por principio social tan fecundo como el de la Igle»sia romana, ya porque las tribus slavas, incapaces »de llegar á las grandes concepciones del Estado y »de la civilización, fueron impotentes para recoger »la sucesión helénica. El voto de un Imperio slavo»griego sobrevive hoy todavía en Rusia, no como una »aspiración nacional hacia un desarrollo irrealizable, »sino más bien como el arrepentimiento de una irre»parable negligencia histórica.

»En tanto que Bizancio estaba apartada del des»tino de la historia de Occidente, Roma volvía á en»trar con gloria en relación con el mundo. Después »que la Roma de los Césares destruyó la autonomía »política de las naciones, las emigraciones de los pue»blos arrastraron nuevas agrupaciones políticas y la »Iglesia proclamó la igualdad moral de las razas ó su »derecho civil, siguiendo la doctrina de Jesús. El ideal

»de la humanidad una é indivisible—la república cris-
»tiana—aparece al presente como el deseo de los nue-
»vos tiempos. La vieja capital del Imperio renovado,
»el centro apostólico de la Iglesia, se llamó la madre
»de las naciones cristianas y reemplazó con las pala-
»bras *Civitas Dei* la antigua calificación simbólica de
»*Orbis Terrarum*. La primera forma de una asociación
»de pueblos, fundada en una idea moral, estaba di-
»bujada, pero ese «santo Imperio» tenía aún que cons-
»tituirse, y ciertamente que toda la Edad Media, y de
»igual modo los corrientes tiempos, no son más que la
»lucha prolongada del más alto de los votos cristia-
»nos buscando su forma viva por la difusión de la li-
»bertad y del amor.

»También Roma guardó una significación nueva en
»el círculo más estrecho de su historia. Resistió la
»tempestad de los bárbaros, y en último término la
»pujanza de los lombardos y griegos; fué un éxito
»histórico considerable. Después que Pipino y Carlo-
»magno resolvieron los últimos conflictos entre Roma
»y los germanos, crearon un dominio alrededor de la
»ciudad abandonada y dieron la soberanía al Papa.
»El Rey de los Francos, el nuevo Emperador, prome-
»tió, á título de dueño supremo, defender el Estado
»consagrado á San Pedro, tanto de los enemigos de
»dentro como de los de fuera, para que ningún prín-
»cipe, ningún pueblo pudiera posesionarse exclusi-
»vamente de Roma, el bien común de la humanidad.
»La metrópoli de la cristiandad, al propio modo que
»la Roma antigua, simbolizaba un principio univer-

»sal en el sentido más elevado; á causa de ello, im-»portaba que quedase libre é igualmente accesible á »todos los pueblos, y que el gran Pontífice no pres-»tara obediencia á ningún Rey, aparte del dueño »del Imperio y de la Iglesia; es decir, del Empera-»dor. Esta concepción de la neutralidad de Roma »como centro eclesiástico de las naciones, hasta donde »no podían rodar las olas humanas agitadas sin cesar »por revoluciones políticas y sociales, permitió con-»servar al Papa su pequeño Estado, que aun hoy sub-»siste [1], en tanto que la gran Monarquía de Carlo-»magno y cien reinos cayeron hechos polvo. ¿Quién »pretenderá decir que no es idea sublime la de una »ciudad santa universal, representando la paz eterna »en medio de la humanidad, siempre en lucha, y ofre-»ciendo un refugio común á la civilización, al dere-»cho y á la fraternidad? Si la institución del Papado »había podido desenvolverse gradualmente, sin ambi-»ción ni concupiscencia terrestres, sin petrificarse en »el dogma, sería hecha así, merced á la natural ex-»tensión de su poder, á los resortes del mundo y á los »descubrimientos del trabajo y de la civilización, no »pudiéndose apenas concebir una forma cósmica más »elevada y en la que la humanidad reconozca mejor »la perpetuidad de su unidad y de su harmonía» [2].

---

1 El libro de Gregorovius fué escrito antes de la caída del poder temporal del Papado.

2 *Geschichte der stadt Rom im mittelalter*, von F. Gregorovius, vierte verbesserte Auflage. Stuttgart, 1890. Dritter Band, fünftes Buch, erstes Capitel *(Neue Stellung der Stadt Rom. zur Welt.)*

Deseamos deducir de estas páginas sorprendentes algunas ideas esenciales. La Iglesia, enalteciendo la igualdad de los pueblos y de los hombres, ha sembrado en la sociedad el sentimiento del individualismo democrático. Buscando establecer sobre la tierra el reino de Dios, crear la gran nación cristiana con Roma por capital, perseguía el ideal del internacionalismo anárquico. Los dos principios más revolucionarios que hayan podido solicitar el pensamiento moderno descienden, á no dudarlo, de la doctrina cristiana. Por la igualdad y fraternidad se hizo la revolución del 89, se ha fundado el socialismo, se pretende la agitación obrera, y sueño de una patria única es el que mantiene los miembros ó todos los adeptos fervorosos de la *Internacional*. Así la Iglesia, siendo el sostén del poder, la aliada de las instituciones oficiales, es engañada por sus propias fuerzas y se ve emponzoñada por lo que en otro tiempo constituyó la substancia misma de su vida. ¿Cómo aseguró anteriormente su grandeza y por qué sus cualidades esenciales, separadas de elementos dogmáticos, no podrían hallar en nuestro mundo tan franco, tan preparado á la propaganda rápida de las ideas, aquel poderío y aquella estabilidad por las que los jefes de la Iglesia combatieron durante siglos?

La Roma cristiana, desde el principio, no ha contado únicamente la belleza de su ley para fijar en este mundo su imperio. La Iglesia católica ha comprendido que, antes de todo, debía dar confianza á las masas, demostrar la realidad de su existencia por

una sólida organización interior. Ella pidió prestadas á la sociedad potente sus formas jerárquicas y sus medios de administración, y al cabo de muchos siglos de lenta sustitución apareció en el mundo como heredera positiva de la autoridad imperial. El primer trabajo constitutivo no satisfizo. Aquella especie de entidad moral, que era Roma, tenía necesidad además de un apoyo exterior, y no podía vivir sin el socorro de un soberano en armas y sin mandar á los hombres por la fuerza. Eso fué la idea grandiosa del Papa Adriano y de Carlomagno, la alianza del poder espiritual y temporal realizado bajo León III, la concepción gibelina del imperio cristiano, que después de haber sido apasionadamente defendida por Dante, parece todavía en nuestros días concurrir al espíritu de uno de los monarcas más poderosos del mundo.

¿Es que el individualismo y el internacionalismo moderno se organizan de este modo? ¿No los vemos disolviendo más y más las constituciones sociales y todos los principios corporativos que han subsistido antes que estrechar los lazos fraternales de los pueblos? ¿Qué acontecimiento imprevisto vendrá á implantar orden en este caos, qué hombre predestinado acertará á dirigir hacia un mismo objeto las voluntades contradictorias de la humanidad presente, á encaminar hacia un ideal único las aspiraciones de nuestro tiempo, tantas cuestiones que por el momento á nadie pertenece resolver y que, sin embargo, no se puede impedir mirarlas atentamente y con temor y escepticismo?

CAPITULO XX

Federico Nietzsche.

Como se podía esperar, una fuerte reacción ha sido iniciada contra el anarquismo sociológico, político, artístico, feminista, y al mismo tiempo contra las inconsecuencias del neo-espiritualismo cristiano. Esta reacción doble se sintetiza en el pensamiento del filósofo alemán Federico Nietzsche, y si aparece sospechosa es por las violencias en que desgraciadamente ha caído. Se excedió en su objeto inmediatamente, pero èra necesario bajo diversos puntos de vista. He aquí por qué las obras de Nietzsche, en las que la filosofía egoísta se manifiesta con más brillantez, se nos ofrecen del todo características y dominantes en medio de la confusión intelectual de nuestro siglo espirante.

Leopardi, Schopenhauer, Nietzsche, tres figuras irónicas, surgen en el camino del siglo décimonoveno como tres guías sombríos, detrás de los que se estrechan las almas desesperadas, rebeldes y alucinadas. Con mirada infalible han distinguido los cuidados,

los dolores, las ruinas de su tiempo. En tres momentos diferentes de la era contemporánea—al principio, en la mitad y al fin de este siglo,—cuando el pensamiento colectivo volvía á encontrar un obstáculo nuevo é infranqueable, han dirigido su personalidad altiva sobre el horizonte intelectual. Han recorrido los tenebrosos senderos del dolor y han pintado el espantoso cuadro que se descubría ante sus ojos. Leopardi fijó la nada de las grandes utopias revolucionarias, Schopenhauer es el menospreciador de la democracia, Nietzsche, por último, ha descargado sus golpes más rudos en los anarquistas, á quienes llama «los habladores de las capas sociales en decadencia». Desgraciadamente, los tres estaban influídos íntimamente, sin que de ello se dieran cuenta, por las nuevas doctrinas que combatían. Leopardi era revolucionario, Schopenhauer no pudo renegar de sus orígenes democráticos. Nietzsche prestó á las doctrinas anarquistas la base misma de su filosofía.

El autor de *Also sprach Zarathustra* se regocija desde luego al ver decaer más y más la dominación divina. «Dios ha muerto»—exclama.—Primer principio anarquista. Saluda con orgullo el alba de un mundo nuevo, mundo de verdad, de lealtad y de luz, huérfano de todo tormento, de toda ley artificial. Segundo principio anarquista. Reclama el libre desenvolvimiento de nuestros instintos, la independencia de nuestras facultades, la autonomía completa de nuestro individuo. Tercer principio anarquista. Únicamente Nietzsche es un anarquista egoísta, en lugar

de ser altruísta. «Es prudente—dijo Schopenhauer— »hacer observar á las gentes, hombres y mujeres, de »cuando en cuando, que se puede muy bien privarse »de ellos». Nietzsche llevará esta filosofía hasta las consecuencias, enteramente extremas. Así, en vez de contener los progresos de la sospecha, y de la cobardía y de la ignominia humanas, contribuirá al desarrollo de las más denigrantes pasiones modernas. La teoría del *surhomme* pertenece á la casuística, al uso de acaparadores, explotadores y vividores políticos. Sin duda Nietzsche no previó que así ocurriera.

Su moral de los oprimidos y de los opresores disculpa los crímenes cometidos contra la solidaridad. Ferozmente darwinista, condena á todos los que han hecho escuchar á la sociedad humana una palabra de piedad. «El sacerdote—dice—es el último de los »hombres. El cristianismo ha sido la mayor desgra»cia de la humanidad». Si bien la observación superficial de los fenómenos sociológicos parece darle la razón, su teoría egoísta no es menos falsa y paradójica. El opresor es siempre Jesús, que triunfa sacrificándose. El pensamiento de esta víctima humilde nos domina más que el acto del conquistador. El esclavo es siempre el hombre enriquecido, encadenado á su lujo, atormentado con la idea de los despojos posibles; es siempre el tirano, el déspota, el autócrata que teme las conspiraciones, no suponiendo alrededor de sí más que odios. Nietzsche es diligente para quitar todo remordimiento en nuestros «dueños».

En cuanto á los opresos, si sufren no tienen más que tomar del cristianismo los elementos que les expongan y liberten de los rigores de la vida. La libertad para todos entrañaría la lucha, y el dolor también para todos. Nietzsche no vacila en hacer á la religión cristiana responsable del pesimismo y utilitarismo contemporáneos. Sostenemos, por el contrario, que los dos males de la sociedad actual provienen de la obscuridad de las doctrinas de Jesús. El cristiano que cree en las alegrías del mundo futuro no se queja de los sufrimientos terrenos, y el ideal que lleva en sí le aparta en muchas circunstancias de las pretensiones del egoísmo práctico.

Ávidamente se han recopilado las declaraciones de Nietzsche, como todas las palabras de los espíritus elevados que se dirigen á excusar las pasiones individuales. Con su moral materialista, inspirada, digan lo que gusten los filósofos ingleses [1], ¿no perdona Nietzsche las peores violencias ejercidas á nombre de la libertad personal? No ha reflexionado que lo que admiraba en un temperamento aristocrático y dominador podía existir también entre los «esclavos» y estallar un día con furor. Ha dicho á las muchedumbres: «¡Buscáis una felicidad igualitaria! ideal mise»rable. En lugar de dividiros tranquilamente los »bienes del mundo, de solidarizaros, de socorreros, »volved al estado de guerra, que es el vuestro natu-

---

1 La definición del carácter que da Herbert Spencer podría servir de fundamento á la filosofía de Nietzsche.

»ral. La extenuación de los instintos enemigos es la »causa principal de nuestra decadencia.» Y como para demostrar al filósofo que su lenguaje producía el efecto ambicionado, todos los que en la fiebre y en la envidia exigen el reino de la igualdad y la distribución de los bienes se arrojan sobre la sociedad actual como bárbaros ó locos embriagados. Si los propagandistas por el hecho están prácticamente en contradicción con su ideal altruísta, se debe á que un poder superior ha querido mostrar por ahí el peligro de la cruel filosofía de que tratamos. La historia dirá más tarde que en el momento en que circulaban los libros de Federico Nietzsche toda una generación de fanáticos se vengaba de las desigualdades sociales por el crimen y por los atentados con la dinamita. Si el filósofo no es responsable, el porvenir hallará, sin embargo, cual cosa extraña que el pensador autócrata haya provisto á Vera, Zassoulitch, á Hœdel, Nobiling, Otero, Ravachol, Caserio, á los nihilistas rusos, como á los anarquistas belgas, italianos, españoles, franceses, ingleses y americanos, del mejor argumento que oponer á la inercia gubernamental de que se quejaban: el de la fuerza.

La fuerza. Vivir en la fuerza, morir en ella, ejercer un dominio activo sobre todas las cosas, ser el dueño de las almas, de las inteligencias y de las energías y despedirse de esta tierra en plena posesión de sus facultades; tal fué el sueño de Nietzsche, bello sueño, malamente interpretado acaso por él mismo, mal comprendido en toda ocasión por la multitud de sus

discípulos. ¿Á qué conclusión nos lleva su filosofía? Al suicidio [1], lo propio que la doctrina solidarista de Leopardi y el altruísmo nihilista de Schopenhauer. «Morir en el tiempo deseado—exclama el apóstol de »la fuerza con alegría y conciencia—equivale, á ser »posible todavía un adiós verdadero.» En la hora última pretende no soportar ningún yugo. Consultar médicos, cuidarse, detener los progresos de un mal físico: tantas poltronerías dignas de nuestros tiempos ordinarios. Si volvemos á descender con excesiva rapidez la cuesta de la existencia, evitemos la caída ó vanagloriémonos por un desenlace brusco. Matemos la sonrisa en los labios.

No negaremos que en la filosofía de Nietzsche existen bellezas y verdades profundas. Se substrae del pesimismo de Schopenhauer y Leopardi, admirando el mundo como creación maravillosamente artística. El hombre debe tomar su parte de belleza sobre esta tierra, «soñar su vida con la mayor unidad, con el »mayor arte posible». «Te quiero—dirá él á la exis»tencia—porque tu imagen es hermosa y eres digna »de ser soñada.» Este poder que albergamos de contemplar la belleza en la naturaleza lo califica Nietzsche de facultad apoliniana, es decir, la individualización estética del sér. Sabemos todos además que la voluntad es eterna, y he aquí el motivo preciso de amar la vida, prolongación y á la vez punto de partida de la cadena humana [2]. Impelido por su

---

1 Al menos á los hombres oprimidos.
2 Se reconocerá aquí una de las teorías favoritas de Comte.

necesidad de fraternidad ó «facultad dionisiana», el hombre dirá á la vida: «Te quiero porque eres la »eternidad.» La contemplación del mundo y su amor hacia las formas bellas le conducirá al conocimiento racional del universo. «Te quiero, en fin,—dirá— »porque eres digna de ser conocida» [1].

Para gozar plenamente de esa belleza y conocimiento, para dejar de ser «dioses lacerados», ¿cómo obraremos? Á elegir sobre moral, nos separaremos de Nietzsche. El ideal aristocrático de Emerson, de Carlyle, de Renán, se transforma, lo hemos visto, en individualismo violento en el autor de *Also sprach Zarathustra*. Su «transvaluación de los valores» es simplemente una transposición axiomática de las peores doctrinas anárquicas. «Nada es verdad—dice— »todo está permitido». Y en su tesis del *surhomme* no tiene ninguna estima de la facultad dionisiana ó fraternal que debe establecer el equilibrio entre nuestros instintos más diversos [2].

Se conoce de qué manera termina miserablemente Nietzsche sus días. Su inteligencia zozobró en una terrible catástrofe mental. No le quedaba ningún recuerdo del pasado. Aquel que se llamó el Ante-Cristo apenas puede balbucear algunas palabras. Una hermana de la caridad le cuida día y noche. Está más débil que una mujer; tiene menos razón que un niño.

---

1 *La filosofía de Nietzsche*, por H. Lichtenberger. (Obra editada por F. Alcan.)

2 Nietzsche, por otra parte, no se lisonjeaba de ningún modo de haber escapado de la contradicción.

Juega en la realidad el papel que *Solness el constructor* representa en una de las tragedias más bellas de Ibsen. «El hombre de genio concluye mal con fre»cuencia—escribía M. Julio Lemaître hablando de »esta obra:—por el orgullo demente, por la eroto»manía, por el hastío sin límites, por el suicidio... Se »siente un monstruo mal adaptado en lo sucesivo á »las ordinarias condiciones de la vida humana. O »bien, simplemente despreciando la crítica, abunda »con exceso en su propio sentido, sueña no se sabe »qué de enorme, produce obras desequilibradas y os»curas donde se repite deformándose...» Así fué el caso de Augusto Comte, así fué también el de Nietzsche, con un desenlace todavía más lamentable.

¿Se descubren en ello los efectos de una justicia superior? ¡Ay! el esfuerzo sobrehumano de Nietzsche ha concluído en la nada más miserable. El nuevo Solness ha caído de su torre destrozado, pulverizado, consternado para siempre jamás. El pobre Nazareno que enseñó á los judíos de Galilea una doctrina de humildad y de piedad, ha franqueado los cielos seculares y los espacios celestes. Le contemplamos á través de una eterna luz de amor y de reconocimiento. Nietzsche no simboliza más que una fuerza efímera. Su pensamiento se amortigua. Pronto acaso se borrarán los últimos resplandores.

CAPITULO XXI

Conclusión.

La sociedad contemporánea, unificada notablemente bajo el punto de vista de las condiciones materiales de la existencia, se presenta, por el contrario, dividida al infinito en sus aspiraciones intelectuales y especulativas. Hemos ensayado el exponer cómo nuestro siglo ha evolucionado poco á poco hacia esta anarquía moral. No existe más que un solo remedio á nuestro juicio en contra del malestar: la creencia religiosa. Sola la fe puede curar el mundo. ¿Veremos dominar de nuevo á la Iglesia romana los pueblos occidentales durante cierto tiempo? ¿Asistiremos á una restauración total del culto cristiano semejante á la memorable tentativa de los Antoninos en favor del politeísmo greco-romano? Es posible. Los humanistas del Renacimiento habían ya condenado al catolicismo; hirieron rudamente el viejo árbol bajo el que estaban refugiadas tantas generaciones; pero en lugar de derribarlo le podaron sus ramas

nocivas y le devolvieron nuevo vigor. ¿Quién puede prever los resultados de una política docta y atrevida como la de un León XIII?

Cualquiera que sea el destino futuro de las Iglesias católica ó protestante, á las que debemos, de todas maneras, continuar pidiendo enseñanza moral, es muy cierto que el aparato dogmático de que se rodean, y que no pueden omitir bajo pena de perder sus autoridades sobre la muchedumbre, no resiste á la crítica moderna. Surge entonces una milagrosa renovación de nuestras religiones, que es de necesidad esperar, ó una revelación inesperada... No estamos, sin duda, cerca del día en que se producirá este acontecimiento importante. Ninguno de nuestros contemporáneos es capaz de formular la ley nueva de la felicidad. Ciertamente el orgullo no ha faltado á nuestros filósofos, y muchos han dicho: «El mundo »está en la aflicción, en la incertidumbre de lo que »va á acontecer; reclama locamente un ideal nuevo... »Nosotros hemos descubierto el origen bienhechor »que buscábais desde siglos. Hélo aquí: apagad »vuestra sed ardiente.» Pero cada vez el mundo se separa de ellos... No está dicho en el Evangelio que el Señor, el Mesías *¡vendrá como un ladrón por la noche!* Y San Mateo no ha escrito: «Entonces, si alguno »os dijere: Mirad, el Cristo está aquí ó allí, no lo »creáis. Por lo cual si os dijeren: He aquí que está »en el desierto, no salgáis; mirad que está en lo más »retirado de la casa, no lo creáis. Porque como el »relámpago sale del Oriente y se deja ver hasta el

»Occidente, así será también la venída del Hijo del »Hombre.»

Quisiéramos, antes de decir, no cómo los hombres hallarán la dicha en la tierra, sino cómo pueden solicitarla, recorrer con una rápida y última ojeada las vías morales ofrecidas á la sociedad contemporánea, y considerar los peligros que cada una de ellas contiene en su desarrollo.

«Purificad la vida por el poder soberano del arte» —dicen los estéticos— [1]. No pretendemos con M. Brunetière que el arte sea en su esencia inmoral; tal como hoy día se le concibe, es lo contrario de un elemento purificador. El arte en su origen se distingue como poder sumamente bueno. Instrumento superior de educación popular, apoyado liberalmente sobre el ideal religioso, permite á los más humildes de nosotros gozar de las concepciones humanas más altas y más grandiosas. Gregorio *el Grande* lo había comprendido, autorizando el culto de las imágenes, y sería verdaderamente osadó pretender que el pueblo de Florencia, que escoltaba triunfalmente hasta la iglesia de Santa María Novella la célebre virgen de Cimabué, se entregaba á la alegría más viva porque había encontrado un placer sensual en la contemplación de esta obra maestra. En el tiempo del Renacimiento cesó el arte de proporcionar estos goces religiosos y colectivos. Se individualizó, tomó pretexto de virtuosidad y ejerció, en realidad, una de-

1 M. Q. Bourdeau.

testable influencia sobre las costumbres. Nosotros estamos colocados en igual situación. La vanidad, el amor propio de nuestros artistas, no conoce límites; y como el deseo de significarse impele á los recién venidos á extravagancias frecuentes, el público se separa de ellos, los abandona á su inspiración atormentada, después de haber soportado su cortedad de talento y sus bruscas rebeldías. Un solo arte ha conservado influencia colectiva: la música, y aun puede estimársele, hasta cierto punto, como arte religioso. Una sinfonía de Beethoven reemplaza para mucha gente al oficio del domingo; una producción de Schubert ó de Schumann es una súplica vivificante para los corazones desengañados. Comulgar en el genio de un gran músico es apoderarse de una partícula del infinito á través del alma de un profeta, pues que la música revela lo inefable y procura éxtasis supra-terrestres. Hemos visto auditorios numerosos escuchar con la emoción más profunda la Pasión, según San Mateo, de Juan Sebastián Bach, cuya ejecución duraba casi cinco horas. Pero, notémoslo: se trataba de una obra cuya subjetividad recibía toda su virtud expresiva en la fe cristiana del autor mismo. Por lo demás, la fuerza educadora de la música ha sido demostrada desde Platón. No es, sin embargo, semejante misión la que atribuímos á la música contemporánea. Ricardo Wagner ha querido que el arte recogiese el trabajo supremo de la religión. Ni las invenciones musicales, ni la inspiración poética del maestro de Bayreuth han realizado el milagro ambicionado. El arte dionisia-

no, el arte colectivo por excelencia, no ha podido llenar la tarea regeneradora.

La belleza de los sonidos ha encantado, no obstante, tan profundamente las almas, que ha determinado en gran parte la vuelta de nuestras escuelas poéticas y literarias hacia el simbolismo y el misticismo. Música y religión se confunden en la obra de Verlaine. Hemos dicho de qué extraño modo estaba extraviado el neo-catolicismo del poeta de *Sabiduría* y lo necesario que era desconfiar de la sinceridad de sus apóstoles. Después de la fatiga de las casas de prostitución, les acomete el gusto de los éxtasis divinos. Esperan un nuevo placer. Enfermos, martirizados, impotentes, ante el rigor de la vida, se entregan á los cuidados más contradictorios de su sér íntimo, y después de un brusco ímpetu hacia las espiritualidades celestes, vuelven á caer en el naturalismo más grosero... Preciso es recelar de tales guías, no ya porque su vida presenta ese contraste en conclusión muy humano, sino por ser dudosa su lealtad, pues que su misticismo se traduce con frecuencia grande en vanas declaraciones, mientras que su materialismo se manifiesta siempre bajo la forma más positiva, más real.

Los filósofos, los poetas que, continuando á Schopenhauer, pregonan, si no la indiferencia al menos la impasibilidad moral, y que aceptan la decadencia de las costumbres como un suceso inevitable, son acaso más peligrosos. Á su pesimismo infecundo es necesario oponer las alegrías del amor y de la acción. Dos

filósofos modernos, Tolstoï y Nietzsche, han asumido el trabajo de destruir en su raíz nuestra incredulidad estéril. Tolstoï ha predicado el amor fraternal, es decir, la acción altruista. Nietzsche se hace el apóstol del egoísmo, de la acción individualista. Ni el uno ni el otro han comprendido los fines verdaderos de la humanidad. Tolstoï ha fundado enteramente su moral sobre la dispersión imposible del *yo*. Nietzsche ha establecido la suya sobre el aislamiento no menos irrealizable de todas nuestras facultades personales. Nos parece que nuestro tiempo, que no es de sacrificio, de heroísmo, de sinceridad, de grandeza moral ó poética, debía buscar su derrotero á distancia igual de los dos extremos y desear para su dicha el equilibrio de sus fuerzas egoístas y fraternales.

Quisiéramos basar esta proposición sobre fundamento científico. El hombre se transforma y desarrolla siguiendo dos leyes de evoluciones bien conocidas. Según Darwin, todo sér vivo, empujado por instintos físicos, se perfecciona y se desenvuelve utilizando de una manera egoísta los medios de subsistencia que la naturaleza coloca á su disposición, luchando, sutilizando con los elementos que le rodean y pueden presentar un obstáculo á su crecimiento. Esta acción individualista del sér organizado se designa con el nombre de *evolución externa*. Pero nuestra perfección no se opera, como ha pretendido Darwin, de un modo puramente mecánico. El egoísmo instintivo está equilibrado en los temperamentos normales por otra fuerza no menos *natural* y que cali-

ficaremos, con M. de Hartmann, de principio de *evolución interna.* Á los fenómenos de asimilación, de selección, de transformación orgánica vienen á sumarse otros más misteriosos que escapan á menudo al análisis y determinan, sin embargo, los actos más notables de nuestra existencia. Por sus combinaciones se forma nuestro sér físico. Un principio de perfección superior nos guía, determina la evolución interna, nos hace poner el beneficio moral sobre el goce material, provoca en nosotros el sentimiento de la solidaridad. Así el egoísmo y el altruísmo tienen gérmenes concurrentes en todas las almas. La felicidad depende con frecuencia de su proporcionalidad justa.

La acción es la razón material de nuestra existencia: *evolución externa;* el amor es la razón superior: *evolución interna.* Las dos deben confundirse en un todo harmónico para entrañar una acción verdaderamente moral. Para que el hombre ame la vida y no se abandone al desaliento y á la tristeza de las decadencias, debe *obrar,* servirse del pensamiento ó del espíritu (la alta contemplación implica una acción ideal), ó bien simplemente de sus manos dirigidas por la inteligencia. Para que un ardor constante le lleve consigo al trabajo, es preciso que una pasión superior le guíe: el amor. El niño estudia sus lecciones, aprende con alegría un oficio, soñando en el orgullo de sus padres. El hombre perfecciona su arte porque se apasiona de un ideal; satisface trabajos monótonos pensando en su mujer y en sus hijos. La necesidad

de vivir no basta á matar el fastidio. Es el amor quien conduce el mundo, el amor de una idea, de un sér, de una cosa — el amor espiritual, pasional ó material — y quien suscita en las almas normalmente constituídas una precisión de actividad apartando toda fatiga de vivir. Si me fuera preciso resumir mi pensamiento, diría que la humanidad se mantiene y se afirma en medio de todas las adversidades por *la acción en el amor*.

El mundo sufre y su infortunio parece eterno. ¿Es de necesidad para disminuirle ir al encuentro de las voluntades instintivas, como aconseja Schopenhauer? No lo creemos. La paradoja del filósofo de Francfort ha hecho muy desgraciadas á las jóvenes gentes que se le han sometido. Schopenhauer no nos ha curado mal alguno, los ha aumentado, y la naturaleza ha demostrado cruelmente la falsedad de su teoría nihilista. ¿Quiere decir esto que la castidad absoluta no sea muy noble é indispensable en ciertos casos? Sí, pero está reservada á los seres excepcionales que dan sus fuerzas afectivas al servicio de alguna concepción sublime de la divinidad. De otra parte, el desvarío sin objeto no existe entre los sacerdotes budhistas, ya que su indagación del Nirvana supone una acción espiritual sin descanso. Locura es aconsejar á la inmensa muchedumbre de hombres la lucha contra la voluntad de vivir. No puede conseguirse en ella otro resultado que el desequilibrio de nuestras facultades, sin triunfar nunca de la naturaleza y siendo siempre engañados en este combate desigual.

Conocemos, pues, nuestros instintos y los servimos. Amamos y obramos. No nos consagramos á la espiritualidad ni á la pasión pura. No pretendemos ser santos, pero tampoco brutos. El amor se ennoblece por la acción; la mística se traduce por la propaganda moral ó por las creaciones caritativas; la fe artística ó literaria se robustece por una obra; el amor sexual halla su verdadera grandeza en la institución de la familia. El místico que se entrega completamente al éxtasis, es un enfermo; el artista que vive de continuo en el sueño, es un equivocado; y el D. Juan que no cree en Dios ni en el diablo y sólo busca satisfacer su deseo sin soportar sus consecuencias, conocerá más pronto que los otros hombres el cansancio mortal del cuerpo y del espíritu.

La unidad del *yo*, según la ciencia, es un hecho indudable; la eternidad de esta ley de amor y de acción no es menos evidente. Persiste, á pesar de la constante mutabilidad de las sociedades, de las razas y de las civilizaciones. Sean las que fueren nuestras tendencias espirituales y aptitudes físicas, no hallaremos la felicidad sino sometiéndonos precisamente á lo que Schopenhauer llama el *genio de la especie,* y haciendo concurrir ese genio en nuestra necesidad de actividad también primordial. La materia y el espíritu mantienen relación íntima para llevarnos á ejecutar la doble función. La carne nos pide amor, la razón nos reclama trabajo. Entre los dos instintos hay lucha frecuente. Si el amor nos domina por entero — el amor místico lo propio que la pasión sexual, —

nuestro sér se debilita, se degrada en la inacción y la fiebre. Los místicos de la Edad Media, San Anselmo, Santo Tomás de Aquino, San Francisco de Asís, Catalina de Sena, Santo Domingo, vencieron en la acción ardiente y trabajaron con una constancia infatigable por esparcir su fe y por fundar órdenes.

El amor origina á la vez nuestro egoísmo y nuestra caridad. Asegura la ventura bajo la condición de confundir las dos tendencias contradictorias en la acción. Yo amo, yo trabajo en perfeccionar mi sér y mi raza; yo utilizo lo mejor que me es posible, para mí y los míos, cuantas ventajas ofrece mi situación, y yo me desvelo, sin punto de descanso, en crearme otras nuevas. Yo me someto á la ley de la evolución, y progresivamente me elevo sobre mi condición primera por la inteligencia, por el saber, por la voluntad, desarrolladas en el amor. Mi oportunismo egoísta encuentra su causa y su disculpa en las afecciones conyugal y paternal. Si, por el contrario, viviera solo, únicamente mi persona sería la tenida en estima. Existen también grandes probabilidades para que el celibato desarrolle la misantropía hasta sus extremos últimos. Nada tan antinatural, y monstruoso y motivando las condenaciones más rigorosas, como el amor de *sí mismo*. Debemos amar á los demás para tener el derecho de amar la existencia. Como hijos, amamos á nuestros padres, sus actos rigen y gobiernan nuestra conducta; como hombres, amamos á nuestra mujer y á la familia brotada por amor; como héroes, nos consagramos á una causa

sagrada. Concluimos por albergar el sentimiento de nuestra realidad, de nuestra necesidad, experimentando la solidez de las afecciones contingentes y nutriendo las propias por la labor cuotidiana. El amor que nos sostiene en la acción, que nos hace luchar, que es á la par principio de evolución interna y externa, ya que mantiene al mismo tiempo nuestros sentimientos individualistas y altruistas, es la raíz de la humanidad. Nos da el valor de la vida, nos anima en el camino del deber, y del trabajo y del sacrificio, porque el amor nos es dado para la alegría suprema de nuestro sér, buscando nosotros el pago de esta dicha por un esfuerzo hacia el bien, por un acto de solidaridad. La sonrisa de la mujer amada, el beso de un niño, infunden en el corazón del hombre la virtud doméstica, el cariño al hogar, que practicados plena, leal y dignamente á través de las experiencias de la vida, revisten á menudo la grandeza de los ruidosos heroísmos.

El hombre impelido por el amor, asegurado constantemente entre las contrarias solicitudes del egoísmo y de la solidaridad, camina hacia un objeto que habrá de percibir tanto mejor cuanto que sus funciones psíquicas sean más conscientes. Este término asignado á los trabajos humanos es la tranquilidad del alma, que sólo se encuentra reservada para algunas individualidades. Los que aseguran por «la lucha »por la existencia» un mínimum de satisfacciones materiales y voluntariamente se contentan con lo necesario, deben participar de una alegría muy cercana

á la felicidad, teniendo en consideración que la solidaridad arraiga en su alma de una manera activa, ya que la razón les impide separar en su beneficio una parte demasiado cuantiosa de la fortuna general.

Luchemos, pues, pero sobre todo amemos. No ahoguemos el instinto superior que nos guía y desarrollemos todo lo posible nuestra actividad moral, que ella es nuestra conciencia, ella la sabiduría, ella la esencia misma de la humanidad que nos eleva por encima del resto de la creación. Al lado de la educación exterior y física de nuestro sér está la evolución moral, interior, de la que importa vigilar atentamente los progresos. Este instinto psíquico, este amor á todos los seres, á todas las cosas, nos dirige hacia los pensamientos y las acciones más sublimes. El amor engendra los Budhas, los Platones, los Jesús, los San Pablos, los Marco Aurelios, santas heroínas como Juana de Arco; el amor renueva constantemente la belleza, suministra un alimento inagotable al arte y á la poesía. El amor es el poder milagroso, creador de la familia, y de la patria y de la sociedad. Ya que la era de los grandes sentimientos comunes há pasado, ya que la humanidad rehusa dejarse seducir por sueños consoladores, ya que no es permitido entusiasmarse por una idea, exaltarse por un símbolo, gastar energía en utopias que enloquecen, aumentemos la ternura para los nuestros y para los amigos elegidos, y creemos hogares cada día más ardientes de sinceridad y cariño en un mundo cada día más entibiado.

La vulgaridad de nuestra vida colectiva nos obliga á reputar como el único ideal realizable esta fantasía de «llano individualismo», que tiene su grandeza y que nunca impedirá el nacimiento de las altas facultades intelectuales y artísticas. Bach venció, siendo ciudadano humilde de Leipzig, en medio de una población bastante torpe y completamente incapaz de comprenderle; cumplía á conciencia sus obligaciones de *cantor* y de maestro de escuela; atendía valerosamente á su numerosa familia y, no obstante la sencillez de su vida real, componía inolvidables obras maestras en el aislamiento de su alma lírica. Una infancia perfumada de poesía religiosa, una madurez instruída con verdades positivas, así materiales como ideales, un sentimiento luminoso de los deberes personales y altruistas, el principio de amor (aprendido en la religión) viniendo á endulzar la faena diaria; tal es la fórmula moral que me complazco en concebir para el hombre moderno.

Debe hoy día ingresar el amor en su fase positiva y realista. De igual manera que la religión era para los pueblos de la Edad Media una realidad casi objetiva, una atmósfera natural, sin la que el hombre se hubiera creído en peligro de muerte, así el amor, según hemos ensayado de definirlo científicamente, debe ser apreciado por toda la sociedad contemporánea como una necesidad primordial, sin la que la evolución física de nuestro sér no puede realizarse más que de un modo imperfecto, sin la que no existe harmonía en nuestra existencia y nada de felicidad.

«Gran cosa es el amor, gran bien sobre todo; él solo »hace ligero todo lo pesado y lleva con igualdad todo »lo desigual, pues lleva la carga sin carga y hace »dulce y sabroso todo lo amargo... No hay cosa más »dulce que el amor, ni más fuerte, ni más alta, ni »más ancha, ni más alegre, ni más cumplida, ni me- »jor en el cielo, ni en la tierra, porque el amor nació »de Dios y no puede quitarse con todo lo criado, sino »con el mismo Dios» [1].

1 *Imitación de Jesucristo.* (Traducción castellana, hecha po el P. Juan Eusebio Nieremberg.

ÍNDICE DE MATERIAS